

Argentina Indígena
Vísperas de la conquista

Autores: Alberto Rex González
José A. Pérez

Prólogo a la nueva edición

El relanzamiento de la colección de Historia Argentina, decidido por la Editorial Paidós luego de un cuarto de siglo de su publicación en 1.972, ofrece sin duda motivo para una reflexión sobre la acogida que ella sigue encontrando. Las razones para esta acogida han de buscarse no solo en la obra que vuelve ahora a presentarse, sino también -y quizá sobre todo- en las vicisitudes atravesadas por la disciplina histórica a lo largo de ese convulso cuarto de siglo. Estas hacen más fácil entender que un esfuerzo de exploración del pasado -que, cuando proclamaba su ambición de colocarse a la altura de los tiempos, no podía sino referirse a unos que han dejado ya sobradamente de ser los actuales, en un país y un mundo que tienen tan poco en común con los de 1.972 -conservase intacta su atracción sobre un sector no insignificante del público lector.

Ello es aun más notable por cuanto esa invocación remite a un pasado incluso más distante de lo que a la fecha de publicación de la obra invitaría a concluir. En efecto, el proyecto que iba a fructificar en esta Historia Argentina surgió años antes de esa fecha, a partir de una iniciativa de Boris Spivacow, quien -atraído por la idea de lanzar una nueva historia nacional presentada en fascículos, a semejanza de otros proyectos que venían ya ensanchando incesantemente el caudal de lectores de EUDEBA- deseaba encomendar esa tarea a historiadores jóvenes, cuya selección puso a mi cargo. Los resultados -si se me permite decirlo- todavía me enorgullecen; recuerdo que Richard Morse, de paso entonces por Buenos Aires, describió a algunos de ellos para el Times Literary Supplement como tough minded young men que seguirían dando que hablar en el futuro, y no puede decirse que ese vaticinio estuviese del todo errado. A la vez, esos historiadores habían adquirido ya los escrúpulos profesionales que hacen difícil producir copia al ritmo que un proyecto como el de EUDEBA requería, y el inesperado respeto que Boris -habitualmente tan impaciente frente a los obstáculos que amenazaban retardar sus planes editoriales- desplegó ante esos escrúpulos contribuyó a que, cuando la intervención lanzada sobre las universidades nacionales por el gobierno de la llamada Revolución Argentina puso fin a la experiencia editorial que él animaba desde Buenos Aires, las distintas secciones de la obra proyectada estuviesen aún en cantera. De ella fueron rescatadas por una iniciativa de Enrique Butelman, quien hizo posible que ella finalmente saliera a la luz bajo el sello de Editorial Paidós -tras continuar su preparación con un ritmo ya menos urgado por perentorios plazos de publicación-.

Esa complicada prehistoria explica que, en una obra colectiva publicada en 1.972, sobreviviese tanto del temple de una etapa ya entonces cerrada de nuestra vida intelectual, la cual había estado marcada por el avance impetuoso de las ciencias sociales tanto en el campo académico como fuera de él. Si un rasgo común puede reconocerse en una obra en la que colaboraron estudiosos cuyas posteriores orientaciones, a veces divergentes, estaban ya anticipadas en alguna medida en ella, es esa confianza en la eficacia del contacto con las ciencias sociales como estímulo para una renovación de la disciplina histórica que todos juzgábamos urgente.

Es esa compartida convicción la que permite entender que esta historia escrita por muchas manos -y a cuyos autores las dispersiones que se hicieron frecuentes a partir de la Revolución Argentina hacía difícil mantener los contactos hasta entonces habituales, ocasiones en que discutían acerca de las perspectivas que guiaban su trabajo de historiadores- pudiese organizarse, por así decirlo, espontáneamente en una sola narrativa, sustentada en un entramado urdido por el recíproco espejamiento de economía, sociedad y política. Era ésta una perspectiva hasta tal punto compartida que no creí necesario sugerir a los colaboradores de la empresa ese criterio de organización sino en los términos más elípticos, que fueron sin embargo suficientes para que lo aceptaran sin reservas quienes en él reconocían sin esfuerzo el que ya les era propio.

Es apenas necesario señalar que hoy una propuesta de esa laya encontraría un eco muy distinto (o más probablemente no suscitara ninguno). No es sólo que en los años transcurridos la alianza privilegiada entre historia y ciencias sociales ha dejado paso a otras que la vinculan más estrechamente con ciertas vertientes de la antropología, del análisis literario o de la lingüística. Más decisivo aún es el rechazo de la noción misma de "gran relato", que concibe a la historia como la narración de un unificado proceso de cambio. Una de las ventajas de la vejez es que permite recordar un pasado en que ciertas cosas que ahora son nuevas estaban dejando de serlo: en efecto, cuando los responsables de esta Historia Argentina nos iniciamos en nuestra disciplina hacia ya tiempo que por la desconfianza por todo "gran relato" había sido plenamente compartida por Lucien Febvre (siempre dispuesto a retomar su cruzada contra las grandes máquinas históricas) con nuestro Emilio Ravignani, aunque ni uno ni otro se hubiera sin duda sentido atraído por los refinados debates epistemológicos en los que hoy suele articularse ese recelo.

En este recelo resonaba quizás un eco ya muy tenue del que, en respuesta a la gran tormenta de 1.848, había socavado la fe en ese primer "gran relato" que había buscado develar un sentido unificado para la historia moderna, el que, bajo la Restauración, Francois Guizot había organizado en torno a los avances paralelos de las instituciones libres y de la conciencia moral de la humanidad. El nuevo gran relato que nunca logro reemplazarlo del todo -que Jacques Rancière presenta en ese delicioso librito que es *Les mots de l'histoire* como el propio de la era democrática y social, y que ve aflorar intermitentemente a lo largo del entero tramo que va de Michelet a Braudel- se mostró desde su origen menos seguro de sí mismo que el Guizot había construido en desafío a la cerrazón de horizontes que aspiraba a imponer la Restauración. Solo durante las tres décadas que abrieron la segunda posguerra, en las que esa civilización democrática y social alcanzó un apogeo que -como iba a revelarse apenas clausurada esa etapa- era a la vez el anuncio de su ocaso, ese nuevo gran relato osó desplegar a la luz del día todas sus ambiciones.

Testimonio de ese momento embriagador e irrepetible en la historia del siglo XX es, a su modo, esta obra, que por haber brotado de él es acaso la última que osó todavía ofrecer una narrativa globalizadora de la trayectoria de nuestra nación. Si hoy los historiadores argentinos están dibujando ante nuestros ojos un paisaje histórico demasiado rico y abigarrado para que pueda hacerle plena justicia cualquier "gran relato", no es tan sólo porque la que, cuando esta obra fue planeada, era todavía empresa de unos pocos, hoy parece estar en el umbral en un fenómeno de masas (lo que no cesa de sorprender a quien puede contrastar en la memoria el mínimo público presente en 1.966 en la primera reunión de la Asociación Argentina de Historia Económica y Social, con las muchedumbres que hoy acuden, ponencia en mano, a las citas que la asociación convoca en los más variados rincones del país).

Más importante aún es que el eclipse de las grandes narrativas haga posible volver hacia el pasado una mirada que ya no recoge de él tan sólo lo que cabe en cada una de esas narrativas. Gracias a ello todos hemos descubierto cosas que no sólo sabíamos que existían es nuestra Argentina, sino que no imaginábamos siquiera posibles en ella, y todo sugiere que aún sugiere que aún quedan muchos descubrimientos como ésos por hacer. ¿Llegará alguna vez de nuevo el momento para aquello que en los manuales de Introducción a la Historia era designado como la síntesis? No, sin duda, si se lo entiende cómo el que se abre cuando todo el material al que se dirige la curiosidad de los historiadores ha sido debidamente inventariado, puesto que ese material es literalmente inagotable. Es de esperar en cambio que sí, si se lo entiende cómo aquel en que los historiadores, y no sólo ellos, han de recobrar la confianza en su capacidad de entender la historia que están viviendo; es en efecto esa confianza la que incita a estructurar el paisaje histórico en torno a un gran relato.

El que ha de surgir en este momento deberá encontrar su lugar en todo lo que el esfuerzo reciente de nuestros historiadores ha incorporado ya y seguirá incorporando a nuestro paisaje histórico. Me gusta pensar que lo encuentre también para la temática que dominó de un modo que hoy puede parecer demasiado excluyente a esta Historia Argentina. Y me gusta ver también en el eco que esta obra sigue encontrando, luego del derrumbe de todas las seguridades que subterdiendo esas preferencias temáticas, un augurio de que así ha de ocurrir.

Tulio Halperin Donghi

Prólogo a la primera edición

Publicar una nueva Historia Argentina encarada como obra colectiva es una empresa que parece requerir cierta justificación. Cuando comenzamos a planear la presente, la escasez de tentativas comparables realizadas durante el lapso transcurrido desde que apareció la patrocinada por la Academia Nacional de la Historia, dirigida por Ricardo Levene, parecía sugerir que, si no imposible, el proyecto resultaba cuanto menos extremadamente difícil. La relativa abundancia de obras similares que desde entonces se publicaron, no asegura necesariamente que dicha dificultad fuese ilusoria, pero hace mucho más problemática la fundamentación de todo intento que venga a sumarse a los ya concretados.

El que sometemos al juicio del lector no pretende tener otro signo distintivo que la aspiración -común a sus colaboradores- de narrar la historia, según la fórmula de Huizinga, “de la mejor manera que les es posible”. Pero esa fórmula es (a la vez que falsamente modesta) falsamente simple: no sólo supone que esa “mejor manera” es tolerablemente buena; implica además que ella no deja de otorgar un carácter común (que no podría ser tan sólo la ubicación, real o imaginada, en cierto nivel de calidad) a los escritos inspirados por esa común aspiración. En la Argentina de los años setenta, ese signo distintivo acaso podría encontrarse sobre todo en un interés más vivo por ciertas dimensiones del pasado que -según escuchamos decir a menudo- nuestros historiadores no solían sentir. Pero no podría ser éste, sin más, el carácter distintivo de la presente Historia Argentina. En primer lugar, porque la preocupación por los aspectos no propiamente políticos del proceso histórico -y el intento de desentrañar los nexos entre éstos y los acontecimientos que llenan la historia que solemos llamar “tradicional” -impregna esa historia tradicional más de lo que suele admitirse. Ese intento no estaba libre de propósitos apologéticos; no estaba tampoco exento de los riesgos (de inexactitud, de impresión) quizás inevitables cuando se afrontan vastos problemas de historia económica y social, asignándoles a la vez un lugar que, a pesar de todo, no deja de ser marginal en el propio esfuerzo de reconstrucción del pasado. Pero tampoco están libres de esas limitaciones los ensayos que con igual ambición (y desde perspectivas ideológico-políticas a menudo opuestas a las de los precursores del siglo XIX) se suceden hoy con ritmo desenfrenado. Éstos son como demasiada frecuencia pasibles de otra censura: ignoran serenamente casi todo cuanto ha aportado de nuevo la historiografía desde los tiempos de Mitre y López, para quienes Michelet había sido aún un contemporáneo.

Los trabajos aquí reunidos no quisieran merecer ese reproche: sus autores se consideran estudiosos profesionales de la historia y las ciencias sociales, y como tales quieren ser juzgados: su primer deber es, por lo tanto, practicar un estilo de indagación histórica que esté a la altura de los tiempos, no sólo en cuanto haga suya la perspectiva que este problemático presente impone al pasado nacional (y que no podría ser desde luego la misma cuya justeza parecía evidente hace un siglo), sino también en cuanto busque utilizar una cultura histórica menos arcaica de lo que todavía suele ser habitual entre nuestros historiadores y por último, en cuanto no se niegue a extraer las conclusiones necesarias del hecho de que la historia es -en una de sus dimensiones- ciencia social: la colaboración entre historiadores y cultores de otras ciencias humanas constituye en esta obra el reflejo más visible, pero no el único, de este enfoque.

Tulio Halperin Donghi
Buenos Aires, 1972

Índice

Prólogo a la nueva edición	2
Prólogo a la primera edición	3
Índice de figuras y mapas	5
Advertencia	8
Introducción	9
I. Antigüedad del hombre en la Argentina	10
1. Patagonia y Tierra del Fuego	10
a. Patagonia Austral	10
b. Tierra del Fuego	10
2. Noroeste	11
3. Sierras Centrales	11
4. La Puna	12
II. Áreas Culturales	13
1. Áreas Culturales y ecología	

.....	13	
2. Áreas Culturales y densidad de población.....	13	
.....		
III. El Noroeste.....	14	
.....		
1.Subdivisiones.....	14	
.....		
2. Períodos cronológicos.....	14	
.....		
a. Período Temprano.....	15	
.....		
b. Período Medio.....	19	
.....		
c. Período Tardío.....	21	
.....		
3. El dominio incaico.....	28	
.....		
4. Influencias orientales tardías en el Noroeste.....	29	
.....		
IV. Sierras centrales.....	30	
.....		
V. El Chaco.....	31	
.....		
VI. El Litoral y Mesopotamia.....	32	
.....		
VII. Patagonia y la Pampa.....	37	
.....		
Notas.....	38	
.....		
Bibliografía.....	39	
.....		
Índices Analíticos		
Índices de nombres y lugares.....		
.....		
Índice de temas.....		
.....		

Advertencia

El presente resumen se basa en recientes investigaciones arqueológicas y en la exégesis de crónicas históricas que se refieren a los pueblos indígenas. El progreso de las primeras en los últimos años es lo suficientemente grande como para que cualquier síntesis sea vieja en el mismo momento de aparecer. Por otro lado, en un proceso tan complejo de investigación la cantidad de datos acumulados es de muy diverso carácter. Los avances en los aspectos metodológicos y técnicos, sobre todo en los métodos de fechado, han introducido cambios revolucionarios en este tipo de estudio.

Hay datos que a veces son contradictorios o no son del todo claros, por lo que es necesario una elaboración y reelaboración constante. En este trabajo hemos tratado de utilizar no sólo aquellos que aparecen ser los más concretos y congruentes, sino también los que no ofrezcan dudas. Se

han dejado de lado los que se basan en especulaciones teóricas, para dar paso a los que se asientan en hechos muy concretos y en un gran número de evidencias.

Cada área definida geográficamente será estudiada desde la cultura más antigua hasta el momento de la conquista. Todo dentro de la más apretada síntesis posible, tal como un trabajo de este tipo lo requiere; y ya sabemos las dificultades que existen en una elaboración de esta índole. Dado que éste es un trabajo destinado al público, tratamos de llevarle de la manera más sencilla posible el conocimiento de estas materias; y en segundo término, la información realmente concreta y segura. Por esta razón algunas personas se extrañarán de no encontrar aquí trabajos muy citados en la literatura especializada, pero que a nuestro juicio corresponden más a especulaciones sin confirmar. Para aquéllos interesados en profundizar sus conocimientos, al final se da una bibliografía básica donde pueden encontrarse referencias ampliadas de los temas tratados.

Introducción

En los últimos años se nota un creciente interés por los pueblos aborígenes de América. Esta circunstancia se debe a la toma de conciencia de América latina de su vieja estirpe indígena y de su enraizamiento en la tierra; en su interés por la cultura de los que fueron antepasados de una gran parte de los actuales habitantes de estos países. La investigación científica, cada vez más avanzada, nos muestra facetas inesperadas y ocultas de estos pueblos que tenían una antigüedad que no hubiéramos sospechado antes, y de cuyos logros y alcances en los distintos aspectos de

la cultura tampoco teníamos noticia. En el plano político se destaca el acceso de la población mestiza a las esferas dirigentes y a la vida institucional, de las cuales el caso de México quizá sea el más típico.

Por otro lado, Europa se interesa cada vez más por los pueblos jóvenes de todo el mundo y en particular por América, tal vez tratando de revivir lo que la cultura occidental destruyó. Aquello que hasta hace poco estuvo localizado en manos de investigadores, sabios, eruditos e intelectuales, hoy pasa a la categoría de lo popular. Esto se refleja en el afán por conocer todas las manifestaciones de los que fueron los más viejos pobladores de América: las recientes exposiciones de arte americano precolombino realizadas en Europa despertaron un interés que antes no existía. Es como si los miembros de las naciones altamente desarrolladas quisieran escapar del mundo de la tecnificación, para hallar la paz en la ingenuidad y magia de las artesanías indígenas y mestizas.

Para nosotros este estudio tiene una serie de intereses básicos. Creemos que no es posible entender muchos aspectos del dominio español en los Andes sin conocer previamente la extensión de la conquista incaica. En efecto, fueron los incas -conquistadores, curacas y dominadores de nuestro noroeste- quienes guiaron los primeros pasos de las expediciones descubridoras; es bien conocido el caso del inca Paullo que acompañó a Almagro. Pero muchos siglos antes que los incas otros pueblos recorrieron estos largos caminos de las montañas y de los desiertos andinos, y conocieron el terreno y las culturas que lo habitaban. Poseemos evidencias de que hacia los siglos VII y VIII de la era cristiana, el Noroeste tenía contacto directo en zonas tan alejadas como los oasis de la Puna de Atacama (Chile). Esto se realizó en épocas de la expansión tiahuanacota; y es por esta razón que no podemos pasar por alto la continuidad histórica que se remonta a épocas muy antiguas. En tumbas del año 300 de la era cristiana, pertenecientes a la cultura que luego veremos con el nombre de Ciénaga, encontramos abundantes vestigios del comercio con el litoral marítimo, tanto del océano Atlántico como del Pacífico.

Cuando las naves de Gaboto surcan el Paraná y entran en contacto con los pueblos del Litoral, encuentran entre ellos relucientes planchas de cobre que no podían tener sino origen en el Noroeste. Estas evidencias pueden multiplicarse hasta el infinito. Pero lo que importa es destacar que ese mundo indígena, que a veces nos ha sido representado como un mundo fragmentado de tribus aisladas e ignorantes entre sí, pequeño y reducido geográficamente, era en realidad un mundo dinámico y amplio, con un conocimiento de su propia tierra mucho más extenso de lo que hemos creídos.

Es básico para la comprensión histórica de la etapa de la conquista y de la primera época colonial, tener en cuenta la organización sociopolítica de los indígenas. No en vano los valles del oeste catamarqueño permanecieron más de cien años rebeldes a toda conquista. Tales valles fueron de una importancia trascendental en lo que se refiere al emplazamiento y localización de las primeras agrupaciones urbanas españolas. Valles enteros se agruparon tras sus jefes naturales y luego formaron ligas entre los distintos valles o regiones. En la Quebrada de Humahaca el bravo Viltipoco pudo reunir tras sí un cuantioso número de guerreros: al sur el imbatible Juan Calchaquí, y más al sur todavía, la legendaria figura de Chelemin, el último de los grandes jefes indígenas del llamado "Gran Alzamiento".

Queremos dejar en el ánimo del lector, bosquejado en síntesis, lo que fueron estas culturas indígenas, no sólo por la transcendencia que tuvieron para la historia nacional, en sus raíces, sino también por lo que fueron en sí mismas. Es por esto que nos parece fundamental un enfoque antropológico moderno: su relación con el medio. Sirvan como puntos de referencia, por un lado, las inmensas planicies patagónicas ineptas para la agricultura, solo habitadas por pueblos nómades cazadores, y, por oposición, los valles fértiles del Noroeste que albergaron pueblos con una alta densidad de población, de una economía hortícola con irrigación y, por consiguiente, de un elevado nivel cultural. Dentro del mismo Noroeste, la oposición entre los valles bajos y la zona de la Puna donde las posibilidades de desarrollo se ven seriamente frenadas por la elevada altitud y las severas condiciones climáticas. Es así como el aspecto ecológico determinó una mayor concentración humana en ciertas zonas de lo que es el actual territorio de nuestro país.

La densidad de población en épocas prehistóricas influye todavía sobre la constitución étnica de nuestro pueblo. La mayor cantidad de habitantes con sangre aborigen, a veces en un porcentaje que nosotros mismos no sospechamos, está concentrada en aquellos lugares donde habitaban las culturas de mas alto desarrollo y mayor densidad: el área colindante con el Paraguay y el rincón limitrofe con Chile y Bolivia: el Noroeste.

Posteriormente, al producirse el proceso de tecnificación y de concentración en el cinturón urbano de las ciudades industriales, proceso que ha tenido lugar en los últimos decenios, esta diferencia de composición y gravitación indígena se ha puesto claramente de manifiesto.

Los españoles al fundar las primeras ciudades coloniales buscaron aquellos sitios en que la población indígena estaba concentrada, Córdoba, Santiago del Estero, Londres de Catamarca y demás estaban próximas a lugares donde abundaba la mano de obra indígena, la cual debía ser tenida en cuenta. Pero estos aspectos también tuvieron sus ambivalencias. En los valles Hualfin y Calchaquí los indígenas, con un hondo sentido de su libertad y patrimonio, supieron unir los distintos valles en federaciones para oponer férrea resistencia al conquistador.

En aquellas zonas en que las culturas tuvieron su más alto desarrollo y donde la población fue mayor, el aporte inmigratorio extranjero se hizo en menor grado. En cambio, en lugares como la pampa bonaerense, donde la población autóctona tuvo una baja densidad, el vacío humano se llenó en los primeros momentos con esclavos negros y posteriormente con la inmigración europea.

En último término, creemos que es necesario intensificar en todos los niveles el conocimiento y la comprensión de la América nativa. Los argentinos -por tradición y formación histórica- hemos vivido alejados del mundo de la América latina al que pertenecemos, pero al que poco hemos tratado de comprender. Un acercamiento a las raíces más profundas, realizado ya en otros países latinoamericanos, cuya toma de conciencia es un hecho, nos ayudaría a la comprensión del destino común a que estamos definitivamente unidos.

Antigüedad del hombre en la Argentina

La antigüedad del hombre en la República Argentina depende en gran parte del conocimiento que tengamos respecto de la población más antigua que llegó a la América del Sur, y ésta, a su vez, de la que vino desde América del Norte. Actualmente los investigadores más calificados en este tema y de acuerdo con fechados muy concretos efectuados con métodos exactos como el carbono radioactivo, creen que la llegada del hombre a América se remonta a unos treinta mil años.

Las evidencias que se refieren a esta etapa más antigua corresponden a unos pobres restos industriales: fogones con algunos instrumentos de piedra sumamente rústicos, muy poco diferenciado. Una característica fundamental es el trabajo grosero de la piedra y, sobre todo, la falta de puntas de proyectiles. Debe tratarse de culturas de tipo depredador, simples recolectores muy indiferenciados en sus métodos y técnicas; cazadores sólo en segundo término.

En la porción austral de América del Sur el fechado más antiguo obtenido por medio del radiocarbón tiene una edad de 11.000 años aproximadamente. Fue obtenido por el arqueólogo Bird en la Patagonia chilena en la caverna "Fell". Otros datos para las Sierras Centrales hacen remontar la antigüedad a 8.000 años. Esto no significa que sean los más antiguos; es muy probable que puedan hallarse restos de mayor edad, pero de cualquier manera, son todos los fechados que poseemos hasta hoy.

Los vestigios de las culturas más antiguas constituyen uno de los temas apasionantes de la arqueología, pero debemos distinguir en ella la ficción y la realidad. El problema había sido ya planeado en el siglo pasado por Florentino Ameghino, y durante mucho tiempo, basándose en algunas de sus ideas, se proclamó una remotísima antigüedad para la llegada del hombre a esta parte del continente, afirmándose incluso su desarrollo autóctono: teoría que actualmente pocos o ninguno están dispuestos a aceptar. Esto en nada disminuye el alto mérito científico de la obra de Ameghino, particularmente en lo que se refiere a la paleontología, ni su papel de pionero en esta ciencia en nuestro medio, en una época en que estaba comenzando en los lugares de mayor desarrollo científico del mundo.

Se mencionaban en aquella etapa, entre una serie de hallazgos, los efectuados en las barrancas de la costa atlántica desde Miramar y Necochea hasta proximidades de Bahía Blanca. Se trataba de restos de fogones que habrían dejado escorias y tierras cocidas en capas geológicas que hoy se fecharían con una edad próxima al millón de años. Otro hallazgo interesante fue el de un par de molares asignados al hombre y que parecían proceder indiscutiblemente de profundas capas geológicas del período cuaternario. También se mencionaba un fémur de toxodonte -un animal cuya apariencia externa era la de un gran hipopótamo-, que llevaba incrustada una punta de proyectil. Las investigaciones posteriores han revelado que los restos de los molares no corresponden a un ser humano y que la punta de proyectil clavada en el hueso del toxodonte posiblemente se trate de un fraude, en el que nada tuvieron que ver los hermanos Ameghino.

En resumidas cuentas, aquellas evidencias, que hoy tendrían que ser evaluadas en muchos centenares de miles de años, deben ser reemplazadas por fechas más modestas, no superiores a los once mil años de antigüedad. Estas corresponden a hallazgos efectuados en excavaciones realizadas con técnicas rigurosas y métodos de datación muy precisos.

1. Patagonia y Tierra del Fuego

a. Patagonia austral

Entre los hallazgos más interesantes e impecables por la cantidad de evidencias y la técnica con la que fueron extraídos, podemos citar para la Patagonia austral los estudios realizados por el norteamericano Junius Bird. Este investigador recorrió en dos oportunidades los canales magallánicos hasta el Estrecho de Beagle y la zona sur de la Patagonia, efectuando excavaciones en aleros y abrigos. Estas investigaciones dieron por resultado el establecimiento de una secuencia -de una historia cultural- de extraordinario interés. Con posterioridad, esta secuencia de Bird ha sido totalmente confirmada por los investigadores franceses, el matrimonio Laming-Emperaire.

Las investigaciones más importantes que realizó Bird fueron en la Cueva Fell y en el abrigo de Palli Aike, en el extremo sur patagónico. En las capas más profundas (capa I) de estos abrigos encontró restos correspondientes a un grupo humano que convivió con los últimos ejemplares de la fauna fósil, también llamada megafauna cuaternaria. Se trata de huesos de caballo americano salvaje, guanaco y perezoso gigantesco (milodonte), que, sin duda, sirvieron de alimento pues están quemados y partidos. Junto con los huesos se hallaron los utensilios con que fueron cazados, particularmente puntas de proyectiles delicadamente trabajadas en piedra y algunos instrumentos de hueso. Las puntas, que son el elemento más característico, tienen una forma ligeramente acorazonada con un pedúnculo o base en forma de cola de pescado. Es curiosa la presencia del caballo americano salvaje que, siendo muy similar al caballo actual, se extinguió totalmente hace unos diez mil años. Las causas de esta extinción aún no resultan claras. Reintroducidos por los conquistadores españoles encontraron un medio extraordinariamente propicio para su desarrollo. La economía de estos grupos era, como dijimos, esencialmente cazadora, y su tecnología, por lo tanto, adaptada a este tipo de vida. Debieron llevar un régimen de vida nómada, desplazándose en grupos familiares de no más de 50 a 100 individuos: son las bandas de cazadores como la de los tehuelches que solamente se reunieron en grupos grandes después de obtener el caballo. Hicieron sus vestidos con la piel de los animales que cazaban, preparadas merced a los raspadores de piedra. En cuanto al aspecto físico, estos grupos debieron parecerse más a los pueblos canoeros que habitan aún hoy los archipiélagos del sur que a los corpulentos cazadores tehuelches.

El fechado radiocarbónico realizado con materiales provenientes de la capa I arrojó una edad de aproximadamente nueve mil años A.C. Parece ser que hacia la época final de la ocupación de este primer nivel cultural ocurrió una erupción volcánica. En la cueva Fell se produjeron derrumbes del techo que al caer sellaron la primera capa separándola de las que le siguieran con posteridad en el tiempo. En Palli Aike un grueso manto de cenizas volcánicas cubre la parte superior de la capa I.

Inmediatamente por encima de los niveles que contienen los restos de la cultura más antigua aparece otra (capa II) cuyos vestigios son aún más pobres. Aquí sólo se hallaron raspadores de piedra que evidencian un activo trabajo del cuero, pero faltan las puntas líticas de proyectil que fueron reemplazadas por otras similares de hueso. Ignoramos si este pueblo tuvo otros utensilios de material perecedero. Hacia esta época desaparecieron definitivamente los grandes animales que abundaban en la capa anterior, siendo reemplazados por el ciervo y otros animales más pequeños, como el zorro y el guanaco, que ya existían anteriormente.

Transcurrido algún tiempo, hizo su aparición otra cultura cazadora (capa III), similar a la más antigua. El elemento característico son las puntas

líticas de proyectil, de forma triangular y base redondeada o recta. Son comunes los raspadores y las piedras de boleadora. Es interesante destacar que estos utensilios son casi idénticos a los encontrados 2000 kilómetros más al norte en la caverna de Intihuasi (provincia de San Luis) y de los que nos ocuparemos oportunamente.

Cuando la cultura anterior hubo desaparecido, entró en escena otra más nueva. Se caracteriza por la forma de las puntas y no significó una variante fundamental en la economía. Esta cultura es la que perdura hasta la época de la conquista y comprende parte de los tehuelches históricos.

b. Tierra del Fuego

El poblamiento de Tierra del Fuego debió ser posterior al de la Patagonia, en razón de que aquélla estuvo cubierta por los hielos hasta una etapa más reciente que el sur patagónico. Prueba de ello es que no se encuentran en Tierra del Fuego vestigios de animales extinguidos, como el perezoso o el caballo americano salvaje; los animales que aparecen allí por primera vez son los de la fauna existente: el ciervo y el guanaco. La expedición arqueológica francesa del Museo de Hombre identificó dos culturas en el norte de Tierra del Fuego. Una de ellas corresponde a un grupo de cazadores similar a la que halló Bird en su capa III, con puntas en forma de hoja de laurel semejante a las de tipo Ayampitín de las Sierras Centrales y del Noroeste. La segunda revela la existencia de toscos útiles de piedra trabajados en ambas caras; se los denomina bifaces y debieron servir fundamentalmente para cortar madera. La cultura más antigua no debe tener una edad mayor de 6.000 años.

En los canales fueguinos, en las proximidades del Canal de Beagle, las investigaciones de Bird pusieron en claro la existencia de dos culturas. La más antigua es la denominada cultura del cuchillo de concha, porque un simple artefacto hecho con la laja de una concha afilada en uno de los bordes sirve como instrumento principal. Se trata de un pueblo similar a los nómades canoeros que los europeos encontraron varios miles de años después: son las tribus conocidas como Alacalufes. Estos nómadas del mar parecen haber venido de la zona septentrional de los archipiélagos chilenos al sur de la Isla de Chiloé.

La segunda oleada de recolectores y depredadores marinos se denomina cultura de la casa pozo, por ser su elemento distintivo una vivienda circular semienterrada, cuyo piso se encuentra por debajo del nivel normal del terreno. La economía de este pueblo se basaba, en primer término, en la recolección de moluscos y, excepcionalmente, en la caza de mamíferos marinos. Las conchas de los moluscos consumidos se acumulaban formando montículos alrededor de las viviendas. Estos concheros aún pueden verse en las proximidades de Ushuaia y a lo largo del Canal de Beagle. Sus descendientes son conocidos con el nombre de Yaganes.

Ambas culturas usaban el arpón monodentado, el bote recubierto de corteza y las presas para la pesca. La cultura de la casa pozo incorporó puntas líticas de proyectiles y otras formas de multipunta.

La ecología de los canales fueguinos es totalmente distinta de la de la Patagonia continental. La primera zona es boscosa y con alto índice de precipitaciones anuales. El desplazamiento sólo puede hacerse por mar y existen buenas y bien protegidas caletas y bahías. En esta abundan los moluscos, mariscos y mamíferos marinos. En la segunda, la costa es desolada y poco hospitalaria, el interior tiene escasa vegetación y baja precipitación pluvial. No hay madera para la construcción de embarcaciones. Por esto la primera fue habitada por canoeros con economía recolectora marina y la segunda por cazadores.

Además de los trabajos antes mencionados están los realizados en los últimos años por el doctor O. Menghin, quien se ha dedicado particularmente a la Patagonia continental. Sus investigaciones coinciden en parte con las secuencias de Bird, pero introducen nuevas culturas e industrias; entre ellas, una de aspecto muy tosco con útiles trabajados por percusión rudimentaria y donde no aparecen puntas de proyectiles. El sitio tipo de esta cultura sería Río Gallegos. Otras industrias de su secuencia son las de Caleta Olivia y Bahía Solano. La nombrada en primer término es la más importante por su antigüedad -el descubridor le atribuye 15 milenios- y por su influencia en las culturas posteriores. Aún no se han publicado las evidencias que prueban la mayor antigüedad de aquella cultura y la edad atribuida se basa en informaciones geológicas que han sido seriamente cuestionadas por las investigaciones recientes.

2. Noroeste

Si dejamos el extremo austral y nos trasladamos al rincón noroeste de la República Argentina, los vestigios más antiguos encontrados hasta ahora corresponderían a una primitiva y tosca industria. A ésta se la ha denominado Ampajango, por el sitio homónimo en la provincia de Catamarca, donde fue identificada por primera vez. Los instrumentos de esta industria se obtuvieron por percusión directa sobre grandes bloques de basalto: son las denominadas lascas, una de las formas más primitivas de instrumental lítico. Otros instrumentos muy distintivos de Ampajango son las bifaces: hachas de regular tamaño talladas a grandes golpes en ambas caras y que seguramente estuvieron destinadas al trabajo de la madera. El utilaje refleja una economía recolectora de tipo inferior indiferenciada, fundamentalmente de raíces y plantas silvestres. Suponemos que no se dedicaban a la caza, pues no se han hallado puntas de piedra, pero tal vez las hayan tenido de madera u otro material percedero que no ha perdurado.

A causa de que todos los hallazgos han sido hechos en la superficie del terreno y nunca en cavernas o lugares estratificados, la falta de elementos asociados -como huesos de fauna extinguida- y la carencia de fechados por métodos geológicos o de radiocarbón, hacen que estas evidencias sean sólo posibilidades, dadas sus similitudes con industrias existentes en el resto del continente americano. Así, muy recientemente, en el Perú se logró un fechado de cerca de 21.000 años de antigüedad para una industria de un nivel cultural similar a la de Ampajango.

3. Sierras Centrales

La existencia de otra antigua cultura fue puesta de manifiesto por los descubrimientos hechos en el sitio al aire libre denominado Ayampitín, situado en la Pampa de Olaen no lejos de la localidad de La Falda (sierras de Córdoba). Estos hallazgos, efectuados alrededor del año 1.940, fueron considerablemente ampliados con las excavaciones efectuadas en la caverna de Intihuasi, provincia de San Luis.

La cueva de Intihuasi era ya conocida desde el siglo pasado porque Germán Burmeister y Florentino Ameghino destacaron su interés.

Posteriormente otros autores la visitaron, impresionados por esta amplia cavidad natural en la roca volcánica. Las excavaciones las efectuó el Museo de La Plata en el año 1.951 y revelaron la existencia en las capas más profundas de la misma industria que había sido encontrada en Ayampitín. Es decir que se trataba de las características puntas líticas de proyectil de forma de sauce trabajadas en cuarzo. Su tamaño oscila entre 5 y 10 cm de largo y 1 a 2 cm de espesor. Asociadas a estas puntas se encontraron otros instrumentos de piedra y hueso.

La cultura Ayampitín muestra un pueblo con economía especializada en la caza de guanacos y ciervos y que, subsidiariamente, recolectaron

semillas que trituraban en molinos planos de piedra (las llamadas conanas). El hallazgo de ganchos de piedra nos habla de que el arma utilizada por esta cultura fue el llamado lanzardos o propulsor.^a La introducción del arco y la flecha corresponde a una fecha mucho más reciente. El flechado radiocarbónico efectuado sobre los restos óseos encontrados en los fogones de Intihuasi, dio una antigüedad que se remonta al año 6.000 antes de Cristo.

Por encima de las capas que contienen la industria de Ayampitín existe otra diferente. Se trata también de un pueblo de cazadores especializados pero que utilizaban puntas de proyectiles totalmente distintas de las anteriores. Seguramente debieron llegar desde el norte y se mezclaron con la antigua cultura de Ayampitín, pues en las primeras épocas aún persistían las puntas lanceoladas. El elemento más característico de esta segunda oleada de cazadores especializados es, como ya hemos dicho, las puntas de proyectil de piedra; son de forma triangular, lados convexos y base escotada o recta. Siguen en uso los molinos planos o conanas, por lo que suponemos que también complementaron la caza con la recolección de semillas. La presencia de pozos de almacenamiento demuestra que existió cierta previsión, pues acumularon el excedente de semillas para las épocas de escasez.

Desde el punto de vista social formaron grupos de 30 a 50 individuos. El nomadismo debió de ser estacional, habitando la gruta sólo después de los períodos de cacería.

Esta cultura debió sobrevivir hasta el año 500 - 1.000 d. c., aunque al respecto no tenemos absoluta certeza. Para esta fecha, o para una posterior, los pueblos de cazadores fueron reemplazados o aculturados por otros venidos desde el norte. Aparecen ahora puntas de proyectil de no más de 25 a 30 mm de largo, muy finas y delicadamente trabajadas. Éstas revelan la introducción del arco y la flecha, pues, además, han desaparecido los ganchos de propulsor. Tales puntas tienen forma triangular, bordes convexos y base escotada. Los molinos o conanas son más abundantes, lo que está mostrando un mayor énfasis en la recolección o el comienzo de la agricultura. Nuevas técnicas se manifiestan en el trabajo de la piedra: aparece una que otra hacha pulida.

^a. El lanzardos o propulsor es una arma que consiste en un brazo de palanca sobre el cual se colocan los proyectiles, los que son disparados por un movimiento de impulso del brazo hacia adelante.

Hábitos de vida más ordenados se desprenden de la existencia de basureros fijos. La densidad de población debió de ir en aumento. Son comunes los panes de pintura amarilla o de hematita, los que se debieron usar en pinturas corporales o en pictografías en las paredes de cuevas y aleros. Se deformaban el cráneo según la norma tabular erecta, provocada por el uso de una cuna especial. Este estilo de deformación cefálica parece haber sido precedido por otro logrado mediante el uso de bandas de cuero o tela, que, ajustadas al cráneo de los niños, le daban forma alargada como de huevo.

Hacia el final de esta época hace su aparición la alfarería lisa, sin decoración. Éste es el substratum sobre el que se asientan los pueblos que posteriormente encontrará la conquista española a mediados del siglo XVI.

La cultura de Ayampitín es parte integrante de un amplio horizonte que se extiende por todo el noroeste argentino y por América a lo largo de la cordillera de los Andes. Sus raíces pueden rastrearse hasta la zona septentrional de América del Sur y meridional de Mesoamérica, hacia fines del pleistoceno. Los hallazgos en Lauricocha (Perú) indican la existencia de esta tradición de cazadores especializados, que se mantuvo en una particular ecología y sobre la base económica de dos especies de animales: el guanaco y el ciervo. En determinados lugares adquirió hábitos de recolección y aprendió a fabricar alimentos farináceos.

4. La Puna

Con posterioridad a la cultura de Ayampitín -hacia el IV milenio a.c.- arribó a la meseta andina un buen número de culturas diferenciadas, pero siempre de economía cazadora, cuyos vestigios se encuentran a lo largo del territorio nacional, muy particularmente en el Noroeste. Una de ellas es la de Saladillo, cuya característica distintiva está dada por la técnica con que trabajó la piedra. Son instrumentos tallados en una sola cara y por lo tanto se los denomina monofaciales. Han sido halladas industrias similares en la Puna chilena.

Estas culturas debieron encontrar en el altiplano andino condiciones climáticas muy especiales. En aquella época, lo que hoy son salares debieron de ser grandes lagos, algunos de agua dulce. En general, podemos decir que la zona era más húmeda que en la realidad.

Si nos referimos fundamentalmente al Noroeste se debe al hecho de que es el lugar donde se ha realizado el mayor número de investigaciones y de donde preceden las mejores evidencias. Es probable que el poblamiento temprano a comienzos del Postglacial, hace 8 o 10 mil años, pueda ser identificado en otras áreas, en Misiones por ejemplo, pero aún faltan estudios y fechados adecuados.

II. ÁREAS CULTURALES

1. Áreas culturales y ecología

Para entender las culturas indígenas es necesario conocer su distribución geográfica y su relación con el medio. Este aspecto de adaptación, dependencia e influencia del medio físico sobre la cultura se manifestó con más fuerza en las de menor desarrollo; por lo tanto, es fundamental desentrañar esta relación dinámica.

En la República Argentina podemos hacer una distribución geográfica de las culturas indígenas en cinco áreas principales: Noroeste, Sierras Centrales, Pampa-Patagonia, Chaco y Litoral-Mesopotamia.

El Noroeste, como su nombre lo indica, abarca el ángulo limitrofe de nuestro país con Chile y Bolivia. Comprende las provincias de Salta, Jujuy y Tucumán hasta las sierras subandinas, donde el bosque asciende a la vertiente oriental de los Andes; Catamarca, La Rioja y parte de Santiago del Estero, llegando hasta el norte de San Juan, aunque algunos autores prolongan el límite hasta cerca de la ciudad de Mendoza. Esta área puede ser subdividida en varias zonas distintas de acuerdo con sus caracteres botánicos, climáticos y fisiográficos. Fue aquí donde los conquistadores encontraron las culturas de más alto desarrollo debido a las influencias irradiadas desde el gran centro de civilización situado en el actual territorio del Perú y que los investigadores nombran como Centro Nuclear Andino. Nuestro Noroeste junto con el sur de Bolivia y el norte de Chile forma una subdivisión que se denomina Área Andina Meridional. Ésta, si bien posee muchos elementos culturales comunes con el resto de los Andes, tiene otros rasgos propios bien definidos. Los límites del Noroeste no son precisos sino más bien fluidos y difíciles de establecer. Hacia el este tienden a confundirse con la región de las culturas marginales y de las florestas tropicales que ocupaban los bosques chaqueños de Salta y Jujuy. Por el oeste, la Puna establece un nexo de continuidad con las culturas del norte de Chile. Con el sur de Bolivia, el fenómeno de continuidad cultural es similar a los ya mencionados.

El área de las Sierras Centrales comprende las sierras de San Luis y Córdoba y las llanuras aledañas. En el momento de la conquista estuvo habitada por pueblos horticultores que poseían alfarería, pero de menor desarrollo cultural que los del Noroeste. Esta área constituye un escalón de transición entre las altas culturas del Noroeste y las de economía cazadora de la Pampa.

Pampa-Patagonia es quizás el área más extensa, y refleja, en líneas generales, condiciones fisiológicas muy particulares. En el momento de la conquista estuvo habitada en su mayor parte por pueblos cazadores nómadas. Comprende el territorio desde el pie de la cordillera de los Andes hasta el litoral del Río de la Plata y del océano Atlántico y desde el Estrecho de Magallanes hasta el sur de San Luis y Córdoba. Debemos destacar la ya mencionada ecología propia de los canales magallánicos. En épocas coloniales esta área recibió el aporte de los grupos araucanos venidos desde el occidente de la cordillera de los Andes; eran nómadas ecuestres que cambiaron casi por completo la fisonomía cultural y económica de los pueblos autóctonos. Solo fueron denominados con la Conquista del Desierto en la segunda mitad del siglo pasado.

El área del Chaco comprende las actuales provincias de Formosa y Chaco y parte de Santiago del Estero, Salta y Santa Fe. Estuvo habitada por tribus marginales, es decir, de muy escaso desarrollo cultural. Algunos núcleos horticultores y grupos de guerreros intrusos le dieron características muy especiales. En épocas hispánicas un medio hostil hizo que importantes asentamientos europeos, constantemente atacados por los indígenas, desaparecieran por completo, como es el caso de Concepción del Bermejo y Esteco. La conquista se llevó a cabo en épocas recientes. Aún hoy existen importantes núcleos indígenas que van desapareciendo sin que se hayan tomado medidas basadas en estudios modernos de antropología social, que permitan la incorporación de esos grupos a la vida de la República. Esto es más lamentable por cuando pudo aprovecharse la rica experiencia la rica experiencia recogida en este sentido en los países donde el problema despertó una verdadera inquietud social y un auténtico interés científico.

La zona a lo largo de los grandes ríos como el Paraná, el Uruguay y la Mesopotamia configura un área bien definida. Los ríos sirvieron como vías de circulación para las tribus canoeras. Núcleos de horticultores con plantas de las florestas tropicales, como es el caso de los guaraníes, tuvieron una personalidad cultural y de adaptación ecológica muy particular. En el interior del territorio, grupos cazadores nómades persistieron en hábitos más primitivos. También se encuentran culturas de vida intermedias de cazadores-recolectores y sembradores temporales. Esta área refleja tres tipos de ecología cultural: una de adaptación a las florestas tropicales y los grandes ríos; otra de nómades cazadores-recolectores ocupantes del interior y, por último, algunas formas intermedias entre ambas.

2. Áreas culturales y densidad de población

De acuerdo con lo expresado al comienzo damos una particular importancia a la concentración humana de los diferentes núcleos indígenas por el papel que éstos tienen posteriormente en el desarrollo histórico.

Es muy difícil poder establecer una estimación aproximada de las variantes de la densidad de población que a través del tiempo sufrieron las culturas autóctonas. Para ello se requieren estudios arqueológicos muy intensivos y muy cuidadosos que aún faltan en nuestro medio. Poseemos sí, sobre todo para algunas regiones, referencias etnohistóricas; pero éstas aún esperan un análisis crítico exhaustivo.

A mediados del siglo XVI la población indígena total era, según distintos autores, entre 300.000 y 340.000 individuos; distribuida en la siguiente proporción:

Chaco.....	50.000
Pampa.....	30.000
Noroeste.....	215.000
Mesopotamia.....	20.000
Cuyo.....	18.000
Patagonia.....	10.000

(Difrieri, 1.958)

Faltan buenos mapas de distribución y densidad de la población; uno de los pocos realizados hasta el momento es de Steward (1.948), y creemos que no es del todo exacto. Este autor da una población total de 41.000 almas para los Diaguitas, es decir, una densidad de 13,1 persona por 100 km², cifra que nosotros creemos demasiado baja. Serrano, por otra parte, estima en 55.000 individuos la población de los Diaguitas. El autor primeramente citado da para la Pampa-Patagonia un total de 36.125 pobladores, o sea, una densidad de 2,5 por cada 100 km². Los Comechingones y Huarpes habrían totalizado 52.550, o sea, 15 por 100 km²; los Charrúas y Caracará, 9000, es decir 3 individuos por cada 100 km². El delta del Paraná habría albergado una población de 24.000 almas, lo que equivale a 30 por 100 km²; los Araucanos del sur de Chile eran estimados en 1.000.000, o sea, 273 por 100 km², lo que tiene decisiva importancia en su conquista posterior de la Pampa y el sojuzgamiento de otros grupos indígenas. De las cifras anteriores puede deducirse que la mayor densidad se dio en la región Mesopotamia-delta del Paraná, en las Sierras Centrales y en el Noroeste. En la primera región el cómputo se eleva por la presencia de los grupos de agricultores amazónicos, que particularmente los Guaraníes, por contraposición con la baja densidad que poseían los cazadores-recolectores habitantes del interior de esa región. Otro detalle de importancia es la concentración de la población en aldeas o pueblos, tal como ocurrió en el Noroeste, donde aquellas llegaron a albergar a 2.000 individuos o más, según las evidencias arqueológicas que poseemos al presente. En cambio, la simple banda patagónica debió oscilar entre 50 y 100 individuos.

III. EL NOROESTE

El Noroeste es el área cultural más importante del actual territorio argentino. Recibió influencias directas e indirectas de las altas culturas andinas y tuvo un desarrollo basado en una economía agrícola intensiva con gran variedad de vegetales, en la ganadería y en una metalurgia avanzada del bronce. Casi todo el Noroeste fue conquistado por los incas, lo que le dio a esta área, que en lo lingüístico presentaba un mosaico de lenguas y dialectos, una cierta unidad mayor que la que tenía desde sus orígenes. Tradicionalmente se daban cinco regiones: la Puna, la Quebrada de Humahuaca, la Valliserrana, los Bosques Occidentales o Sierras Subandinas y Santiago del Estero. Preferimos unir la segunda y la tercera en una sola que denominamos Valles y Quebradas.²

1. Subdivisiones

La región de la Puna comprende todo el oeste de Jujuy y Salta y el occidente catamarqueño hasta el departamento de Belén. Es lo que perteneció al antiguo Territorio Nacional de los Andes. Sus características fisiográficas y climáticas la definen nítidamente. Se trata de una altiplanicie que se encuentra por encima de los 3500 metros sobre el nivel del mar. Distintas serranías interrumpen la continuidad de la planicie, formando cuencas cerradas; los ríos de la Puna no desaguan en el mar. Su vegetación es pobre, generalmente de pastos duros y pequeños arbustos. Salpicando el monocromático paisaje puneño están las blancas extensiones de los salares. Su clima es extremo, pudiendo ser la amplitud de oscilación diaria de hasta 20 grados. Las lluvias son escasas, menos de 100 mm anuales, y la mayoría de ellas se producen en los meses de verano. La humedad relativa es sólo del 48%. Es una zona que está libre de heladas unos días de verano.

Las condiciones externas son sumamente rígidas e impusieron un sello definido a las culturas que habitaron la Puna, actuando como un freno para su desarrollo. Estas condiciones de limitación en la producción de vegetales estimuló, por otro, una economía basada en el pastoreo de animales adaptados al medio particular, como son la llama y la alpaca. Las culturas de pastores puneños tuvieron, en razón de su estructura económica, amplio intercambio con las áreas aledañas desde épocas tempranas. Para aclarar más el concepto debemos representar el paisaje andino de altura como dividido en franjas ecológicas; así, los pobladores de un determinado nivel ecológico se trasladaban a otras franjas en busca de los productos que su medio no les brindaba intercambiándolos por lo que ellos producían. Un grupo de pastores de llamas, por ejemplo, se trasladaba a los valles bajos para intercambiar la lana y carne de sus rebaños por maíz y otros vegetales de las zonas bajas. Esto es lo que ha sido definido como la verticalidad del paisaje andino.³ Según el concepto ecológico aplicado a América Central, la Puna sería una típica zona de simbiosis.⁹

El cultivo está limitado a los lugares donde existe agua. Se puede decir que por encima de los 4.000 metros la única tarea económica posible es el pastoreo. En los sitios con agua más o menos abundante, verdaderos oasis, los cultivos fundamentales son los tubérculos microtéricos (el ulluco y la oca), la papa, las quenopodáceas (quinua) y excepcionalmente especies de maíz adaptadas a condiciones climáticas extremas. Pero aun así, sólo se pudo cultivar en escasísimos lugares de la Puna. Por otra parte en algunos sitios puneños, donde actualmente casi no hay cultivos, como en Pozuelos (Jujuy), las evidencias de tareas agrícolas están ampliamente puestas de manifiesto por la gran cantidad de útiles usados para este fin, como son las palas de piedra, por lo que cierto grado de variación microclimática pudo desempeñar un importante papel en el pasado.

En la región de valles y quebradas incluimos lo que antes se denominaba región Diaguita o Valliserrana y la Quebrada de Humahuaca. Comprende desde la porción norte de San Juan, el centro y norte de La Rioja, toda Catamarca, el oeste de Tucumán, Santiago del Estero a lo largo del Dulce y del Salado, el sudoeste de Salta -que hacia el norte se continúa por una estrecha faja en el oeste salteño sobre el borde de la Puna-, subiendo por la Quebrada de Humahuaca en dirección norte y corriendo entre el macizo puneño y la vertiente boscosa de las sierras subandinas hasta el límite con Bolivia.

Esta región se compone de valles anchos y quebradas de una altitud entre los 1.500 y 3.000 metros sobre el nivel del mar. El promedio de precipitaciones es de 250 mm anuales, aunque con variaciones de una zona a otra. La vegetación corresponde a las provincias Prepuneña y del Monte: es decir a la estepa arbustiva y de cactáceas. El chañar y el algarrobo tuvieron un alto valor económico para las culturas indígenas. También ha sido denominado paisaje del cardonal pues el *Trichocereus* está siempre presente en quebradas y valles, desapareciendo hacia la Puna y bosques occidentales. El clima es seco y cálido con una temperatura media de 20 grados. Los inviernos no son extremadamente fríos puesto que la insolación diurna produce una elevación de la temperatura.

Una de las características de esta región es el cultivo del suelo con riego intensivo, particularmente en los conos de deyección o en el fondo de los valles. En estos lugares se concentraron las poblaciones, fenómeno que persiste en la actualidad. La adaptación de la llama fue fácil y aún hoy en Catamarca se encuentran pequeños rebaños.

La circulación a través de estos valles y quebradas fue intensa como lo demuestran los restos arqueológicos. Sin embargo tuvieron idiosincrasias culturales definidas, según se manifiesta en los estilos cerámicos diferentes de valles contiguos, a pesar de los vínculos existentes entre indígenas de comarcas cercanas.

El acceso a esta región de valles y quebradas pudo hacerse desde el norte por los caminos de la Puna; desde el este, por los grandes ríos de donde vinieron los elementos básicos de las florestas tropicales; o desde el oeste, por los pasos de la cordillera de los Andes. Esta cultura con características definidas, aun participando del conjunto del Área Andina Meridional, se formó por la amalgama, el equilibrio y el juego cultural de diversos elementos venidos a través de las mencionadas vías de acceso, con intensidad variable, y en distintos momentos. Un detalle fundamental para entender el proceso, es no asignar preponderancia definitiva a una sola de las áreas, ya que se trata de un juego dinámico muy particular.

La región de los bosques occidentales o sierras subandinas corresponde a las últimas estribaciones de los Andes. Geográficamente abarca las serranías del este de Jujuy y hacia la cuenca del río San Francisco, los departamentos del este de Salta y la vertiente oriental del Aconquija en el norte centro de Tucumán. El clima es cálido y húmedo, con precipitaciones que llegan a los 1.000 mm anuales. La temperatura media es de 21 grados. Debe destacarse que existen variaciones según las zonas en los factores antes enumerados. El tipo de vegetación predominante es la selva montana, bosque y praderas. En determinados lugares la vegetación es xerófila.

La región de Santiago del Estero, con sus llanuras y sierras bajas, presenta una ecología muy particular. Fitogeográficamente pertenece a la provincia chaqueña. La temperatura media es de 20,6 grados y las precipitaciones anuales llegan a 537,9 mm. A lo largo de los grandes ríos como el Salado y el Dulce se aprovecharon las avenidas periódicas para sembrar en los terrenos así fertilizados. Es probable que utilizaran una especie, no sabemos si silvestre o doméstica, de mandioca. La economía de estas culturas dio también importancia a la pesca. Los pueblos ubicados al oeste, sobre las serranías limítrofes con Catamarca, tuvieron una configuración cultural distinta de las anteriores. Santiago del Estero impresiona como una región de transición cultural entre el conjunto del Noroeste y las culturas amazónicas del Litoral-Mesopotamia y los cazadores-recolectores nómadas del Chaco.

². En las divisiones tradicionales utilizadas por los arqueólogos argentinos se consideraba a la Quebrada de Humahuaca como unidad independiente. La base de esta división era lingüística, pues se la consideraba independiente de la llamada región Diaguita (de habla cacán) que abarcaba lo que posteriormente se denominó región Valliserrana. Nosotros utilizamos un criterio ecológico y cultural, por lo que la incorporamos a la anterior.

³. Este problema ha sido estudiado y definido por J. Murra en su trabajo: Rebaño y pastores en la economía del Tahuantinsuyo (Revista Peruana de Cultura, Comisión Nacional de Cultura, n°2, Lima, Julio de 1.964)

⁴. Palerm, A. y Wolf, E.R. Potencial ecológico y desarrollo cultural en Mesoamérica (Estudios sobre Ecología Humana, Estudios monográficos III, Unión Panamericana, Washington, D.C, 1.960).

2. Periodos cronológicos

De acuerdo con el que bosquejamos en la Introducción, vamos a desarrollar la historia cultural según la han revelado los estudios arqueológicos realizados hasta ahora.

En el capítulo 1 pasamos revista a las más viejas culturas que poblaron la Argentina. No sabemos si estas antiguas culturas de cazadores y recolectores inferiores evolucionaron hacia una economía hortícola o si influjos venidos desde el norte trajeron los rudimentos de la agricultura, con el consiguiente cambio cultural y económico. Este es un problema aún oscuro en el resto de América, pero por lo que conocemos de esta evolución en el Perú y Mesoamérica se desprende que el cambio fue gradual y progresivo. En la Argentina las más antiguas culturas agroalfareras -vale decir, técnicamente poseedoras de alfarería y económicamente basadas en el cultivo de plantas- aparecen plenamente formadas. Esto quizá sólo sea el reflejo de deficiencias en la investigación. En Perú y América Central, entre las culturas agroalfareras plenamente desarrolladas y las de cazadores-recolectores existe un período intermedio llamado de agricultura incipiente. Es el momento en que el hombre deja la economía parasitaria de recolección o caza y lentamente doméstica algunas antes de poseer alfarería. En general, se trata de un período en el que, se realizan experimentos con plantas locales, como, por ejemplo, los porotos y el mate o lagenaria. En nuestro país no se ha identificado el período de agricultura incipiente. Por lo que hasta ahora sabemos no es posible afirmar que dentro de nuestro territorio se efectuara la domesticación de ninguna especie vegetal importante. Probablemente éstas llegaron desde alguno de los centros de domesticación del continente americano, uno de los cuales, con respecto al maíz, según las últimas investigaciones arqueológicas, pareciera haber estado en Mesoamérica en el área de Tehuacán (México), entre los años 6000 y 5000 A. c. Para esa fecha eran cultivadas otras plantas como el ají o chile, la legendaria y algunas variedades de porotos; dos mil años después aparecen el maíz y otras plantas. Otro centro de domesticación en América del Sur, probablemente de tubérculos tropicales como la mandioca y la batata, debió de estar en Colombia y Venezuela. En el altiplano boliviano, en torno al lago Titicaca debieron domesticarse tubérculos como la papa, el ulluco y la oca; así como también se domesticaron la llama y la cavia o chanchito de las Indias, únicos animales domésticos de la América aborigen, junto con el perro y el pavo.

En resumen: el período de agricultura incipiente es uno de los problemas de nuestra arqueología. Es casi seguro que los restos existen pero por el momento no han sido identificados. Debe entenderse como período de agricultura incipiente una etapa cultural donde comienzan a llegar las plantas cultivadas, pero donde el nivel de la cultura general es aún muy bajo ya carece de alfarería, metales y textiles elaborados. Por lo contrario las culturas conocidas, como hemos dicho antes, aparecen plenamente formadas con ganadería, alfarería y plantas cultivadas.

Para una comprensión más clara de las culturas agroalfareras, que abarcan un período de algo más de 1.700 años, las hemos agrupado en tres etapas principales: Período Temprano, Medio y Tardío. El Temprano corresponde desde la aparición de las primeras culturas hasta el año 650 D. c. El Período Medio desde el año 650 D. c. hasta el 850 D. c. y el Tardío desde el año 850 D. c. hasta el 1.480 D. c., aproximadamente, en que comenzaría el período que hemos denominado Incaico. Este va desde la llegada de

los incas hasta la primera entrada de los conquistadores españoles. Período Hispano-Indígena denominamos al lapso posterior al descubrimiento pero en el cual los aborígenes aún no han sido conquistados y conservan sus culturas propias. Período Colonial, desde que las culturas indígenas fueron asimiladas a la vida y el sistema institucional español. Este sistema de periodificación tiene por objeto no solamente una comprensión más clara del proceso histórico en el Noroeste, sino también poder relacionarlo con el fenómeno similar del resto del área andina. ”

a. Período Temprano

Las evidencias correspondientes a las culturas agroalfareras tempranas provienen principalmente de la porción central del área que hemos definido como de Valles y Quebradas; muy probablemente en las áreas de la Puna y Bosques Occidentales encontraremos culturas de igual o de aún mayor antigüedad. **Las más representativas para este período son: Condorhuasi, Ciénaga, La Candelaria, Alamito y Tafi.**

Hasta ahora la cultura agroalfarera de mayor antigüedad es la denominada Tafi, descubierta en el valle homónimo en el oeste de la provincia de Tucumán. Esta localidad era conocida como lugar arqueológico desde el siglo pasado, en razón de sus monolitos de más de dos metros de alto y los grandes recintos circulares de piedra. Estudios realizados en el año 1.960 permitieron a una expedición de la Universidad Nacional de Córdoba obtener fechados radiocarbónicos y definir a grandes rasgos esta cultura. La cultura Tafi tenía sus viviendas de paredes de piedra, que hasta en la actualidad se pueden ver en superficie. Cada unidad de habitación se compone de un círculo de 10 a 20 metros de diámetro en torno al cual se disponen otros más pequeños, de 3 a 6 metros, y cuyo número varía de 1 a 7. Cada una de estas unidades así definidas está separada de la más próxima por una distancia de 100 a 300 metros. Las excavaciones realizadas dentro de estas ruinas revelaron que el gran círculo central era el patio donde se realizaban las tareas domésticas, como la molienda de los granos y la preparación de las comidas y, además, donde se sepultaban los muertos de la familia. Los círculos menores que rodeaban el patio eran habitaciones con techo de ramas y paja. Para estas viviendas se usaron grandes bloques de piedra.

La forma, disposición y tamaño de estos poblados supone un tipo especial, de vínculo social; tal vez la familia extensa. Ésta se constituye como resultado de la residencia común de varias familias emparentadas: la pareja paterna que vive con sus hijos. A medida que éstos se casan se van agregando nuevas viviendas al núcleo de habitación.

La economía de la cultura de Tafi parece haber sido eminentemente agrícola. La mayor cantidad de sitios de habitación se encuentra en las proximidades de los conoides donde los cultivos se ven favorecidos. El número de terrazas y de andenes, simples cuadros delimitados por piedras bajas, son muy abundantes. La presencia de molinos (conanas) sugiere la hipótesis de que cultivaban plantas de muy variado tipo y que eran molidas para ser utilizadas como alimento farináceo. La gran cantidad de huesos de llama en los sitios de vivienda hablan de la utilización de este animal como elemento de transporte y fuente de alimento y lana. Los miembros de la cultura Tafi usaron muy pocas puntas de proyectil de piedra, por lo que suponemos que éstas fueron de madera u otro material perecedero. Con frecuencia se hallan piedras de honda y su uso como arma debió ser popular. **Un elemento común son las hachas de cuello que fueron utilizadas enmangadas para cortar madera o en las tareas agrícolas.** El uso de la boleadora parece estar atestiguado por algunos ejemplares en forma de pera.

Los individuos de esta cultura acostumbraban fumar alguna especie de nicotiana en pipas de piedra y cerámica. Ejemplares muy bellos tienen esculpidas figuras de animales o de seres humanos.

La alfarería usada por este pueblo es uno de los elementos que sirve para identificar sus restos. Por lo general se trata de una cerámica de tipo tosco, sin decoración alguna y paredes alisadas. También existe un tipo pintado de rojo, pero en muy escasa cantidad y sin otra decoración. En alfarería fabricaron los torteros o pesos para los husos con que hilaban la lana para sus telas. A pesar de su posición cronológica temprana, esta cultura tuvo conocimientos de metalurgia. Se han hallado algunos anillos de cobre.

Si bien fueron pobres ceramistas, se destacaron como escultores en piedra. Se conocen máscaras y menhires -típicos de esta cultura-, muchos de los cuales llevan extrañas figuras esculpidas. No sabemos a qué momento de la evolución de la cultura Tafi corresponden, pero con seguridad estuvieron en relación con la religión de este pueblo. Los menhires se encuentran en el centro de los recintos circulares o rectangulares más o menos amplios. Uno de ellos tiene esculpida la extraña figura de una víbora con cabeza humana y que además estuvo pintado de rojo. Otro lleva grabado un motivo felínico de carácter naturalista. La mayoría de estos monolitos poseen en la parte superior un canal o surco que suponemos servía para atar una cuerda que sujetaba adornos de pluma. La presencia de menhires con motivos claramente felínicos sugiere un culto o religión donde este animal desempeña un papel importante.

El trabajo para construir, transportar y luego ubicar en los centros ceremoniales estos monolitos supone la existencia de un vínculo social que planifique los esfuerzos del grupo. La tarea colectiva también se manifiesta en las obras dedicadas al cultivo, tales como terrazas y andenes. Suponemos que la unidad familiar dispersa debió conocer un vínculo sociopolítico más amplio.

Del aspecto físico de este pueblo poco sabemos. La cantidad de restos encontrados es muy pobre, por lo que no se han hecho estudios somáticos. En algunos de los cráneos hallados se observa la deformación tabular-erecta, es decir, aquella que se provoca atando fuertemente la cabeza del recién nacido a una cuna hecha de tablas.

Las costumbres funerarias consisten en el entierro de adultos en posición flexionada dentro de pequeñas cámaras de piedra. A diferencia de los pueblos posteriores, las ofrendas funerarias de la cultura Tafi son pobres. Los párvulos fueron enterrados en urnas y siempre -al igual que los adultos- en el interior del gran patio de la unidad de habitación.

Las costumbres funerarias consisten en el entierro de adultos en posición flexionada dentro de pequeñas cámaras de piedra. A diferencia de los pueblos posteriores, las ofrendas funerarias de la cultura Tafi son pobres. Los párvulos fueron enterrados en urnas y siempre -al igual que los adultos- en el interior del gran patio de la unidad de habitación.

La cultura Tafi debió perdurar por mucho tiempo. Entre los diversos sitios excavados en el mismo valle existen evidencias de relaciones distintas con otros pueblos, lo que nos habla de un diacronismo entre ellos, que fue confirmado posteriormente por el carbono catorce. Los fechados de radiocarbón ubican esta cultura hacia comienzos de la era cristiana y no hay duda de que su llegada a esta zona pudo ocurrir algunos siglos antes. Este pueblo debió venir desde el altiplano de Bolivia, ya que aquí, en ese sitio de Wancaraní, una cultura con cierto parecido se remonta a los comienzos del primer milenio A. c.

La cultura de La Candelaria toma el nombre del departamento salteño donde fuera descubierta. Geográficamente se distribuye por el este y sur de Salta y norte de Tucumán. Los yacimientos de esta cultura fueron excavados por Alfred Métraux y posteriormente por el arqueólogo sueco Stig Ryden. Cerámicas correspondientes a los estilos de La Candelaria, o con cierto aire de familia, se encuentran en Tafi del Valle (Tucumán) y en el Valle del Huafín (Catamarca) . Es difícil determinar si se trata de piezas recibidas por comercio, por procesos de aculturación o si la cultura de La Candelaria tuvo un temprano desplazamiento en forma más o menos pura a estas regiones, hecho muy poco probable debido a las condiciones ambientales muy distintas. Si se trata del mismo pueblo, éste debió sufrir importantes cambios para adaptarse a la nueva zona. Lo más posible es, pues, que se trate de un simple trasplante de sus hábitos alfareros.

No sabemos cómo fueron los sitios de vivienda de esta cultura, ya que una de sus características es la de no poseer arquitectura de paredes de piedra. Los restos arqueológicos corresponden a sitios pequeños de 30 a 40 metros de diámetro, dentro de los cuales se encuentran dispersos los fragmentos de alfarería y restos de fogones. Éstos no son muy profundos, lo que hablaría de una ocupación relativamente fugaz del lugar.

El elemento más característico y mejor conocido de esta cultura son los tipos cerámicos: urnas, alfarerías de color rojo y negro. Las urnas, que son recipientes de gran tamaño, sirvieron para la inhumación de niños y de adultos. No llevan decoración pintada, sino guardas geométricas formando ángulos o zigzags alrededor del cuello y que fueron hechas cuando la pasta estaba aún fresca. También es común que tengan aplicaciones de pequeñas figuras modeladas. El color de la superficie externa de estas urnas es gris rojizo o negruzco. Las paredes son delgadas aun en las piezas de gran volumen, lo que habla de una técnica alfarero depurada. La forma es globular o alargada con fondo redondeado. Un puco o escudilla hace las veces de tapa. Los vasos de cerámica pulida y brillante están decorados con punteados, grabados o modelados. Son comunes los dibujos geométricos incisos que delimitan rostros de extrañas formas acentuando caracteres anatómicos o pinturas y tatuajes faciales. En los estilos cerámicos de La Candelaria **existe un predominio del carácter plástico de las formas**, aún en aquellas piezas de uso cotidiano. Van provistas de curiosas salientes bulbosas, a veces representando senos femeninos, dispuestas simétricamente alrededor del vaso, en la base y en el cuello. Éste termina en labios salientes como los de una trompeta, que equilibra el juego de volúmenes creado por las prominencias. Otra particularidad de la cultura de La Candelaria es la creación de seres fantásticos, mezcla de atributos humanos y animales, con cuerpos rechonchos. El juego de masa engendra criaturas de pesadilla, extraños mamíferos o insectos de una fauna existente sólo en la fantasía de su creador. En general, la cerámica de este con la Condorhuasi. Pero se diferencia de éstas por la escasa utilización de la pintura en las decoraciones, que es reemplazada por los modelados o las incisiones rítmicas. Lo que nosotros denominamos La Candelaria debe ser en realidad un grupo grande de tipos cerámicos que tienen por común denominador el uso de alfarería negra o gris, la abundancia de vasos efigies y el predominio de urnas. Estaríamos en presencia de una vieja tradición alfarera transmitida durante siglos por la permanencia de determinados cánones artísticos y técnicos. Sin duda se produjeron cambios perceptibles a través del tiempo, pero la falta de estudios arqueológicos sistemáticos no ha permitido diferenciarlos. ©

Hacia el oriente jujeño en la cuenca del río San Francisco y zonas salteñas de la Sierra de Santa Bárbara se han identificado desde principios de siglo grandes montículos y sitios arqueológicos. En el año 1.901 trabajó la expedición sueca del barón Nordenskiöld; recientemente realizó investigaciones el profesor A. Serrano. Los yacimientos se caracterizan por la presencia de cerámica gris-negra con decoración incisa y, en menor cantidad, alfarería pintada. Las formas más comunes son troncocónicas y globulares. Las asas están modeladas con motivos zoomorfos. Existen urnas funerarias para párvulos de fondo cónico y decoradas con figuras antropomorfas en relieve. En la cerámica pintada la decoración se realizó con dibujos negros sobre el fondo rojo oscuro. Con piedra fabricaron hachas pulidas y puntas de flecha de obsidiana o vidrio volcánico. Los adornos de concha son abundantes. En las costumbres funerarias se destacan los entierros de niños en urnas de alfarería, como ya lo hemos señalado; los adultos fueron inhumanos directamente en el suelo. Esta cerámica de la cuenca del río San Francisco se vincula con las culturas Ciénaga y Condorhuasi de los valles catamarqueños por los motivos decorativos, las técnicas y las formas de la alfarería. Posee rasgos típicos del Período Temprano, tales como el uso de pipas acodadas para fumar.

Desde el punto de vista ecológico es una región importante, ya que se trata de la puerta de entrada desde el monte chaqueño hacia los valles de altitud media del corazón del noroeste. Los intercambios debieron ser múltiples y en épocas tempranas.

La cultura Ciénaga toma su nombre del sitio homónimo a orillas del río Hualfín en el departamento Belén, provincia de Catamarca.

Los yacimientos arqueológicos de esta localidad se encuentran sobre grandes depósitos de sedimentos que bordean los ríos, y actualmente, por efectos de la sequía, están transformados en "barreales". En razón de esto, Ciénaga, juntamente con Aguada, integraba lo que se dio en llamar "cultura de los barreales". La dispersión geográfica de la cultura Ciénaga abarca, de norte a sur, parte del Valle Calchaquí, todas las provincias de Catamarca y La Rioja y la porción norte de San Juan. En la región puneña se la encuentra en Laguna Blanca (Catamarca) . **Por comercio o canje su alfarería, y quizás otros elementos,** llegaron a lugares tan lejanos como San Pedro de Atacama en Chile.

No existen fechados directos para los yacimientos a orillas del río Hualfín, pero los hay para sitios como El Alamito donde el material Ciénaga es abundante. También existen para el valle de Abaucán (Catamarca) de un material que tal vez sea una facie Ciénaga con variantes regionales. El promedio de las ocho muestras -cuatro de El Alamito y cuatro del Valle de Abaucán- ubica a esta cultura c. 300-350 de la era cristiana. Poseemos evidencia como para pensar que la misma debió perdurar por lo menos hasta los comienzos de la cultura Aguada, aproximadamente en el 650 de nuestra era.

La economía fue esencialmente agrícola con obras de irrigación, sobre todo en los conos de deyección. La planta más cultivada fue el maíz, de la cual conocemos varias especies. Recolectaron frutos de chañar y algarrobo; desde zonas alejadas trajeron urucú, fruto que tñe de rojo y que debieron usar en pinturas corporales. Un factor importante en la economía debió ser el pastoreo de llamas. Es probable que en lugares llanos construyeran represas, las que son visibles en la actualidad por los altos montículos producto de la extracción de la tierra, conocidas con el nombre de alpataucas.

El patrón de poblamiento de esta cultura no es bien conocido. En determinadas zonas, como el valle del Hualfín, las viviendas fueron de material perecedero; en otras, como en el valle de Santa María, eran de paredes de piedra. En Laguna Blanca se han encontrado habitaciones semienterradas de planta oval de cuatro a cinco metros de diámetro y que están incluidas dentro de los campos de cultivo o recintos de siembra. Este patrón de poblamiento responde, en líneas generales, al de todo el Período Temprano.

El elemento diagnóstico más importante y típico es el que surge de la clasificación y estudio de los tipos cerámicos. **La cultura Ciénaga presenta una amplia variedad en su alfarería,** pero en términos generales predomina la cerámica de color gris negruzco y decorada por medio de incisiones. Aparte de esta cerámica gris incisa existen otras pintadas. Una de ellas es la que presenta un englobe o baño-crema blanquecino, sobre el que se dibujan en negro figuras geométricas o zoomorfos. Otro tipo lo constituyen vasos de superficie natural color beige sobre la que se han pintado dibujos geométricos simples de color rojo. Aparecen también vasos modelados que representan tigrillos, los que probablemente fueron copiados de los similares de la cultura Condorhuasi, y que excepcionalmente sirvieron como urnas para la inhumación de párvulos. Las formas más comunes en casi todos los tipos son: urnas de no más de 40 centímetros de alto para el entierro de párvulos provistas de asas horizontales, jarros altos y medianos y pucos o escudillas de paredes rectas o de forma cónica. Por supuesto que en ésta como en las otras culturas, las diferencias de forma traducen aspectos funcionales.

En cerámica también fueron confeccionadas grandes pipas para fumar hojas de algunas plantas del género nicotiana. Estas pipas están decoradas por lo general con motivos similares a los de la alfarería incisa. Existen otras de hornillo cónico y tubo muy corto vertical que se denomina "incensarios"; están decoradas con caras antropomorfas de aspecto fantástico. Figuras de simios fumando en algunos petroglifos hacen pensar que este hábito se relaciona con fines rituales, como lo hacen en la actualidad los araucanos. Del basalto obtuvieron grandes láminas, retocadas en el borde, debieron servir para las tareas agrícolas, ya que algunas semejan picos. Como ofrendas funerarias aparecen curiosas bolas de piedra de numerosas puntas, similares a un arma que usaron los pueblos de la llanura pampeana y patagónica. En el caso de Ciénaga están confeccionadas de una roca deleznable por lo que su función debió ser otra. También aparecen en las tumbas hachas de piedra pulida de sección cuadrangular y, en algunos casos, con agujero cuspidal, las que debieron servir para cortar la madera o para el laboreo de los campos de cultivo.

En rocas blancas como la "piedra sapo" confeccionaron vasos de forma cónica, subcónica y de "reloj de arena" magníficamente pulidos y de superficie muy tersa. A veces están decorados sobre los bordes con figuras de guerreros, sobre todo en los últimos períodos ya próximos a Aguada. Posiblemente estuvieron en relación con alguno de los ritos, pues no son frecuentes y aparecen en pocas tumbas y sitios de vivienda.

La cultura Ciénaga contó con hábiles metalúrgicos que fundieron hachas en forma de "I" de hoja muy delgada y otras que sólo sirvieron como insignias. En algún momento de esta cultura debió introducirse el bronce, lo que sin duda significó un notable

adelanto tecnocultural. **Se han encontrado adornos en oro martillado como pendientes, narigueras y** figuras ornomorfos semejantes a una palomita con las alas extendidas. Muy frecuentes son pinzas destinadas a la depilación facial.

En hueso se conocen pocos instrumentos, por lo general relacionados con las artes textiles: útiles destinados a ajustar la trama del tejido y torteros rectangulares con los clásicos motivos decorativos de la cultura. En las costumbres funerarias se destacan los cementerios de párvulos enterrados en urnas de alfarería, pudiendo tener un solo de ellos hasta 200 enterratorios. No sabemos si se trata de niños muertos naturalmente o si algunos fueron sacrificados, como lo revelan indicios arqueológicos. El entierro de los adultos se realizó directamente en pozos cilíndricos o ligeramente agrandados hacia el fondo; las ofrendas fúnebres son a veces muy ricas y pueden ser hasta de 50 piezas de alfarería, metal y hueso.

Poco es lo que podemos decir respecto de la estructura social de esta cultura, salvo las diferencias de status que sugieren las distintas tumbas: algunas con un ajuar fúnebre riquísimo y otras con unas pocas piezas de alfarería. No sabemos qué tipo de patrón sociopolítico tuvieron, pero es evidente que para ciertas obras se necesitó una organización colectiva del trabajo. La aparición de una metalurgia especializada del bronce hace pensar en la existencia de una clase de artesanos, al menos hacia el final de esta cultura.

De la religión poco sabemos puesto que prácticamente no hay vestigios en los cuales basarse. El arte es de tipo geométrico y se manifiesta principalmente en la alfarería. Los motivos repetidos muchas veces asemejan a la decoración realizada en la canastería y los textiles, paneles o bandas dispuestas vertical o transversalmente. La combinación de motivos muy distintos tiene un sentido de equilibrio y buen gusto indudable, es un arte esencialmente decorativo por oposición al eminentemente simbólico que encontraremos con posterioridad en la cultura Aguada. Sobre las paredes rocosas de algunos sitios, particularmente de Laguna Blanca, se han identificado petroglifos que reproducen los motivos decorativos de la alfarería, como es el caso de simios fumando o de llamas felinizadas. También debieron tener algún tipo de música, ya que son comunes la ocarinas y silbatos confeccionados en cerámica.

La tradición cerámica de la cultura Ciénaga reconoce similitudes con la de La Candelaria y cuenca del río San Francisco en los Bosques Occidentales. Suponemos que su origen debe ser de estar en esta región, o algo más al norte en la zona sur de Bolivia, y que en algún momento sus portadores se desplazaron hacia la zona de Valles y Quebradas.

En parte contemporánea a Ciénaga y en algunos sitios mezclada con ella -lo que puede interpretarse como un proceso de aculturación o de lucha entre ambas- aparece la llamada cultura Condorhuasi. Hace tiempo que fueron identificados o se confundieron sus materiales con la llamada "cultura de los barreales", pero actualmente el patrimonio de Condorhuasi se va definiendo más nitidamente, lo que no supone que hayamos alcanzado un conocimiento perfecto del mismo pues quedan muchos aspectos por dilucidar.^a

Su nombre deriva del sitio epónimo, un minúsculo caserío en el valle del Hualfín (provincia de Catamarca) , tres o cuatro kilómetros al oriente de La Falda, cadena que delimita el valle por el poniente. La mayor cantidad de hallazgos se han hecho en las pequeñas localidades de Las Barrancas, Corral de Ramas, Granadilla, etcétera. Los yacimientos arqueológicos de la cultura Condorhuasi han sido totalmente saqueados y destruidos por los buscadores profesionales de "las cosas antiguas": a quienes las maravillosas piezas de alfarería, quizás las más bellas del Noroeste, han producido pingües ganancias. Estos objetos han pasado a engrosar colecciones particulares, la mayoría de las cuales han salido de nuestro país.

La típica cerámica Condorhuasi, que sirve para caracterizar y definir a la cultura, se encuentra en casi toda la provincia de Catamarca y en el norte de La Rioja; una determinada facie aparece en los yacimientos de El Alamito en el Campo del Pucará, los que posteriormente fueron influidos por la cultura Ciénaga y donde el proceso de aculturación es bastante claro. Como elementos intrusivos aparecen piezas Condorhuasi en Laguna Blanca y en el área de San Pedro de Atacama en el norte de Chile. Los fechados radiocarbónicos para los sitios de El Alamito ubican a la cultura Condorhuasi hacia el año 300 de la era cristiana.

La economía de Condorhuasi es casi la misma que la de la cultura Ciénaga, con la diferencia de que quizá tuvo mayor importancia el pastoreo de la llama; por lo menos así lo hace pensar la presencia en las tumbas de esqueletos de estos animales que fueron sacrificados en las ceremonias fúnebres.

En el valle del Hualfín no se han podido ubicar los sitios de vivienda; en Laguna Blanca las habitaciones son más o menos semejantes a las de la cultura Ciénaga. Por el momento no poseemos información como para establecer cuál fue realmente el patrón de poblamiento de la cultura Condorhuasi.

Existen muchos tipos y muy variados de cerámica Condorhuasi. El más conocido de todos, quizá por sus características técnicas y artísticas -difundidas por ilustraciones y descripciones- más que por su frecuencia, es el denominado Condorhuasi Policromo. Éste se caracteriza por tener una superficie externa pulida de color rojizo sobre la que se disponen guardas geométricas en negro orladas de blanco; las formas más comunes son figuras humanas sentadas o gateando. El tipo Monocromo Rojo, como su nombre lo indica, es de color uniformemente rojo que puede llegar hasta el morado; su forma más típica es la de un cuerpo globular con cuello cilíndrico y una porción intermedia que se destaca nitidamente. El tricolor se destaca por las formas cilíndricas o subcilíndricas de sus vasos; la superficie externa de éstos está recubierta por un englobe blanco-crema con zonas pintadas de rojo y en éstas, figuras geométricas de rombos, diamantes y triángulos opuestos por el vértice y escalonados, en color negro. Otros tipos son el Rojo sobre Ante, de pasta muy fina y pulida, con decoración de líneas o triángulos rojos que por su aspecto hacen pensar en el uso de la técnica de pintura negativa; el Blanco sobre Rojo, de igual pasta que el anterior y con decoración únicamente de motivos geométricos; el Liso Pulido sin decoración pintada alguna y que se distingue por la plasticidad de sus formas; por último, dentro de los tipos pintados, el Bicolor que combina el blanco o crema con el rojo subido en la decoración. El Condorhuasi Gris Grabado está decorado por medio de líneas paralelas, rombos, triángulos, puntos, ángulos alternos y cruces incisas; el color de la pasta es gris-negro. El tipo más frecuente en los sitios de habitación o de basureros es el llamado Tosco en el que predominan las formas globulares con salientes diverticulares o protuberancias, muy similares a ciertos tipos de la cultura de La Candelaria. Una de las características de las piezas Condorhuasi son las extrañas figuras de cuerpo alargado cónico como zepelín y cuello esbelto, que hacia la base tiene una cara en relieve con boca y pico de apariencia ornomorfa. Evidentemente estas piezas debieron estar destinadas al ritual fúnebre, puesto que no pueden tener un fin práctico y sólo se halla en las tumbas. También se fabricaron en cerámica instrumentos musicales como ocarinas y silbatos.

^a . A estos individuos, buscadores profesionales, se los denomina en la jerga local con el nombre de "antigueros", los cuales actúan con una impunidad total. La única ley de protección a los monumentos arqueológicos es hoy letra muerta, ya que nunca ha tenido los elementos ejecutivos para poder actuar con eficiencia, salvando este patrimonio nacional que se destruye día a día.

Toda la serie cerámica Condorhuasi revela el buen gusto que caracterizaba a los artesanos de esta cultura, tanto en la distribución armónica de los motivos, como en la elegancia y equilibrio de las formas; al mismo que acabado de las mismas da una idea clara de la seguridad técnica y destreza alcanzada. En el tipo Tricolor el juego cromático es de menos efecto que el de presenta el Policromo, pero no deja de ser hermoso y equilibrado.

En piedras blancas como la saponita trabajaron pipas que fueron destinadas al ceremonial, pues su nombre peso y tamaño las hacen poco útiles para el uso cotidiano. Entre los adornos personales de piedra debe destacarse el tembetá: pequeño cilindro de piedra que pasaban por un orificio practicado debajo del labio inferior. Los individuos de la cultura Condorhuasi usaban dos, generalmente confeccionados con piedras semipreciosas, a ambos lados del labio, tal como puede observarse en los vasos antropomorfos de cerámica. En turquesa o lapislázuli fabricaron pequeñas cuentas para collares; éstos no sólo debieron servir como adornos personales sino que tuvieron un significado más amplio. t

La cultura Condorhuasi fue en todo el Noroeste la que más utilizó la escultura de piedra. La técnica lítica se manifiesta

particularmente en la confección de morteros o fuentes votivas de tipo antropomorfo. Poseen un recipiente cuadrado o redondo, a veces con patas, y en un extremo la figura más o menos neta o humanizada de un felino; y en algunos casos en estas figuras la lengua sale de la boca, la que está provista de largos colmillos. Recuerdan en su aspecto a ciertas piezas de Costa Rica. Algunas veces la cavidad está ubicada en el vientre de una figura humana. Otras fuentes tienen figuras zoo o antropomorfas talladas en el borde, o de serpientes con piel de felino. Los rostros humanos están ejecutados con unas pocas, pero vigorosas líneas, planos y volúmenes muy acentuados, con una indiscutible fuerza plástica. Quizá las esculturas más notables sean las llamadas "figuras suplicantes", extraña mezcla de elementos realistas y fantásticos, seguramente simbólicos, cuyo significado no conocemos pero que debió ser preciso y claro. La técnica muestra una superposición de planos o, si se prefiere, volúmenes, que escapan a través de partes perforadas, dejando ver sus aspectos tridimensionales desde diversos ángulos. Es como si el sentido del volumen fuera la preocupación primordial de los escultores de esta lejana cultura. También son comunes las hachas de cuello y otras muy elaboradas, seguramente destinadas a fines rituales.

1. Algunos ejemplos etnográficos demostrarían esto. La importancia que tenían las llamadas llancas entre los araucanos, las que servían como objetos de pago en circunstancias muy especiales, hace pensar que piezas arqueológicas de áreas cercanas y quizá vinculadas tenían el mismo uso.

Es indudable que tanto en piedra como en cerámica, Condorhuasi hizo un verdadero culto de la forma. Es muy común que se representaran en piezas de alfarería individuos sentados de cuerpo robusto, anchos hombros, piernas cónicas abiertas y profusas pinturas corporales. Curiosos ejemplares de cerámica o piedra se hallan en actitud rampante o de gatear, extraña posición que induce a asociaciones inevitables, más aún cuando en las mismas tumbas en que han aparecido se encuentran representaciones naturalistas de jaguares. En general, con los miembros reducidos a salientes bulbosas redondeadas o esféricas, dispuestas, dispuestas simétricamente o desplazadas voluntariamente de sus posiciones naturales, nos revelan un extraño sentido del volumen y de la sensación de masa, destinadas a producir un mero efecto estético. Estos recursos plásticos dan a las creaciones de Condorhuasi un sello que no posee ninguna de las expresiones artísticas de las culturas precolombinas de la Argentina y son por completo excepcionales en el Área Andina Meridional. A esto se agregan las formas de efigies animales, en que los cuerpos de fantásticas figuras andróginas de aves o mamíferos, aparecen como alargados zepelines o globulosas prominencias, a menudo dobles. Sus rostros, en vez de permitirnos reconocer los distorsionados modelos originales, nos confunden aun más con su inverosímil mezcla de caracteres animales y humanos, creando, finalmente, seres irreales productos de la fantasía. Difícilmente podrían imaginarse creaciones más extrañas realizadas con los pocos recursos de volúmenes y prominencias o con simples líneas incisivas sobre la pasta aún fresca.

Lo que se conoce hasta ahora de la cultura Condorhuasi, excepto en los yacimientos de El Alamito y Laguna Blanca, son restos excavados en tumbas. En La Aguada (valle de Hualfín) se hallaron seis de ellas y algunas otras en las proximidades del sitio de Condorhuasi. Se trata de hoyos cilíndricos de dos o tres metros de profundidad que se ensanchan en el extremo inferior. En Laguna Blanca son cámaras mortuorias de planta oval o cuadrada hechas de lajas; pueden contener uno o más esqueletos. Debe destacarse que los entierros de párvulos en urnas son limitados. Un detalle significativo fue el hallazgo del sacrificio ritual de llamas en una de las tumbas exploradas por la expedición de Muñiz Barreto. Cerca de Belén se han encontrado sepulcros de hasta seis metros de profundidad que contenían vasos efigies de un hombre y una mujer, y una pareja de felinos y adornos de oro; evidentemente el conjunto posee un sentido simbólico definido. En el aspecto religioso, es que esta cultura que hace su aparición por primera vez el elemento felínico, que culminará como símbolo de la cultura Aguada. El propulsor parece haber sido el arma más común; se han encontrado largas puntas en obsidiana provistas de pedúnculo y limbo aproximadamente oval sin aletas.

Es indudable que la cultura Condorhuasi tal como la presentamos, brevemente bosquejadas, corresponde a un largo período y con facies diferentes que los arqueólogos tienen aún que dilucidar, particularmente en lo que respecta a su distribución geográfica y la variación en los elementos integrantes de su patrimonio cultural. Existen interrogantes de sumo interés; en primer lugar, la dedicación de la cultura de Condorhuasi al arte escultórico en piedra en una dedicación de la cultura de Condorhuasi al arte escultórico en piedra en una época tan temprana resulta sumamente enigmático, considerando que decae en el Período Medio y desaparece totalmente en el Tardío. Por otro lado, llama la atención la exquisitez técnica y artística de su cerámica y de su metalurgia en etapas tan antiguas -una de las primeras en aparecer en el Noroeste- pues presenta formas acabadas y estabilizadas como si no existieran los modos burdos de los comienzos. Por el momento es difícil trazar la línea de origen de Condorhuasi. Se le encuentran analogías con piezas de la cultura de El Molle en los valles transversales de Chile. Hay elementos de indiscutible afinidad Condorhuasi en muchos de los cerámicos de La Candelaria. Sin embargo, la presencia del trabajo en metal y piedra y el énfasis del pastoreo de la llama, señalan una relación con el altiplano, quizá con culturas tempranas altamente desarrolladas del Titicaca, pero sin pruebas evidentes hasta ahora. Algunos motivos decorativos, como el escalonado, asemejan a los de la cultura Chiripa (Lago Titicaca, Bolivia) , pero debemos agregar elementos desconocidos en esta área, como la alfarería de formas exóticas, bulbosas y abundantes efigies y el hacha de cuello, los que Condorhuasi debió aculturar e integrar en las proximidades de la región donde la encontramos. El llamado Condorhuasi Tricolor tiene decoración con motivos geométricos que aparecen en la zona de las Sierras Subandinas, sobre todo en el área de la cuenca del río San Francisco (provincia de Jujuy) . De esta forma encontramos la confluencia de elementos de procedencias diferentes, amalgamados o aculturados por un juego de relaciones históricas que por el momento no podemos precisar.

La posición cronológica definitiva de Condorhuasi ha resultado muy difícil de establecer. Es indudable que Ciénaga incorporó muchos elementos de ella, lo que significa que esta cultura fue preexistente a Ciénaga, pero, a su vez, Aguada posee también elementos que existen en Condorhuasi, lo que significa que en algún remoto rincón del Noroeste un grupo humano debió preservar elementos Condorhuasi, sin mayor influencia Ciénaga, elementos que en último término fueron asimilados por la cultura de La Aguada.

En el campo del Pucará (provincia de Catamarca) , en la localidad de El Alamito, fueron descubiertos restos arqueológicos. Ellos corresponden fundamentalmente a sitios de habitación, que investigaciones posteriores definieron como pertenecientes a una cultura distinta a las conocidas hasta ese momento. Esta cultura de El Alamito posee un patrón de poblamiento de pequeños núcleos de siete u ocho viviendas dispuestas en abanico alrededor de un patio central. Las habitaciones de paredes de tierra apelmazada tienen una planta en forma de "U" y unos 7 metros de largo por 3 de ancho; el acceso al interior se hace por un largo pasillo. El techo fue de ramas, paja y barro sostenido por columnas de piedras. En el extremo opuesto de las viviendas existen montículos que se parecen haber sido basureros pero que también pudieron haber cumplido un fin ceremonial. Frente a los montículos se elevan dos plataformas rectangulares de piedra; ambas están separadas entre sí por un pequeño pasillo, donde fue hallada una figura esculpida. Las plataformas deben de estar relacionadas con la religión de esta cultura. Este patrón de poblamiento tan absolutamente definido y claro, tan bien organizado y planificado en cuanto a la distribución de los elementos, no se ha encontrado hasta en otro lugar del Noroeste argentino.

La cerámica característica de esta cultura es tosca y está decorada con bandas verticales de color rojo, violáceo o negro sobre el fondo natural de la arcilla. Como elemento asociado, pero en menor proporción, se encuentra cerámica de tipo Ciénaga y de Condorhuasi. En los otros aspectos culturales, en la economía por ejemplo, debió de ser muy similar a las culturas a que hemos pasado revista anteriormente. Nada conocemos sobre su organización sociopolítica.

En el extremo sur de la Puna, en el oasis de Laguna Blanca y en Tebenquiche, se han encontrado -particularmente en el primero de estos sitios- cementerios, campos de cultivo y habitaciones que corresponden a tres culturas diferentes identificadas por sus tipos cerámicos: Condorhuasi, Ciénaga y una con un parecido cercano a La Candelaria. Los campos de cultivo, circundados por una pared de piedra de hasta 1,20 m de alto, están ubicados en los conos de deyección y en las laderas. Dentro de aquellos están dispersas las habitaciones de planta rectangular o circular. Se trata de un pueblo que cultivaba con intensidad y conocía la irrigación.

Sus sistemas de cultivo han perdurado hasta nuestros días: los campos utilizados hace 1500 años aún siguen en uso por los pobladores actuales. Los recursos agrícolas debieron complementarse con un pastoreo intenso de la llama.

Las culturas tempranas en la zona norte de la Puna y en la Quebrada de Humahuaca resultan más difíciles de definir. No sabemos que pueblos habitaron estas dos regiones durante la época que va desde el comienzo de la era cristiana hasta el año 650. Quizá la falta de estudios arqueológicos o la circunstancia de haber albergado culturas de bajo desarrollo -pero fundamentalmente por la primera causa- no ha permitido identificarlos, aunque hay sospechas no comprobadas de su existencia. Resulta extraño que zonas de forzoso tránsito desde el altiplano -el que indudablemente influyó en las culturas que acabamos de mencionar ubicadas más al sur- no estuvieran pobladas en épocas tempranas, sobre todo teniendo en cuenta las favorables condiciones que posee la Quebrada de Humahuaca para la ocupación humana. Otumpa (Jujuy) y estancia Grande (Jujuy) , parecen corresponder al Período Temprano. Esto estaría evidenciado por el neto predominio de la cerámica Tosca, las habitaciones de planta oval o elíptica, los recintos de siembra, los entierros dentro de las habitaciones, la pobreza de los ajuares fúnebres y las pipas de hornillo vertical. Aún faltan estudios completos y los fechados correspondientes. La ubicación se hace sólo sobre la base de las diferencias que presentan los materiales respecto de los otros periodos de esa zona y las similitudes con los del temprano Valles y Quebradas. A pesar de la gran cantidad de material arqueológico procedente de la región de Santiago del Estero, poco es lo que sabemos de su historia cultural. En una época se atribuyó una desmesurada antigüedad a las culturas de la Mesopotamia santiaguense, postulándose un hipotético "Imperio de las Llanuras", el que habría estado emparentado con remotas civilizaciones del Cercano Oriente. Hoy sabemos que esas culturas son similares y en gran parte contemporáneas con las otras del Noroeste argentino. En Santiago del Estero el Período Temprano estaría representado por una alfarería gris, con decoración incisa de motivos geométricos, muy semejantes a los de la cultura Ciénaga. A esta alfarería se la conoce con el nombre de Las Mercedes. Por el momento no sabemos cuáles son las exactas relaciones que guarda con estilos cerámicos similares del área de Valles y Quebradas. También en el Período Temprano se ubica una serie de urnas de cuerpo periforme o globular provistas de asas macizas o protuberantes. La decoración de estas vasijas consiste en la textura rugosa de la superficie exterior. Esto se logró mediante la salpicadura con barro casi líquido o barbotina; o bien, sobre la pasta blanda dejaron largos canales ondulantes hechos con la punta de los dedos; o fueron las impresiones producidas por un mario de maíz sobre la pasta fresca. Los efectos así obtenidos, ásperos y cambiantes, dieron a la superficie una textura irregular; pero de un vigoroso efecto plástico.

b. Período Medio

El Período Medio **está jalonado por la cultura que se denomina de La Aguada. Desde el punto de vista cultural es el momento de mayor desarrollo en todo el Noroeste o, por lo menos, uno de los más altos exponentes en las manifestaciones técnicas y artísticas.**

El intenso simbolismo que despliegan los diversos elementos de su decoración muestra una cohesión sociopolítica y religiosa de gran estabilidad y fuerza expresiva.

El sitio original donde se halló por vez primera esta cultura es el pequeño valle de La Aguada, subsidiario del de Hualfín, en el departamento de Belén al oeste de la provincia de Catamarca. Aquí fueron excavadas las tumbas que permitieron su identificación.

Desde el punto de vista geográfico, éste es uno de los centros más importantes de la cultura y se extiende hasta Andalgalá y las zonas intermedias. Al norte, en la zona de Angastaco y el valle de Santa María, aparecen algunas piezas en forma esporádica y creemos que llegaron allí por simples intercambios o influencias. Más al sur abarca toda el área de Londres y el valle de Abaucán en la provincia de Catamarca, el río Bermejo o Colorado y Bañados del Pantano en la provincia de La Rioja; en el oeste, todo el valle de Catamarca; por el sur su dispersión llegaría hasta la ciudad de La Rioja, Vinchina, Famatina, Chañarmuyo e incluso la zona norte de la provincia de San Juan. En lugares muy alejados se han encontrado vestigios de esta cultura: en San Pedro de Atacama, en el norte de Chile, es frecuente hallar fragmentos de cerámica típicos de La Aguada y que debieron llegar desde el valle de Hualfín por medio de canje.

La economía de la cultura de La Aguada debió de ser esencialmente agrícola, heredando gran parte de los elementos preexistentes. En los yacimientos de Bañados del Pantano (provincia de La Rioja) se han hallado restos carbonizados de diversas variedades de maíz, en especial una de espigas muy pequeñas. **También practicaron la recolección de frutos silvestres,** como lo hemos indicado para las culturas del Período Temprano. El hábitat de la cultura que nos ocupa es muy similar al que describimos para Ciénaga, es decir, los "barreales" requemados por el soy y erosionados por las lluvias estacionales, que han sido depósitos de loess coronados por tierra vegetal. En aquella época debieron de ser terrenos muy aptos para la labranza. En determinadas zonas es evidente que han ocurrido cambios climáticos que, sin ser intensos, lo fueron lo suficiente como para provocar la desaparición de los grandes bosques de algarrobos, los que aún quedan sólo como restos esqueléticos. No se han descubierto obras de irrigación muy amplias, pero sí algunas represas en cuyas márgenes se elevan montículos de tierra, conocidos hoy con el nombre de alpataucas. Estas obras de riego están en lugares que en la actualidad no albergan ni un solo habitante. Tal vez una de las causas de esta sequía progresiva deba buscarse en el aprovechamiento sin control, en la desviación y el agotamiento de las fuentes de agua, por imperativo de las modernas técnicas agrarias. Este problema no ha sido encarado científicamente y sólo un estudio mediante los pólenes preservados (palinología) o de las variaciones registradas en los anillos de crecimiento de las plantas (dendrocronología) podrá resolverlo.

Faltan excavaciones en los sitios de vivienda, por lo que los datos respecto del patrón de poblamiento son fragmentarios. Pero, pese a todo, se notan diferencias en cuanto a las zonas que ocupó esta cultura. A orillas del río Guiyischi y del Hualfín y en los sitios de La Aguada no existen habilitaciones de paredes de piedra que pudieran pertenecer a este pueblo: fueron de material perecedero. Se han hallado los restos de las paredes y techos de barro y ramas. En Bañados del Pantano, no lejos del lugar denominado El Fuerte, las habitaciones también parecen haber sido construidas de la misma forma. Se trata de sitios Aguada bien circunscritos de unos 60 a 80 m de diámetro. En regiones situadas más al sur, las viviendas se construyeron con paredes de piedra; algunas de éstas han sido identificadas cerca de la ciudad de La Rioja y en la localidad de Campana (provincia de La Rioja) . En el valle de Santa María se han hallado fragmentos de cerámica Aguada dentro de habitaciones rectangulares de paredes de piedra. Por el tamaño de los yacimientos parece que no hubo un cambio muy grande con respecto al período anterior. Debieron ser grupos familiares pequeños y no existieron aglutinaciones mayores como en los finales del Período Tardío.

El elemento diagnóstico más conocido y más fácilmente preservable es la alfarería. Ésta alcanzó en la cultura de la Aguada su más alto desarrollo técnico y existen varios tipos distintos. En primer lugar, debemos diferenciar los decorados con pintura de los grabados. Dentro de los pintados existen: Aguada bicolor, de dibujos negro sobre fondo amarillento rojizo; Aguada Negro, Rojo y Blanco y un Aguada Tricolor, de dibujos negros y púrpuras sobre fondo natural. En la provincia de La Rioja se encuentra un tipo Negro sobre Rojo de superficie bruñida que por lo general lleva decoración de motivos ornitomorfos. La cerámica grabada también tiene variedades. El color de la superficie es, en la mayoría de los casos, gris. Los motivos decorativos pueden ser geométricos, o con las características figuras felínicas. Acompañado a estos tipos decorados existen las alfarerías corrientes para uso doméstico.

Las formas más comunes son jarros cilíndricos, troncocónicos, en reloj de arena, ollas globulares o subglobulares y pucos de perfil compuesto, cuadrados o semiesféricos.

Aparte de los recipientes confeccionados en alfarería existen figuras antropomorfas del mismo material y de color amarillento rojizo. Se caracterizan por tener ojos oblicuos y complicados peinados o tocados cefálicos. Por lo general están desnudas; los brazos y piernas se figuran de manera estilizada. Parecen predominar las estatuillas representando individuos del sexo masculino, aunque un gran número de ellas no tienen indicación de sexo. También modeladas en arcilla se conocen pipas que están decoradas con figuras

felínicas o monstruosas en relieve. El número de éstas es menor que en la cultura Ciénaga. Los ejemplares con figuras monstruosas debieron usarse como incensarios en los ritos religiosos. Debemos aclarar que gran parte de las asociaciones dentro de este contexto se hace en virtud de los caracteres formales.

Entre el material de piedra se destacan los vasos cilíndricos, con ligera tendencia a la forma de reloj de arena, tallados en saponita; como decoración llevan figuras en relieve de felinos o de guerreros con complicados tocados y portadores de cabezas-trofeos y hachas. En las tumbas investigadas estos vasos son excepcionales, pero se lo incluye en el contexto de la cultura Aguada por la clara afinidad estilística del felino y del personaje del sacrificador. La escasez de estos especímenes y perfección con que están realizados hace pensar que debieron servir en complicados aspectos del ceremonial, particularmente en el culto del "cráneo-trofeo" y de los sacrificios humanos, ritos que indudablemente practicaron los miembros de esta cultura. Fabricadas en piedra se encuentran hachas de cuello y cuerpo achatado, a pesar de que en esta época ya se conocía el bronce. Para la molienda de los granos usaron morteros, conanas y recipientes chatos. Se han encontrado estatuillas antropomorfas de piedra muy similares a las de cerámica. También son comunes torteros para el huso de hilar, los que pueden estar decorados con los clásicos motivos felínicos. En las tumbas se han encontrado muy pocas puntas de proyectiles y son relativamente pequeñas, de limbo triangular con alertas y pedúnculo, lo cual es contradictorio, pues los personajes representados en la cerámica, por lo general, por no decir siempre, van provistos de tiradera o lanzadardo. Se piensa que las puntas antes descritas sólo fueron usadas con el arco dado su escaso volumen y peso, puesto que la tiradera requiere un proyectil de mayor peso. Muy frecuentes son los adornos de malaquita: cuentas cilíndricas para collares alternadas a veces con conchitas. En hueso confeccionaron torteros lisos y otros decorados con la imagen felínica y personajes portando cabezas-trofeos. Son comunes los útiles de este material destinados a las labores textiles. De madera sólo conocemos unas pocas piezas, entre ellas un magnífico mango tallado para hacha que tiene como motivo decorativo la imagen del "sacrificador", o sea, el personaje que lleva una hacha en una mano y en la otra la cabeza cercenada de un sujeto sacrificado.

La cultura de La Aguada poseyó una metalurgia desarrollada. Hasta hace poco tiempo creíamos que la invención del bronce -aleación de cobre y estaño- tan importante en el aspecto tecnológico, se había hecho en el Noroeste en épocas de la denominación incaica. Posteriormente se ha podido establecer que mucho antes de la llegada de los incas se utilizaba el bronce en el Noroeste argentino y que si bien está difundido en época de La Aguada, su introducción pudo llegar al final de la cultura Ciénaga. El famoso disco dado a conocer por Lafone Quevedo, cuyo valor estético y técnico lo coloca entre los objetos más destacados del arte aborigen americano, pertenece al contexto de esta cultura. Las hachas son de dos tipos: unas en forma de "T" muy similares a las de Ciénaga y que se pueden ver dibujadas en los vasos de cerámica; otras, quizá las más bellas, que en el extremo opuesto al filo llevan la siempre presente figura felínica. Similares a las hachas "T" son las azuelas usadas en las tareas agrícolas. Para la depilación facial se usaron pinzas de distinto tipo; una de ellas representa un personaje con máscara ornitorfina y cuyos pies sirven de valvas. Existen adornos frontales muy hermosos y elaborados, que seguramente acompañaban a vistosos turbantes o complicados peinados. A la par de estos elementos de adorno existía un buen número de objetos utilitarios como agujas provistas de ojo, cinceles de varios tipos y campanillas. Debemos hacer notar que a pesar de conocerse el bronce, la metalurgia no llegó a extenderse hasta reemplazar los útiles de piedra; lo que prueba que el proceso de cambio tecnológico no se había cumplido en su totalidad.

U. Tortero: peso destinado a mantener el impulso rotativo que se impide al huso en el acto de preparar el hilo.

Los enterratorios forman verdaderos cementerios sin indicación alguna en superficie; aquéllos son de planta oval o redonda y, con menor frecuencia, rectangular o cuadrada. Algunos poseen una fila de piedras en uno de los lados, fila que en ciertos casos se transforma en una verdadera pared. Los sepulcros tienen por lo general entre dos y tres metros de profundidad, pero hay casos en que llegan hasta los seis. El tipo de inhumación más común es la individual, aunque se registran casos excepcionales de entierros colectivos. A los muertos se los disponía en posición genupectoral, es decir, las rodillas tocando el pecho, orientados de norte a sur apoyados sobre la espalda mirando hacia arriba. Hay algunos casos de cadáveres sentados que debieron ser verdaderos "fardos funerarios", como los de la costa peruana. Un detalle de interés es el hallazgo en las sepulturas de cráneos aislados, o bien, cráneos que acompañan a esqueletos completos; sin duda un testimonio más de la extendida costumbre del cráneo trofeo. El ajuar fúnebre es muy variado tanto en calidad como en cantidad: hay casos de individuos adultos que sólo tienen como ofrenda mortuoria una única pieza de cerámica; en otras, se han hallado hasta veinticuatro. Los niños fueron inhumados directamente en el suelo, costumbre funeraria que difiere notablemente de la Ciénaga.

Las armas usadas por los miembros de esta cultura son diversas. La más típica debió ser la tiradera, que aparece representada con frecuencia en la cerámica; este hecho es aparentemente contradictorio con los hallazgos de las tumbas. Según las representaciones gráficas las tiraderas tenían un gancho curvo y mango decorado. Se han encontrado piedras de boleadoras, las que también debieron ser usadas en el ataque. La escasez y cuidada elaboración de las hachas de metal indica que debieron ser objetos ceremoniales: más bien símbolos que armas. Un detalle que destacan las representaciones, tanto modeladas como dibujadas, son los peinados complicados y otros adornos cefálicos, seguramente de significación muy especial en relación con los status o jerarquías sociales. Los peinados son de varios tipos: trenzas largas, cabellos partidos al medio y luego acondicionados en moños bilaterales, peinados asimétricos y otros de gran complejidad como escalonados, aserrados, etcétera. Cubriendo la frente y la cabeza se agregan tocados de aspectos muy diversos: plumas indicadas por simples líneas angulares; otras veces son turbantes que dejan caer prolongaciones a ambos lados de la cabeza y rematan hacia arriba en adornos salientes. Una forma común de éstos es la figura de ancla o de media luna. Existen personajes que coronan su cabeza con una figura felínica completa; otros, llevan como sombrero la cabeza de un tigre con las fauces abiertas. Estos adornos cefálicos y las máscaras felínicas debieron ser importantes en los rituales que se relacionan con las prácticas guerreras.

Un adorno común fueron las grandes orejeras, que conocemos por estar representadas en las piezas de cerámica. En un vaso pintado estas orejeras llevan todo el borde decorado y son similares a las usadas en el Perú. La cara se engalanaba con pinturas o tatuajes; algunas representan con claridad la imagen felínica, otras, ofidios o simples figuras escalonadas. Muchos de estos motivos debieron estamparse en la piel mediante sellos de madera. Sobre el pecho usaron adornos de metal; algunos en forma de "X" de brazos alargados. El individuo tallado en el mango de madera de una hacha lleva sobre el pecho una figura ornitorfina; el denominado disco de Lafone Quevedo debió de ser uno de estos adornos pectorales. Aparte de los tocados y peinados antes mencionados, fueron comunes los sombreros de forma variada y muy adornados. Uno se parece al turbuch o fez oriental. Desde el punto de vista arqueológico son pocas deducciones que podemos hacer respecto de las condiciones sociales del pueblo que fue portador de la cultura de La Aguada. Sería necesario estudiar un mayor número de sitios de vivienda para conocer la densidad de población. Algunos de los yacimientos de la zona de los Baños de los Pantanos (provincia de La Rioja) parecen haber sido muy extensos, pero bien pueden pertenecer a diversas épocas. En general predominan los sitios que tienen de 5 a 10 viviendas, situadas a poca distancia las unas a las otras. La presencia de cerca de un centenar de tumbas en un lugar donde el número de viviendas es reducido, muestra una concentración humana de ciertas proporciones, siempre que partamos del presupuesto de que las tumbas representan un lapso corto. El análisis del contenido de los enterratorios revela grandes diferencias entre sí; es evidente que esto traduce jerarquías sociales bien definidas: el adorno y atavío suntuoso con que se representan ciertos personajes apuntan en la misma dirección. Podemos afirmar que se realizaron sacrificios humanos, práctica ritual por demás conocida en el área andina. Pocas dudas tenemos de que la sociedad Aguada hizo un verdadero culto de las costumbres guerreras. El motivo predominante en todas sus representaciones lo expresa claramente: guerreros provistos de armas y adornos que completan sus atributos con cabezas-trofeos. La proximidad de los núcleos habitacionales entre sí, la existencia de obras que requieren el trabajo organizado de un elevado número de individuos, una tecnología desarrollada de ciertos metales, una

jerarquización social, muestran una serie de vínculos sociales y políticos entre los diferentes grupos que constituyen su población. En el aspecto religioso el felino debió desempeñar un papel de primer orden; no se trata de una mera forma decorativa. La figura felínica, por la frecuencia con que se representa, constituye, como ya se ha señalado para otras culturas andinas, una verdadera obsesión; conocemos el papel importantísimo que tuvo esta figura en varias culturas americanas: San Agustín en Colombia, Chavín y Recuay en Perú y Tiahuanaco en Bolivia. Al felino se lo representa por doquier en todas las manifestaciones materiales de la cultura de La Aguada: aparece en los mangos decorados de las hachas y de las tiraderas, en los tatuajes corporales, en los adornos cefálicos, en la decoración de la cerámica y aun en pequeñas piezas de uso diario como simples torteros. Este felino a veces deja de ser tal para transformarse en un verdadero dragón. No dudamos de que el principio que inspiraba esta representación fue de esencia religiosa y de capital importancia en el pensamiento del pueblo. El felino y sus atributos muy a menudo se asocian con imágenes humanas de guerreros; probablemente el culto de este animal estuvo vinculado con las prácticas bélicas. Otras veces se asocia con figuras ofídicas claramente representadas por cabezas triangulares bipartitas o, completamente desnaturalizado, afecta una forma de reptil y sólo es reconocible por las manchas y las garras. El polimorfismo traduce aspectos de las creencias con él relacionadas e indica las formas diversas que puede revestir una deidad. A menudo se representa al felino con manos y patas que terminan en otras tantas cabezas del mismo ser monstruoso; otras veces es la cola la que lleva las fauces de colmillos salientes o bien la lengua de una cabeza mayor remata en cabezas semejantes, pero de menor tamaño. Estas imágenes no pueden ser el producto de la fantasía casual del artesano que busca motivos de expresión artística; detrás de todas estas representaciones existe un núcleo de ideas estabilizadas que debieron ser importantes en los aspectos mitológicos y religiosos de esta cultura. No hay duda de que el arte de La Aguada fue de carácter especialmente religioso. **Esta religión tuvo como motivo central la figura felínica que en sus aspectos polimórficos, draconiformes a veces, debió centralizar fuerzas naturales en relación con los ciclos agrícolas y la fertilidad, tal como se advierte en imágenes de una similar concepción que hallamos a lo largo de los Andes, hasta Mesoamérica.** El equilibrio y la belleza de las formas no fueron sobrepasadas ni igualadas por las demás culturas que habitaron el Noroeste argentino. Otras artes, como el tejido o la talla de la madera no han dejado casi rastro, en lo musical sólo se conocen instrumentos de hueso, una especie de flauta, ocarinas y varios tipos de silbatos.

La cronología de esta cultura ha sido establecida mediante fechados de carbono catorce; por el momento sólo tenemos cinco de éstos, tres de los cuales corresponden a un sitio del valle del Hualfín y dos al valle de Abaucán. El promedio aritmético de estos fechados coloca la cultura de La Aguada en el año 778 de la era cristiana. Los lugares donde fueron obtenidas las muestras corresponden más bien a yacimientos con cerámica tardía, por lo que no sería aventurado suponer que sus orígenes deben remontarse al 650 d. c. y perdurar hasta el 800 d. c.

En un momento de la investigación arqueológica argentina existió la tendencia a atribuir una determinada cultura a influencias directas o más o menos masivas de otras alejadas o no en el espacio. Mientras más ahondamos en el estudio de estos temas se comprende que las culturas, si bien tienen características que las unen al resto de las del área, poseen rasgos propios. Estos son la resultante de influencias culturales múltiples, de raíces que se hunden en el pasado y de adaptaciones y cambios frente al ambiente en el cual se las encuentra. Este aspecto esencialmente dinámico nos brinda una perspectiva más amplia. En el caso de La Aguada, sus orígenes, en parte, se pueden rastrear en las culturas que la precedieron: tiene elementos de Ciénaga y una buena cantidad de rasgos de Condorhuasi. Estos elementos preexistentes recibieron el impacto cultural venido de otro lado; en términos generales, algunas ideas y aspectos tecnológicos parecen estar emparentados en forma directa con el gran desarrollo del período Tiahuanaco Clásico. Estas influencias no vinieron en forma directa desde las costas del Titicaca hasta el Noroeste argentino. Es probable que hayan tenido una etapa de transformación en los oasis de la Puna chilena, desde aquí debieron filtrarse algunos de los elementos culturales y llegar al Noroeste, implicándose sobre las culturas preexistentes. En nuestro territorio se modificaron algunos aspectos formales. Sin embargo, **estos principios básicos llegados desde el norte son aún reconocibles: el personaje de los dos cetros, el sacrificador, el personaje con máscara felínica y el culto de los cráneos-trofeos;** fueron elementos que difícilmente pudieron ser reinventados. Llegaron como una constelación o complejo de ideas religiosas, formalmente estabilizadas en su arte, que se transformaron y adaptaron a las condiciones locales y a las técnicas existentes. Es interesante notar que los keros de madera de San Pedro de Atacama (Chile) encuentran su réplica, hasta en detalles, en los vasos de piedra de finales de Ciénaga y comienzo de La Aguada. **La técnica del bronce, que se desarrolla más o menos para la misma época, debe tener origen en la cuenca del Titicaca.** No hay duda de que estas influencias sobre La Aguada representan un conjunto de ideas de tipo religioso y sociopolítico muy definidas que dejan una impronta, no sólo en el arte y la técnica, sino en todos los aspectos de la cultura. Estas ideas estabilizadas se mantuvieron por un período que abarcó entre 150 y 300 años. Los elementos no debieron llegar simultáneamente, sino que se integraron en forma progresiva: **es probable que en los comienzos arribaran algunos adelantos técnicos en la metalurgia y en la alfarería, diversos motivos decorativos como la llama felinizada y figuras antropomorfas: posteriormente, y en forma más integrada, otros elementos y especialmente la constelación felínica ya estabilizada.** Probablemente esto obedezca a la propia dinámica de los centros culturales difusores. Luego de alcanzar la total integración, la estabilidad y su máximo desarrollo, poco a poco van perdiendo sus formas originales; los elementos componentes carecen de cohesión, son utilizados en forma aislada y los diseños naturalistas sufren una progresiva geometrización hasta llegar a ser abstractos y totalmente irreconocibles. La figura del felino se atomiza utilizándose en forma separada las manchas de la piel, las garras, los colmillos o los ojos, que se transforman en unidades decorativas por sí mismas. La idea central que daba fuerza y mantenía el simbolismo estabilizado en su aspecto formal probablemente haya comenzado a perder vigencia: había pasado el momento fundamentalmente de la religión y estaba en vías de desintegrarse. Es importante destacar que este mismo hecho ocurrió en la costa del Perú y en otros sitios cuando la cultura de Tiahuanaco-Wari dejó de ejercer su influencia sobre esos lugares.

No hay duda de que Aguada fue de las culturas de mayor desarrollo, como ya lo hemos dicho al comienzo. Algunos de sus elementos técnicos o formales totalmente transformados son reconocibles en las culturas posteriores.

El Período Medio no ha sido identificado en la Quebrada de Humahuaca en la Puna. La falta de investigaciones sistemáticas en estas dos regiones se traduce en la carencia de una cronología con fechados absolutos por medio del carbono radioactivo. No existen elementos culturales que puedan vincularse con facies culturales que se denominan La Isla y El Alfajorcito, aunque debe definirse claramente su contexto cultural. Fundamentalmente se trata de tipos y algunos elementos asociados.

El estilo de La Isla se caracteriza por jarros en forma de reloj de arena o timbales con asa lateral, figuras zoomorfas de llamas y caras antropomorfas con ojos oblicuos y nariz saliente, modeladas en las paredes de los vasos. También existen ollas de cuerpo globular con asas verticales, pucos con asas zoomorfas y pucos dobles. Este tipo alfarero se caracteriza por su pintura blanca sobre la que se realiza la decoración en negro con motivos de diagonales, diagonales alternadas y reticulados. Las figuras antropomorfas modeladas siempre van pintadas de blanco.

Quizá posterior o contemporáneo con La Isla sea el estilo El Alfajorcito Policromo. También tiene ollas globulares de cuello bajo de donde arrancan dos asas verticales. Las formas más comunes, aparte de la ya mencionada, son las que se asemejan a un reloj de arena, pucos y pucos con cabezas de animales. La decoración típica es de triángulos negros con el borde orlado de blanco sobre el fondo rojizo oscuro. Son comunes triángulos, reticulados y motivos escalonados.

La asociación cultural de estos elementos es bastante difícil de hacer, pero parece que el patrón de poblamiento de El Alfajorcito responde, en líneas generales, al del Período Medio y Temprano de la zona de Catamarca y La Rioja. Tanto en El Alfajorcito como en La Isla son comunes los objetos de oro, lo que constituye un rasgo general de aproximación al Período Temprano, particularmente a la cultura Condorhuasi de la región catamarqueña. En La Isla se han encontrado figuras de llamas hechas sobre finas láminas de oro. De la localidad de Huacalera (provincia de Jujuy) procede una máscara de oro -quizá funeraria- pintada de rojo, y otros objetos, como anillos, diademas y pectorales. De estas máscaras se conocen por lo menos cuatro ejemplares procedentes de la Quebrada de Humahuaca, que sin duda debieron pertenecer a personajes de gran importancia y denotan jerarquías sociales muy bien

definidas. En una de las tumbas donde apareció una de estas máscaras funerarias se hallaron más de 70 vasos de alfarería, lo que pone de manifiesto el rango y la pompa con que el sujeto fue inhumado. Otro entierro de la localidad de La Isla es un ejemplo similar en la riqueza del ajuar fúnebre y está en relación con lo que acabamos de describir: en la tumba N° 11 del cementerio de “El Morro” se hallaron 25 piezas de oro laminado, 51 pucos rojos decorados, cuatro pucos simples negros, cinco ollas pequeñas decoradas de asas dobles, una ollita simple, una olla decorada a tres colores, un vaso grande rojo, una llama de alfarería, la cabeza de una pieza análoga a la anterior, cuatro cascabeles de bronce, cuentas de collar, un esqueleto de loro, cuernos de ciervo y una gran cantidad de maíz quemado. Esta tumba ocupaba el centro del cementerio y sirvió para un solo individuo, sin duda de elevada posición, lo que nos habla de los diferentes status sociales que existían en la época. Las diferencias sociales se destacan con más claridad si se compara el ajuar riquísimo de la tumba antes mencionada con otras en las que el cadáver está acompañado por sólo una o dos piezas de alfarería, y algunas veces ninguna.

La economía debió basarse en la horticultura y en el pastoreo de animales, complementados con la recolección de frutos y plantas.

No sabemos que fue lo que produjo el colapso de la cultura de La Aguada, pero el hecho cierto es que los elementos típicos de ésta pronto desaparecen dando paso, desde la perspectiva formal, artística y técnica, a otras culturas muy distintas. Se sospecha, sin confirmación -por algunos rasgos culturales atribuidos a los amazónicos como son los entierros en urnas-, que fuertes influencias venidas desde el este fueron las causantes de la desaparición de La Aguada. En la alfarería se nota una decadencia total. **La metalurgia experimentó un cambio en las formas y en los tipos, aunque hay un renacimiento en las técnicas del fundido y en la cantidad de objetos de metal utilizados.** El patrón de poblamiento también cambia.

En la provincia de San Juan el Período Temprano, y quizá parte del Medio, está representado por la cultura Calingasta, la que posee muchos elementos similares a las del mismo período en el mismo en el resto del área de Valles y Quebradas. La cultura Calingasta -por lo que hasta ahora sabemos- tuvo por base económica la cría de la llama y diversos cultivos, básicamente el maíz y la lagenaria. Utilizó una alfarería gris con decoración incisa, en la que predomina un motivo sencillo de “espina de pescado” o “espigado”. En mayor proporción, la alfarería tosca y otra pintada de rojo.

Al igual que en Condorhuasi, los individuos se adornaban con el tembetá y fumaban en pipas, aunque son de forma diferente de las de aquella cultura.

Calingasta supo esculpir la piedra; conocemos recipientes para ofrendas rituales o para moler alucinógenos, que si bien no están realizados con el grado de destreza técnica de sus similitudes de más al norte, no carecen de interés artesanal.

A veces los muertos fueron enterrados en grutas preparadas especialmente y envueltos en sus mejores vestiduras, pero con escasos elementos de otra naturaleza. El único fechado radiocarbónico de esta cultura la sitúa hacia el año 400 de la era cristiana.

Calingasta tiene semejanzas con una cultura del sur de Mendoza, denominada de Agrelo; asimismo mantuvo con Ciénaga y Aguada.

El Período Medio está representado, en la muy conocida historia arqueológica de Santiago del Estero, por los estilos cerámicos de Lljajta Mauca y Sunchituyoc. Ambos se caracterizan por tener una cerámica cocida en hornos abiertos, lo que da una pasta rojiza o amarillenta. La superficie puede ser de este último color, muy brillante y bien pulida. Los motivos decorativos se pintan en negro directamente sobre el color natural de la pasta o bien sobre un engobe o enlucido de color blanquecino. Muy comunes son los grandes recipientes de cuerpo voluminoso que debieron servir como urnas funerarias. El cuerpo es generalmente bicónico o de conos superpuestos.

El concepto básico aplicado a la decoración es el de un ave estilizada. Algunos han creído ver en ésta la representación del cacuy, mito poético del folclore santiaguense, mientras que otros creen que se trata de la representación de un búho. Aparecen el ave con sus grandes ojos de rapaz nocturno muy abiertos, la pupila aguda y puntiforme; una serie de líneas verticales u horizontales llenan la superficie de la cara redonda. En lo alto de la cabeza, un doble penacho, enhiesto como orejas, parece indicar las plumas frontales del búho o las similares del cacuy. Las grandes alas abiertas y la cola desplegada en actitud de vuelo sirven para decorar superficies amplias. A veces las alas son reticuladas, incurvadas en los extremos, mientras que la cola tiene forma de triángulos simples o dobles. Frecuentemente se utilizan varias imágenes del ave para la decoración. Se disponen en simetría concéntrica, girando en la misma dirección alrededor del centro. En otras, la disposición es de simetría radial; dos o tres aves se oponen por sus patas, a partir del mismo centro.

En el estilo más reciente de Sunchituyoc la imagen del ave se vuelve más estilizada y formalista. La línea incurvada de la cola y las alas se hace recta, adoptando una actitud rígida, las alas desplegadas adquieren la simplicidad de un motivo escalonado.

En la Puna la identificación de este Período Medio resulta difícil. Quizá desde el Temprano, en que ya estaba habitada, los pequeños núcleos de pastores nómadas continuaron ocupando solamente algunos de los oasis, pero sin que sus sitios y restos culturales hayan sido identificados aún. Lo que llevo a confundirlos con los de los períodos más tardíos fue el supuesto, por parte de los arqueólogos, de la uniformidad cultural de la Puna.

Ya señalamos que algunos oasis puneños estuvieron ocupados por poblaciones hortícolas en el Período Temprano, como por ejemplo Laguna Blanca y Tebenquiche. Es muy probable que dicha ocupación condiciones ambientales permitieron los típicos cultivos altioplánicos. Hallazgos hechos en Pozuelos (Puna de Jujuy) revelan la existencia de poblaciones de horticultores hacia el siglo XI de la era cristiana, con ciertas características que las vinculan con culturas muy antiguas del tipo de Tafi y otras aun más tempranas del altiplano boliviano.

c. Período Tardío

El Período Tardío **se inicia hacia el año 850 d.c y perdura hasta la llegada de los incas en el año 1480 d.c aproximadamente.** En la región de la Puna y de Valles y Quebradas se ha identificado un mayor número de sitios pertenecientes a este período. Esto se debe al hecho de que sus restos son más fáciles de excavar, más abundantes y porque se ha dedicado una mayor atención en las investigaciones arqueológicas.

Es característica del Período Tardío la diferenciación en zonas muy circunscritas: los aspectos materiales de las culturas adquieren, sobre todo la cerámica, caracteres locales bien diferenciados que a veces varían de valle en valle. No existe una extensión de elementos más o menos amplios como podemos encontrar en los períodos anteriores. **Hay una mayor variación regional.** Rasgo muy importante es la presencia de la urbanización hacia finales de esta etapa. Ignoramos si hubo incorporación de nuevos elementos económicos, pero no hay duda de que la agrupación en centros habitacionales de cierto tamaño significó un importante cambio de patrón sociopolítico. Las diferencias regionales que hemos destacado en algunas manifestaciones culturales, no alcanzaron a obliterar un denominador común, por ejemplo el aspecto lingüístico, tal como lo encontramos en las crónicas históricas.

El conocimiento arqueológico, junto con los testimonios de los cronistas, nos brinda un cuadro más completo de la vida indígena en vísperas de la conquista. Estamos en presencia del substratum sobre el que se apoya la etnohistoria, vale decir, lo que encuentran los europeos a su llegada.

Indudablemente la región de Valles y Quebradas -parte de lo que antes se dio en llamar región Diaguita- fue la mayor gravitación, tanto por su densidad de población, como por la cultura que en ella se desarrolló. En el período colonial tuvo una importancia decisiva debido a que durante un buen número de años los patrones culturales indígenas se mantuvieron independientes de la férula española.

Las culturas conocidas de este período se denominan Sanagasta o Angualasto en la porción sur. Belén en el valle del mismo nombre y en el Abaucán, Santamaría en los valles Yocavil y Calchaquí y la de la Quebrada de Humahuaca. Se dividen en facies según los distintos momentos de su evolución. Es probable que Sanagasta, Belén y Santamaría integran el gran conjunto protohistórico de los pueblos de los Diaguitas, con un nexo común en los distintos aspectos culturales, principalmente la lengua.

La cultura Sanagasta, Aimogasta o Angualasto tiene su hábitat característico desde Bañado del Pantano (La Rioja) hasta el sudoeste de la provincia de San Juan. Quizás en una primera etapa, la región norte del área señalada fue ocupada por las culturas de San José y Hualfín, formas de la cultura Sanagasta antes de ser desplazada hacia La Rioja y San Juan. Sus sitios se caracterizan por una gran cantidad de restos superficiales, especialmente fragmentos de alfarería, restos de andenes, obras de irrigación o cimientos de habitaciones.

La economía de esta cultura fue eminentemente hortícola habiendo heredado las técnicas preexistentes. Ellos utilizaron todas las especies botánicas a que hemos hecho referencia anteriormente. El sobrante de las cosechas se almacenaba en silos, de los que quedan constancia en las ruinas arqueológicas. La crianza de la llama y la recolección debieron agregar un importante elemento a su economía.

El patrón de poblamiento se caracteriza por ser el de comunidades dispersas. Los sitios carecen de habitaciones de paredes de piedra, pues éstas fueron construidas de material perecedero o por excepción de adobe.

En las costumbres funerarias volvemos a encontrar la extendida práctica del entierro de párvulos en urnas, la cual había disminuido en cantidad en el Período Medio. Los adultos fueron enterrados directamente en el suelo y con un ajuar funerario relativamente pobre.

La sociedad debió estar constituida por pequeños grupos tribales que, de acuerdo con algunos datos que tenemos para la época de la conquista, llegaron a reunirse en grupos más amplios. En la región de La Rioja se integraron en un conjunto con el resto de las tribus diaguitas en su lucha contra los españoles. Lo mismo ocurrió con las tribus de Humahuaca de más al norte.

En San Juan y La Rioja parece que no existieron las construcciones defensivas que caracterizaban al Período Tardío en el resto de la región de Valles y Quebradas. El arma de uso más extendido fue el arco y la flecha, la que reemplaza a la tiradera que caracteriza al Período Medio. La boleadora fue también muy común en esta época.

El trabajo del metal es inferior si se lo compara con el de los períodos anteriores, tanto en cantidad como en técnica. Conocemos placas pectorales, aros, adornos, hachas (la que tal vez fueron importadas de la zona de Belén), manoplas que sirvieron como tensores para arcos y campanas. El metal más usado fue el cobre, y en menor cantidad, el oro.

Algunos objetos de madera pueden agregarse a los utensilios, particularmente tabletas y tubos en relación con el "Complejo del Rapé", y pero su integración total dentro del contexto cultural aún está por comprobarse. En hueso fueron trabajadas puntas y topos o alfileres que llevan una pequeña figura en la parte superior y que sirvieron para sujetar mantos y vestiduras.

No poseemos muchas evidencias pero individualmente las artes textiles tuvieron un alto desarrollo. En la zona de Abaucán fue encontrada una cabeza seleccionada -cráneo-trofeo- envuelta en un tejido de vicuña dentro de una uña. Una momia hallada en Angualasto poseía un suntuoso ajuar de prendas tejidas de diversos colores, perneras de cuero y ojotas de doble plantilla. En la cabeza llevaba una especie de boina decorada con plumas de colores. De cestería se conoce la técnica denominada aduja por algunos pocos canastos encontrados dentro de urnas.

v. Cf. "tabletas de ofrendas", pág.

Como en casi todas las culturas, el elemento más caracterizado es la cerámica. Lo más típico son grandes recipientes usados como urnas y hallados en cementerios, tal el estudiado por E. Boman en San Blas de los Sauces (La Rioja). La decoración de estas urnas es pobre, generalmente geométrica, sin que existan figuras antropomorfas o zoomorfas. Los motivos se disponen en paneles interiores y exteriores, realizados en negro sobre el rojo del fondo. También es común una decoración no negro, rojo y blanco o un blanquecino muy desleído. Algunas urnas llevan grandes triángulos negros alrededor del cuello, otras ajedrezados, reticulados simples u oblicuos y dameros rellenos de puntos. Aparte de las grandes urnas existen pocos campaneiformes de boca amplia y base pequeña; keros y pequeñas urnas de cuerpo globular, boca ancha y cuello corto. Un gran porcentaje de la cerámica es tosca, por lo general, de pasta muy grosera pero de paredes muy fuertes. La superficie está simplemente alisada.

Dentro de este grupo, la cerámica del estilo San José es la que adquiere un mayor desarrollo técnico. En el valle de Abaucán las urnas tienen un cuello muy largo y su decoración es distinta de la que acabamos de describir. En estas urnas aparecen serpientes y dibujos que asemejan huellas de las pisadas del puma. En el cuello suelen presentar caras antropomorfas en relieve, con ojos, cejas, nariz y boca con dientes salientes. Otras tienen también brazos modelados y en algunos casos este personaje puede estar representado tocando la flauta de Pan. Estas caras o personajes se disponen simétricamente y en un diámetro opuesto al de las asas.

Se ha incluido dentro de esta cultura a la forma "Tambería de Angualasto". No sabemos con exactitud si corresponde al Período Tardío o al Incaico, pero indudablemente es uno de los establecimientos más atípicos que podamos encontrar en todo el Noroeste. Lo constituyen grandes casas de planta rectangular con enormes paredes de tapia de más de 1,50 m de espesor; la entrada se hace por un corredor que se proyecta hacia fuera. No sabemos si culturalmente debe atribuirse a los incas. Dentro de estas construcciones han aparecido curiosos objetos, entre ellos un magnífico escudo ceremonial. Éste está formado por un mosaico de más de 3.150 cuentas de malaquita. En el centro lleva una curiosa figura geométrica hecha con piedras rojas. Debíó estar destinado al ceremonial y es realmente uno de los pocos casos de mosaico encontrado en el Noroeste argentino y tal vez uno de los mejores de América del Sur en esta técnica. Fue hallado junto a un esqueleto, cierta cantidad de telas y una manopla de metal.

Es probable que la cultura de Angualasto perteneciera al grupo lingüístico de los Capayanes, correspondiente al núcleo sur de los diaguitas, que si bien hablaban una sola lengua, tenían diferencias dialectales de importancia. x

A la cultura Belén se la denomina así por haberse hecho los hallazgos más importantes alrededor de la población catamarqueña del mismo nombre y a lo largo del río Hualfín. Sin embargo, piezas de esta cultura son bastante frecuentes en el valle de Abaucán. Por el sur abarcó hasta la zona de la actual ciudad de La Rioja y por el norte hasta el valle de Santa María. Indudablemente su núcleo central estuvo en el valle de Hualfín.

En cuanto a algunos de los caracteres técnicos de la alfarería y al patrón de poblamiento, Belén puede subdividirse en varias fases distintas. Como toda cultura evolucionó en el tiempo y, es factible determinar variaciones que reflejan cambios dinámicos en su estructura en distintos momentos. En el patrón de poblamiento existe una primera etapa con poca utilización de la piedra en la construcción, predominan las grandes casas-pozo de tipo comunal que debían habitar tres o cuatro familias, a juzgar por las divisiones internas. Estas viviendas tienen 17 m por 20 m y forman pequeños grupos de cuatro o cinco. En un segundo período aparecen habitaciones aisladas con paredes de piedra. Posteriormente, aún antes de la llegada de los incas, estas viviendas se agrupan para construir centros semiurbanos, la mayoría de los cuales están ubicados en sitios estratégicos. Las casas son unidades formadas por varias habitaciones de planta rectangular que se comunican al exterior por puertas estrechas. En el tercer período estas poblaciones sufrieron el impacto de la cultura incaica.

En el aspecto económico debemos destacar las grandes extensiones con andenes de cultivo. En los faldeos del valle del Hualfín las andenerías cubren muchísimas hectáreas. Dentro de estos campos destinados a la agricultura es posible encontrar, de tanto en tanto, habitaciones que debieron usar en forma esporádica las personas dedicadas a la labranza.

En la tecnología el elemento más característico y abundante es la alfarería. La cerámica Belén es bien conocida en cuanto a decoración y forma. Por lo general es de pasta roja por haber sido cocida a atmósfera oxidante. La forma más común es la de urnas,

usadas para el entierro de niños o como simples cántaros. La decoración es de dibujos negros sobre el fondo rojo más o menos oscuro. Las urnas Belén se componen por lo general de tres cuerpos: la base, que es un cono truncado, un cuerpo más o menos globular y el cuello cilíndrico; dos asas horizontales, que pueden llevar un par de figuras antropomorfas, dividen la pieza en dos partes principales. Los motivos decorativos de estas urnas consisten en dibujos geométricos dispuestos en tres bandas de acuerdo con las divisiones del cuerpo. En la parte inferior se trata simplemente de líneas onduladas colocadas verticalmente. En la parte media pueden ser figuras geométricas o zoomorfas como serpientes, pero las más comunes son espirales angulares, dameros, motivo de manos o escalonados. Esta misma decoración se usa en la parte superior de la pieza. A veces sobre la superficie aparecen dos caras con cejas y nariz en relieve, las que en determinados casos pueden ir pintadas de blanco. En los últimos períodos, cuando la cerámica se torna decadente ya no se respeta la división tripartita del cuerpo; los motivos decorativos pasan libremente de una banda a otra; tienen a una sola unidad formal y decorativa. Existe también un tipo que lleva figuras incisas con líneas profundas y dibujos en negro sobre el fondo rojo oscuro. Los pecos de esta cultura tienen su interior decorado con figuras de animales fantásticos, a veces irreconocibles. Junto con la alfarería decorada se encuentra la de tipo corriente, de uso en las tareas domésticas.

La metalurgia Belén es algo inferior a la Santamaría, pero tienen numerosos puntos de contacto. Son frecuentes los grandes discos de metal, que quizá hayan sido utilizados como escudos, ya que poseen en la parte posterior dos pequeñas agarraderas donde se colocaba una lonja de cuero. Los hay lisos y decorados. Algunos de los más hermosos ejemplares que se conocen y que llevan figuras zoomorfas, en especial chinchillones, parecían corresponder a esta cultura; son las piezas de metalurgia más extraordinarias del arte indígena. En bronce fabricaron hachas con alvéolo para el encastre del mango; así como también manoplas que debieron servir para tensores de arcos, y hachas en forma de "T" que se usaron en las labores diarias. Quizá las hachas con una mayor profusión de adornos servían sólo a los fines del rito. Hay campanas de metal hechas al vaciado. Muy característicos de la cultura Belén son pequeños colgantes rectangulares de metal que en el borde superior tienen dos figuras zoomorfas enfrentadas; sin duda son adornos pectorales.

En el aspecto fúnebre usaron la cista de planta circular y bóveda en saledizo. Muy frecuente es el entierro de párvulos en urnas. En una tumba del valle del Hualfín se encontraron dentro de un puco los restos de una mano y parte de un brazo; ignoramos si fue un acto de canibalismo o una ofrenda. Una modalidad que quizá sea propia de la zona de Andalgalá, y que denuncia intrusión o influencias culturales venidas del Este, es la presencia de grandes urnas con entierros de adultos en su interior. Dentro de éstos y acompañando al cadáver se han encontrado adornos realizados en finas láminas de oro.

En madera son comunes los útiles para tejer, las manoplas similares a las metálicas, y los tallados zoomorfos. Calabazas fueron usadas como cucharas y boles; están decorados por lo general al pirograbado.

Los cadáveres eran envueltos en textiles de alta calidad, probablemente hechos de lana de llama; los motivos decorativos reproducen los de la cerámica.

Todo indica que la cultura Belén corresponde a uno de los núcleos principales de los diaguitas y, Hualfín se encontraron abundantes piezas que atestiguan un intenso intercambio. Más al sur llegaron hasta el valle de Catamarca.

La cultura Santamaría es una de las mejor conocidas puesto que las búsquedas arqueológicas han sido sumamente intensas en el valle. La primera de que tenemos noticia es la de Liberani y Hernández en 1.877. La abundancia de restos visibles ha contribuido a que los arqueólogos hayan hecho del valle de Santa María uno de los principales centros de investigación. Además, la cantidad de piezas es tal que no existe museo en el mundo que no tenga algún espécimen cerámico de esta cultura. La información arqueológica está ampliada por los datos etnohistóricos que nos han dejado cronistas, conquistadores y catequistas. Corresponde a una de las parcialidades del gran núcleo conocido posteriormente con el nombre de diaguitas, denominada Calchaquí, famosa por el tesón con que defendieron su territorio nativo a la entrada de la entrada de los españoles y su resistencia a todo proceso de sometimiento. Su conquista y pacificación se vió demorada por más de cien años y se logró después de cruentas luchas, del "Gran Alzamiento" y de la caída del falso Inca Bohorquez.

Los comienzos de la cultura Santamaría deben fijarse en el Período Tardío, aproximadamente hacia el año 1.000 de la era cristiana. Es de notar que sufrió el impacto de la conquista incaica, el que debió cambiar algunos de sus aspectos culturales en forma ostensible. Su núcleo fundamental y su lengua no se modificaron hasta el momento de la llegada de los españoles. Es evidente que existe un período de formación, otro de desarrollo, luego uno de contacto con los incas y finalmente el de la conquista española.

Los distintos períodos por los que pasó esta cultura se reflejan notablemente en el patrón de poblamiento, la cerámica y la metalurgia. Estas subdivisiones temporales no se manifiestan arqueológicamente en igual forma en cada una de las zonas. Parecería que diversos matices regionales se pueden encontrar en el norte del valle Calchaquí y que difieren de los del valle Yocavil. y

La economía fue similar a la que hemos descrito para el valle del Hualfín: agricultura intensiva con irrigación, ya que sin ésta el cultivo es muy difícil en el valle de Santa María. Junto a las grandes poblaciones indígenas existen construcciones dedicadas al regadío, tales como represas, de la que hay un ejemplo notable cerca de la antigua ciudad de Quilmes. Las andenerías son comunes. La recolección debió ser importante y perduró hasta épocas posthispanicas. Aparte del cultivo de la tierra, se dedicaron al pastoreo de auquenidos.

El patrón de poblamiento es bastante diferente en cada una de las etapas de esta cultura. Es probable que en la primera -al igual que en el valle de Hualfín- habitaran en grandes casas comunales. La población debió estar dispersa en los campos y constituida por familias extensas. Posteriormente, en la segunda etapa, debió de aparecer la aldea formada por agrupación de casas con paredes de piedra de plana rectangular, que al aglutinarse constituyeron verdaderos núcleos semejantes a panales de abeja. No existía una planificación previa, sino que las habitaciones se iban adosando las unas a las otras. Las aldeas estaban ubicadas en sitios altos protegidos con muros de defensa o simplemente aprovechando las laderas escarpadas de los cerros.

El influjo de este tipo de centros semiurbanos debió llegar desde el norte de Chile donde ya existían como un elemento de expansión posthuanacota. Como ejemplo típico puede ser tomada la ciudad de Loma Rica (Catamarca) . Se encuentra al noroeste de la población de San José y está ubicada en uno de los niveles aterrizados que presenta sus costados muy destruidos por la erosión, por lo que el acceso a la misma resulta muy difícil. En total hay 210 habitaciones, entre las que se han dejado espacios abiertos que pueden ser interpretados como plazas. La construcción se hizo con grandes cantos rodados de los ríos vecinos. Los muros son anchos, de manera que en algunos casos sirven para caminar entre ellos. La mayoría de las viviendas carecen de puertas por lo que la entrada debió estar en el techo. A medida que aumentaba la población se agregaban nuevas habitaciones. En total se calcula que pudo tener de 1.000 a 1.500 habitantes. La ubicación de Loma Rica no puede ser más estratégica: desde lo alto se denomina todo el valle Santa María hasta los comienzos del valle Yocavil. Al pie está su necrópolis, que fue explorada por Methfessel en el siglo pasado.

Es probable que la población del valle Calchaquí fuera abundante, aunque no se ha hecho desde el punto de vista arqueológico un intento de muestreo de su densidad; pero, por parte, las referencias que tenemos para el momento de la conquista no hablan de un número muy elevado.

El elemento diagnóstico más común, al igual que en las otras culturas a las que hemos pasado revista, es la alfarería. El tipo más característico es el denominado Santamariano. Las urnas de este estilo constan, al igual que las de Belén, de tres secciones. El cuerpo y la base tienen a confundirse: El cuello es cilíndrico o ligeramente achatado en el sentido anteroposterior, muy especialmente las vasijas que provienen de la región de Pampa Grande (provincia de Salta) . Uno de los elementos decorativos fundamentales son dos caras más o menos humanoides, que se encuentran en cada uno de los lados principales de la pieza según la sección vertical que pasa por las asas. Las caras llevan dos ojos oblicuos u ovals con pupila de doble línea, las rejas están modeladas y la boca puede tener forma rectangular u ovalada y dientes marcados. Lo más importante es la gran cantidad de

elementos geométricos con que se rellenan los espacios libres, como si existiera un verdadero horror al vacío. Los motivos se disponen en paneles verticales formados por escalonados, escalonados orlados de blanco, grecas, líneas de rombos, líneas paralelas rellenas con puntos y triángulos alternados. Hay cierto número de elementos antropomorfos como individuos vistiendo largas ropas talares o provistos de enormes escudos. Otro motivo son figuras de batracios muy estilizados o representaciones del ñandú o suri.

Las serpientes y anfísbena (serpiente de dos cabezas) son también frecuentes en la decoración. Estas urnas que hemos descrito tienen sus variantes locales: por ejemplo, las de Pampa Grande no están decoradas con tanta riqueza. Otras poseen formas propias del estilo Santamariano, pero la decoración es semejante a las de las urnas Belén. Por último están las que se apartan totalmente de los cañones clásicos. Asociado a las urnas se encuentra un gran número de pucos cuya decoración es similar a la que hemos descrito. Los motivos, en urnas y pacos, están realizados con pintura negra y roja sobre engobe desleído blanco mate, que en ciertos casos adquiere el carácter de pintura fugitiva. Es posible hacer una diferenciación cronológica en el uso de los colores y tal vez en algunos de los temas decorativos. El mayor uso del negro y rojo sobre blanco marcaría la primera etapa. En los períodos finales el rojo tiende a ser menos frecuente y a desaparecer. Así, tendríamos dos divisiones bastante netas.

Otros tipos cerámicos aparecen en los sepulcros que contienen alfarerías santamarianas. Pertenecen a estilos totalmente distintos. Uno de ellos es el denominado Yocavil Policromo y Yocavil Rojo sobre Blanco. Se caracteriza por pucos y keros, algunos con una saliente zoomorfa en el borde. Los pucos están decorados en la parte interna, la que ha sido dividida en cuatro secciones y donde se observa la figura estilizada de un ave. El dibujo realizado según una composición dinámica circular es de una extraordinaria fuerza plástica. Los colores empleados son rojo subido y negro sobre un fondo blanco espeso. No hay duda de que esta cerámica es extraña al valle de Santa María y, aunque aparece en cantidad, debió ser obtenida por canje o comercio desde la zona de Santiago del Estero. En el valle del Hualfín y en regiones aun más lejanas, como Antofagasta de la Sierra (Catamarca) y la provincia de Santa Fe, también se la encuentra. El hallazgo de esta cerámica Yocavil asociada con elementos hispánicos en las ruinas de la ciudad de Santa Fe La Vieja, demuestran que no sólo persistió hasta la época de la conquista sino hasta un período bastante avanzado de la colonia. Sin duda grupos de alfareros continuaron su fabricación hasta épocas recientes. Por otro lado es un dato muy demostrativo del intercambio entre los distintos grupos indígenas.

Asociado al Yocavil y al Santamariano, existe un tercer tipo que se denomina Famabalasto. Técnicamente se lo conoce con el nombre de Famabalasto Negro sobre Rojo, siendo sus formas más comunes los pucos, ollas de cuerpo globular, largo cuello y labios evertidos y algunos keros cilíndricos. La decoración más frecuente son los motivos de "manos". En concordancia con el Yocavil, su decoración y origen deben buscarse en la zona de Santiago del Estero. Existe un tercer tipo de Famabalasto, que se caracteriza por la decoración de figuras geométricas incisas a lo largo del borde. Se asocia a los tipos anteriormente mencionados, marcando con seguridad la última etapa de la existencia de la cultura Santamariana.

Los tipos de Santamaría perduraron hasta la conquista incaica y recibieron el impacto de ésta; posteriormente otros sobrevivieron a la llegada de los españoles. La presencia en el valle Yocavil de cementerios indígenas con objetos tales como cuentas de vidrio prueba lo que acabamos de afirmar. La conquista de los Incas no llegó a obliterar totalmente la cultura. Santamaría, aunque quizás en lugares como en La Paya hubo cambios culturales importantes. Es así como en este sitio existe una cultura mixta: por un lado tiene elementos culturales calchaquíes y por el otro rastros de la influencia incaica y especialmente puneña. Esta cultura mixta ha sido denominada "cultura de transición" y se localiza en la cabecera del valle Calchaquí, la Puna oriental, Antofagasta de la Sierra, Kipón y La Paya.

Es probable que allí continuaran los rasgos arquitectónicos de la tradición calchaquí, así como también el estilo santamariano en la alfarería. Según Bennet habrían desaparecido las urnas pintadas, siendo los elementos predominantes los de tipo incaico. En esta época existió un intenso comercio con la Quebrada de Humahuaca. De importancia fundamental en esta etapa de transición son los útiles de las culturas de la Puna, especialmente los trabajados en madera: torteros, tarabitas, espadas de tejer, cuchillones, cucharas, peines, tubos y tabletas para rapé y flautas de pan. Faltan las urnas para el entierro de párvulos. Sin embargo, más al sur, la asociación del incaico con la cultura calchaquí parece tener una mayor continuidad. Es probable que no represente un cambio muy profundo en la cultura, sino simples influencias de las áreas vecinas, particularmente de la Puna, que tuvo un contacto más directo con el norte del valle Calchaquí que con el valle Yocavil o de Santa María.

La metalurgia adquirió un extraordinario desarrollo en la cultura Santamaría. Desde el punto de vista técnico llegó a su expresión más elaborada. Aparece en este momento el bronce con mayor proporción de estaño, a veces hasta del 13%. Hay discos o escudos de 35 cm de diámetro que están decorados con representaciones zoomorfas o antropomorfas, particularmente rostros o figuras humanas completas. Con líneas delgadas se ha dibujado el contorno de la cara, los ojos rectangulares u ovals y la boca rectangular provista de dientes, todo realizado con un gran sentido del equilibrio y de la armonía. En estos discos, al igual que en las urnas, aparecen figuras humanas provistas de grandes escudos que les cubren hasta los pies; la relación estilística no resulta difícil. También de metal hay hachas ceremoniales con mango y hoja decorados. Representan un claro desarrollo por evolución de las similares de la cultura de La Aguada, pero a las que se ha agregado un alvéolo para encastrar el mango de madera. Son frecuentes grandes campanas metálicas que tienen en su borde inferior los característicos motivos decorativos de rostros ovals. Existen cuchillos rectangulares, tensores para arcos y brazaletes. Indudablemente los discos, las campanas y las hachas metálicas constituyen elementos cuya creación y evolución debió ocurrir en el valle de Santa María, ya que en el valle Calchaquí son muy escasos. Por las evidencias que tenemos en La Paya, el metal es raro en los sepulcros más antiguos; en cambio, en los posteriores aparece con abundancia. Siempre hemos tenido la impresión de que los elementos más finalmente decorados y de mayor evolución técnica corresponden a la última etapa, ya próxima a la conquista incaica. De la mayoría de los objetos de alto valor artístico se carece de los datos de las condiciones de hallazgo -generalmente fueron puestos en el mercado de antigüedades por su elevado valor de venta-, lo que impide asimilarlos a un contexto y ubicarlos en el tiempo.

El trabajo de la piedra es escaso; la escultura ha desaparecido casi por completo y solo existen objetos pequeños como puntas de flechas trabajadas en obsidiana, las que disparadas con arco infligieron severas pérdidas a las tropas españolas en el momento de la conquista.

La sociedad Santamariana es casi desconocida para los arqueólogos. Debieron formar parcialidades con sus grupos y vecinos, y quizá mantuvieron frecuentes guerras entre ellos. Frente a un enemigo común se unieron en grupos federados de importancia, que no sólo abarcaron un valle sino varios de ellos, hasta la Quebrada de Humahuaca. El vínculo de la lengua y otras tradiciones culturales comunes les dio un sentido de integración y unidad sociopolítica. Así, el famoso Juan Calchaquí señoreó gran parte del valle y era llamado "curaca" por las crónicas. A su muerte, entre 1610-1612 fue sucedido por Agustín Calumín. A veces parece que los jefes (o curacas) eran a la vez hechiceros. z

La vida familiar seguramente fue muy importante: arqueológicamente se la puede deducir de las tumbas. Éstas debieron ser panteones familiares donde se inhumaban los cadáveres a medida que los miembros de una misma familia iban muriendo. La disposición de las tumbas en cementerios especiales y la cantidad de ofrendas revelan el cariño y la veneración que estos indígenas tenían por sus antepasados.

De la religión conocemos los testimonios que nos han dejado los cronistas. Por la arqueología sólo sabemos que algunas figuras antropomorfas de madera probablemente estaban relacionadas con la religión, pero desconocemos su verdadero significado. La existencia de lugares especiales de culto, pequeños templos, a los que los cronistas llamaban "mochaderos" es mencionada en muchos documentos. Entre ellos la muy conocida "cuarta carta" del P. Diego de Torres, escrita en Santiago de Chile en 1612. Allí transcribe un relato del P. Juan Darío donde dice "... fue particular lo que me sucedió en Tucumanaqao adquemamos una casa o mochadero famoso que estau apuesto muy defiestaq nunca he visto también aderezado, y con el mochadero quemamos muchísimas Varillas con sus plumas, y tengo guardado unos ydolillos para mostrarlos señores Obispos, y Gobreñadores". Durante

mucho tiempo los arqueólogos hicieron una interpretación puramente religiosa de los elementos decorativos de las urnas. Es evidente que muchos de éstos, por su persistencia y carácter, debieron tener un papel simbólico perfectamente estabilizado y definido para el indígena. Pero es inútil buscar correlaciones a larga distancia con elementos conocidos de otras culturas, en tal caso lo más probable sería que no hiciéramos más que fantasear dentro de los cañones de nuestra cultura. Que tuvieron un carácter simbólico está evidenciando por su perduración a través del tiempo. Es decir, están enraizados en tradiciones ancestrales, que aunque transformados y cambiados en sus aspectos formales, nos dejan ver la persistencia de los mismos elementos básicos. Es el caso de los animales fantásticos, casi draconiformes, y de las serpientes de dos cabezas. También pudieron existir los sacrificios de niños como elemento importante de carácter religioso. Hay un caso en el área puneña: a un niño se lo encontró dentro de una urna con riquísimo ajuar de oro; no existen dudas de que fue estrangulado ya que se notan claramente alrededor del cuello las ataduras. Es muy probable que esta costumbre haya existido en las áreas vecinas a la Puna -en este caso el valle Calchaquí- pero por el momento es tan sólo una hipótesis. Sabemos por las crónicas que los niños fallecidos de muerte natural también fueron enterrados en urnas. ✕

Fuera de las poblaciones existen cementerios, en los cuales encontramos las cestas en que se enterraban a los adultos y las urnas con párvulos. Son de planta rectangular o circular, construidas de paredes de piedra sin mortero y con techo de falsa bóveda. El ajuar de los muertos es por lo general muy rico y debió tener una buena cantidad de piezas, especialmente tejidos, que no se han conservado.

En algunos cementerios santamarianos aparecen urnas para párvulos y niños que se conocen con el nombre de San José. Éstas parecen pertenecer a una cultura que cronológicamente es anterior a la Santamaría, pero, por estar mal definido el contexto, su ubicación se hace dudosa. La cerámica San José se caracteriza por la decoración con figuras existentes en La Aguada, pero apenas reconocibles. Ya hemos destacado anteriormente cómo las hachas metálicas santamarianas derivaron por evolución de las similares de La Aguada. Pero esta evolución debió realizarse en algún otro centro, puesto que esta cultura no parece haber poblado en forma estable y extendida el valle de Santa María, según lo demuestran las investigaciones arqueológicas. Además, entre La Aguada y Santamaría llegó ya totalmente formada desde la otra zona y se mezcló con la San José preexistente de la cual tomó o intercambió algunos elementos.

Como todos los pueblos indígenas el santamariano vivió en constante intercambio con sus vecinos. En La Paya se encuentran piezas de los estilos Hornillos Negro sobre Rojo, Tilcara Negro sobre Rojo y Poma Negro sobre Rojo, que provienen de la Quebrada de Humahuaca. Con la cultura Belén el intercambio parece que fue intenso; con frecuencia se encuentran formas simbióticas, vale decir, piezas que tienen forma santamariana pero con decoración Belén.

Desde el punto de vista lingüístico las culturas tardías de Angualasto, Belén y Santamaría, con sus afines, hablaban el cacán o diaguita. Esta lengua tenía tres divisiones: en el norte la calchaquí, en el centro la cacana o diaguita propiamente dicha, y en el sur el capayán. Este tema referente a la lengua de los pueblos indígenas protohistóricos aún merece una cuidadora exégesis. A lo largo de los ríos Salado y Dulce en la provincia de Santiago del Estero, se encuentran numerosos restos arqueológicos de las culturas del Período Tardío. A diferencia de las precedentes, nuestra información es algo más amplia, ya que contamos con las fuentes escritas dejadas por los cronistas.

Por lo general los restos se presentan como montículos de mediana altura, que marcan los emplazamientos que en otras épocas tuvieron las habitaciones indígenas. La descripción que nos hacen los cronistas españoles de los pueblos es idílica. Muy distinta, por cierto, de la visión que podemos tener hoy al contemplar las resacas llanuras. Diego Fernández de Palencia nos habla en su historia de esta "... gran provincia de tierra muy poblada. ..." y de sus pueblos situados "... a media legua unos de otros. ...", los que impresionaron a los españoles por las casas grandes y redondas bien ordenadas "... pues están en sus calles. ...", además del gran número de habitaciones en cada poblado: "... de ochocientas a mil casas. ...". Cada pueblo estaba defendido por palizadas y cercos y donde también tenían "... hechos sus terrenos donde tiran al arco". Alrededor de las viviendas había gallinas, patos y avestruces mansos; algo más alejadas estaban las chacras de maíz o "... corrales de ovejas como las de Perú. ...", es decir, llamas y alpacas. Los indígenas se cubrían con vestidos de plumas que les caían "... por encima de los hombros. ..." y llegaban "... hasta la cintura, de madera que todo su vestido es de pluma. ..." Otros hacían sus trajes con mantas tejidas y adornadas con lentejuelas de hueso: "... chaquiras de hueso de buitre. ...", según dice el cronista.

Los pueblos ribereños tenían a su vera una gran depresión artificial: "... tienen hechos los pueblos a lo largo de una hoya muy grande, de ancho de un gran tiro de piedra y el largo de 30 leguas, de manera que cuando crece el río, vacía en esta hoya y en el verano sécase y entonces toman los indios de todos los pueblos mucho pescado; y en secándose siembran maíz. ... de suerte que todo el largo de esta hoya es chacara de todos los pueblos de la ribera del río. ..."

Pocas referencias nos han llegado respecto de la organización social y de la religión de estos indígenas. Los jesuitas del siglo XVII mencionan un demonio llamado Cacanchic, con quien servía de intermedio un hechicero al que se le regalaba jóvenes vírgenes de la tribu

x. Documentos para la Historia Argentina: Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas, t, XIX, Iglesia, Buenos Aires, 1.927, pág 199.

Á. **Durante muchos años en la arqueología argentina se denominó "diaguita" a todo resto material indígena prehispanico hallado en Catamarca, La Rioja, Tucumán o Salta.** Las discusiones se limitaban a dilucidar si en realidad pertenecía a diaguitas o calchaquíes. Nosotros empleamos el término diaguita para los indígenas protohistóricos y, fundamentalmente, con una connotación lingüística. Creemos que esta breve nota evitamos confusiones al lector.

La expresión artística más elevada se encuentra en la cerámica. A lo largo del Salado debieron encontrarse los principales centros de fabricación y difusión de los distintos estilos alfareros. **Los objetos de metal son raros y probablemente fueron importados** desde el Noroeste. Parece que la tradición del Período Temprano, que difundió la escultura en piedra, no alcanzó la llanura santiagueña. Los arqueólogos distinguen diferentes tipos cerámicos para la región de Santiago del Estero. El carácter dominante es la sencillez de las formas y la decoración policroma sobre la base de negro, rojo y blanco, distribuida en motivos geométricos sobre una base tersa y bruñida. Predominan las combinaciones de guardas y paneles de motivos rectilíneos. Los elementos figurados son escasos: la serpiente, serpiente de dos cabezas, o bien la imagen extremadamente estilizada del ave que aparece en Sunchituyoc. Todo se concentra, al parecer, en una sencilla decoración de motivos geométricos, copiados, quizá, de los ejidos, los que no se han conservado, pero que debieron ser abundantes de acuerdo con el testimonio indirecto que nos han dejado los numerosos instrumentos para tejer. En la zona del río Salado del sur se halla el tipo cerámico denominado Mancapa o Averías. Las formas típicas son el bol semiglobular o puco y el kero, que en algunos casos presenta adornos de aves o jaguares en los boles. Los motivos van pintados en negro o rojo brillante sobre un englobe blanco. Los diseños típicos son simples: línea oblicua paralelas entre sí, en las que una serie de rojas es seguida por una de negras. Estos motivos pueden alternar con los llamados de "manos", es decir, un simple triángulo de cuya base salen líneas paralelas iguales. A veces la superficie de los diseños escalonados se interrumpe con un cuadrado o rectángulo. La decoración va aplicada sobre la superficie externa de la pieza y en bandas horizontales.

Otro tipo muy similar al anterior es el denominado Epiaverías. Los colores utilizados son los mismos, es decir, rojo y negro sobre blanco; la superficie igualmente pulida y brillante. Lo que varía son los motivos decorativos y la forma de distribuirlos. Los dibujos más frecuentes son los triángulos y aserrados contrapuestos en colores: así una serie negra se opone a una roja y ambas están

separadas por el contraste del blanco del fondo.

Las Marias es otro tipo cerámico. La decoración es también geométrica pero con ciertos elementos figurados muy estilizados. Uno de ellos es el batracio o serpiente de cuerpo triangular y cabeza de doble triángulo. Los motivos se distribuyen en bandas horizontales partiendo de una greca que circunda la pieza; las serpientes en dirección opuesta, una con la cabeza hacia el fondo, la otra hacia la boca. A veces la figura ofídica se combina con la imagen estilizada del búho. Este tipo cerámico se localiza en la zona norte del río Salado, alrededor de la localidad del mismo nombre.

No podemos dejar de mencionar las pequeñas figuras de arcilla. Son imágenes humanas estilizada hasta un grado tal que apenas son reconocibles. El cuerpo está reducido a una simple lámina de barro y dos pequeños muñones laterales representan los brazos. Un ensanchamiento de la lámina del cuerpo figura el rostro, la nariz es prominente, y el conjunto asemeja una cobra. Llevan marcas de tatuajes o pintura facial y perforaciones en las orejas. La única indicación de sexo son las mamas en relieve. Quizá donde más se pone en evidencia la alta calidad artesanal de los alfareros prehispánicos de Santiago del Estero, es en la decoración de los torteros o muyunas, es decir, la pieza de barro cocido que sirve de contrapeso para hacer girar el huso y enrollar el hilo. Estos útiles se encuentran por centenares en los yacimientos arqueológicos y son una buena prueba de la intensidad desplegada en las artes textiles.

Ya hemos referido las dificultades que existen para establecer divisiones temporales en la Puna. El conjunto de las culturas de esta región, sin separación cronológica, fue incluido por W. Bennet con el nombre de "Complejo de la Puna". Hoy tratamos de discriminar sus distintos componentes de acuerdo con períodos cronológicos. En el primer capítulo hemos hablado de las culturas precerámicas que habitaron la Puna y algunas de las cuales debieron persistir hasta épocas relativamente tardías. En el Períodos Temprano indicamos los elementos hallados en los oasis de Laguna Blanca (Catamarca) y Tebenquiche. Con respecto al Medio no teníamos referencia alguna. Del Período Tardío podemos aportar algunos datos de las últimas investigaciones.

En la zona de Pozuelos (Provincia de Jujuy) se realizaron excavaciones en las que se logró un primer dato de radiocarbón que fecha las culturas existentes en este lugar hacia el año 1.000 d. c, es decir, dentro del Período Tardío. Se trata de un sitio donde se observan siete u ocho montículos de 12 m de largo por 1,80 m de alto, que corresponderían a habitaciones de planta rectangular o circular de paredes de adobe. Las sucesivas superposiciones de estas viviendas dio como resultado la formación de los montículos. Este pueblo probablemente cultivó plantas del Altiplano a juzgar por el número de palas de piedra que se encuentran en la superficie del terreno. **La alfarería de esta cultura es tosca en más del 98%**, aparte de ésta se encuentran tipos pintados de rojo y negro, pero en escasísima cantidad y seguramente se trata de fragmentos intrusos. En el yacimiento de Pozuelos también se reflejan los cambios culturales habidos en la Quebrada de Humahuaca, pues se hallan los estilos Hornillos Negro sobre Rojo, Tilcara Negro sobre Rojo e Inca. Los elementos culturales estudiados nos hablan de una adaptación a las condiciones extremas de la Puna. Aparte de la economía basada en el cultivo de la tierra, este grupo debió utilizar en gran escala a la llama. Similares a los restos encontrados en Pozuelos, y que deben corresponder a una cultura estabilizada, son los de Yoscaba (provincia de Jujuy).

El patrón de poblamiento corresponde, como hemos dicho, a habitaciones de planta rectangular o circular de paredes de adobe, formando pequeños núcleos no mayores de 300 m. Se asemeja al de períodos más tempranos, sin habitaciones aglutinadas ni construcción de piedra. Un detalle interesante es la persistencia de la escultura lítica: se encontró una estatuilla antropomorfa que cumplía fines rituales, pues alrededor de ella se habían dispuesto 15 piezas de alfarería algunas dentro de otras y puestas boca abajo. Este detalle es curioso pues aún en la actualidad pueden verse, en los campos de cultivo de la Puna y de la Quebrada de Humahuaca, ofrendas a la Pachamama, las que se cubren con recipientes boca abajo. Por otro lado, en Rinconada, no lejos de Pozuelos, donde existe un pucará, se hallaron menhires que probaban la persistencia en esta zona de patrones culturales de etapas tempranas. En resumen: **pensamos que la cultura de Pozuelos refleja una supervivencia de culturas tempranas de adaptación altiplánica, estabilizadas por el ambiente extremadamente hostil. Es probable que esta cultura persistiera hasta la época incaica, ya que en el yacimiento se han encontrado boleadoras de metal, hachas de bronce, rompecabezas estrellados y cerámica de esta cultura.**

Aparte del yacimiento ya descrito, en la Puna existen pucarás y poblaciones aglutinadas. Un ejemplo es el Pucará de Rinconada. Frente a Pozuelos, pero en la imagen opuesta de la laguna del mismo nombre, y hacia el sur, se encuentra el pucará mencionado. Está ubicado sobre la alta meseta formada por la erosión sobre una costra de traquita. Los muros de las habitaciones están hechos con bloques de la misma roca. Hay estructuras de diversas formas y hasta de 15 m por 15 m, en el interior de las cuales se encuentran pequeñas habitaciones de 5m de lado. Sobre el sector este las construcciones son más uniformes, predominando las rectangulares de 5 a 6 m de lado. Pequeñas calles tortuosas comunican las diversas partes del conglomerado. En algunos casos, como el Tasil (provincia de Salta) , las habitaciones no se comunican con las calles, por lo que es necesario pasar por encima de los muros de otras viviendas, lo que supone la existencia de entradas por el techo y caminos sobre elevados por las medianeras. Esto es igual que lo descrito anteriormente para el valle de Santa María y Calchaquí. A uno de los lados de la entrada Pucará se levanta una gran construcción de 4 m por 8 m, está hecha con más cuidado pues las lajas de traquita han sido escogidas especialmente. Lo curioso es la existencia de menhires de hasta 1,80 m de alto en el centro de las habitaciones. En la parte superior de estos monolitos hay una acanaladura igual a la que tienen los de la cultura Tafi, la más antigua del Noroeste argentino conocida hasta el momento. La cerámica encontrada en el interior del Pucará de Rinconada es tosca casi en su totalidad y se correspondía, poco más o menos, con el mismo tipo de alfarero que hemos descrito para Pozuelos. Se halló un gran número de azuelas y piedras redondas con una perforación central, que debieron servir como armas y en las tareas agrícolas. Fuera de los ya mencionados existen sitios importantes pero que por su número sería imposible mencionar.

Tal vez por razones ecológicas en la Puna no se desarrolló ningún tipo de cerámica decorada: la que se encuentra proviene de áreas vecinas de más baja altitud, como el valle Calchaquí o la Quebrada de Humahuaca. Es interesante notar que la falta de cerámica pintada tal vez se deba a la persistencia de un antiguo substratum cultural que no utilizó la pintura para decorar la alfarería, pero que en cambio realizó un trabajo de la piedra bastante extendido.

En cerámica son comunes y característicos los vasos pequeños de paredes oblicuas o rectas y cántaros globulares con poca decoración y pasta tosca. Estos últimos debieron ser utilizados para almacenar granos o agua.

Son muy abundantes azadones de piedra, sobre todo en la superficie de los lugares donde existió un núcleo de vivienda.

Evidentemente se relacionan con las tareas agrícolas. Han sido hallados arcos y flechas de madera, cuyas puntas fueron de piedra y de reducidas dimensiones. En Salinas Grandes se encuentran hachas líticas, detalle interesante, puesto que el hacha es un elemento de adaptación ecológica a zonas de bosques para ser usada en el corte de madera; al Noroeste argentino ingreso desde el este. En la Puna se la utilizó para las labores de extracción de sal. El instrumental de metal y hueso es idéntico al de las otras regiones.

Las particularidades condiciones de sequedad de esta zona han permitido la conservación de objetos y prendas de vestir fabricados en material perecedero, tales como peines, bolsas, ojotas, gorros, petos, camisas y sombreros. De estos últimos existe un ejemplar muy curioso: está hecho con las larvas de un insecto y por una forma recuerda a los usados por los "picadores" españoles.

El trabajo de la madera se ha considerado siempre como característico de las culturas que poblaron la Puna. Nosotros consideramos que si bien la afirmación puede ser correcta, no podemos perder de vista el hecho de que es solamente en esta región, por su clima extremadamente seco, donde se conserva en buen estado todos los materiales arqueológicos.

En primer lugar debemos mencionar las tabletas para absorber alucinógenos -tal vez alguna especie de Piptadenia o cebil-, curiosamente decoradas con figuras humanas y evidentemente relacionadas con la expansión posthuanacota del norte de Chile. Algunas de ellas, además de los tallados antropomorfos o zoomorfos, tienen el borde incrustado con piedras semipreciosas.

Acompañan a las tabletas tubos de hueso o de madera que también suelen estar trabajados. Parece que la costumbre era aspirar por el tubo la sustancia depositada en la tableta. El uso del cebil debió de ser un hábito relacionado con las prácticas religiosas, ya

que según sabemos producía alucinaciones; aparte de las implicancias psíquicas, también pudo estar determinado por necesidades de adaptación física al medio inhóspito del Altiplano. Esto último tal vez explique el posterior y muy extendido uso de la coca por los indígenas y mestizos.

La Puna fue un área simbiótica de intensa relación de dependencia e intercambio con las zonas vecinas. Los puneños, poseedores de grandes rebaños de lanares, transportaron en estos animales los productos de comercio; por ejemplo, sabemos que la sal extraída de las Salinas Grandes era vendida a grandes distancias. También es común hallar yacimientos arqueológicos moluscos que sólo habitan las costas del Pacífico.

Son muy raros los entierros de párvulos en urnas; los pocos casos que se registran quizá se deban a la influencia de los valles aledaños. La forma característica de inhumación es la llamada en "chulpa", que nada tiene que ver con la de igual nombre del altiplano boliviano. Estas "chulpas" son pequeñas casitas similares a hornos, adosadas a las paredes o grietas de las rocas. En su interior se encuentran uno o varios cadáveres con su ajuar fúnebre. Esta práctica funeraria debió seguir hasta épocas coloniales. En la actualidad casi todas las "chulpas" han sido saqueadas. En la Puna existe una gran cantidad de pictografías y petroglifos, pero sólo en los últimos años se ha tratado de realizar una distinción entre sus distintas etapas y estilos.

En los comienzos del Período Tardío puede ubicarse la llamada cultura de Yavi. Su sitio tipo es Yavi en la provincia de Jujuy, muy próximo a la frontera con Bolivia. Otros yacimientos de esta cultura han sido estudiados en San Juan Mayo (provincia de Jujuy). Su influencia parece llegar más al sur, ya que se han encontrado ejemplares cerámicos en los yacimientos conocidos de la Quebrada de Humahuaca, especialmente el La Isla y Angosto Chico. La alfarería se caracteriza por ser de buena pasta y superficie pulida. La decoración es negra sobre fondo ante o rojo; sus motivos lo constituyen líneas finas como si hubieran sido pintadas con un pincel muy delgado, semejante a un caligrafiado, que la mayoría de las veces tiende a desaparecer. Los diseños más comunes son reticulados de malla muy fina y círculos y triángulos que termina en espirales que se enlazan. La forma más típica es un vaso de cuerpo globular que lleva en el cuello una representación antropomorfa. Esta cara tiene una nariz modelada, ojos redondos y orejas que pueden estar perforadas como si hubieran llevado aros. Las asas están dispuestas en posición asimétrica con respecto a los ejes de la vasija. Las piezas pueden estar decoradas según los motivos clásicos ya mencionados. Otra forma común es la de un cántaro grande, a veces con una mitad pintada de rojo y la otra de anaranjado o ante; además lleva el reticulado de malla fina y las asas asimétricas. Existen pucos de perfil compuesto o semiesférico, que presentan su borde decorado.

En lo que respecta al patrón de poblamiento existieron dos tipos: uno con habitaciones cuadradas o rectangulares de cimientos de piedra con morteros de barro, los cuales sobresalen del suelo aproximadamente un metro; por encima del cimiento e piedra se eleva una pared formada por adobones de 30 cm por 60 cm. Estas habitaciones, por lo general, están ubicadas dentro de los campos de cultivo. El otro es de habitaciones rectangulares de paredes de piedra. Los andenes de cultivo son extensos y la economía de esta cultura debió ser la común a los oasis puneños.

Pertenecientes al patrimonio de Yavi existen numerosos petroglifos y pictografías, cuyos motivos reproducen los de la cerámica, por lo que su asociación es evidente.

Las quebradas, tales como la del Toro y Humahuaca, fueron -y aún son en la actualidad- los caminos naturales desde la Puna hacia los valles bajos. Por allí se realizó un intenso intercambio que permitió la complementación económica de zonas ecológicamente distintas.

En términos geográficos la Quebrada de Humahuaca es un gran valle de 170 km de largo por no más de tres de ancho. Sube progresivamente de sur a norte, lo que hace que presente variaciones en sus aspectos climáticos y litogeográficos. Desde el punto de vista general fue la gran vía por la cual las zonas bajas de los bosques subtropicales lluviosos próximos a San Salvador de Jujuy se abrían hacia la Puna y el Altiplano boliviano. Por ella se realizó un activo comercio y desplazamientos étnicos desde épocas muy antiguas, también por allí bajaron las huestes conquistadoras y llegaron hasta el Alto Perú los ejércitos libertadores. Los miembros de la expedición de Almagro penetraron en la Quebrada de Humahuaca entablando encuentros armados con los indígenas.

Posteriormente, los hombres de Nicolás de Heredia ascendieron por Humahuaca en su viaje de retorno al Cuzco.

Algunos autores han dividido a la Quebrada de Humahuaca, desde el punto de vista climático, en tres tramos distintos. El primero de ellos comprende el sector que va desde San Salvador de Jujuy hasta la localidad de Volcán; allí la vegetación es de tipo subtropical donde predominan los ceibos y cébiles; las precipitaciones alcanzan a unos 900 mm anuales. En este tramo la quebrada se orienta hacia el sudeste, lo que permite que los vientos cargados de humedad del este penetren produciendo un alto índice de precipitaciones anuales. Desde Volcán al norte la quebrada sube sensiblemente, extendiéndose este tramo, hasta la localidad de Uquía. Aquí las precipitaciones disminuyen a sólo unos 200 mm anuales. La tercera sección está comprendida entre Uquía y Tres cruces, final de la Quebrada de Humahuaca propiamente dicha. En este sector las precipitaciones son iguales al interior.

La Quebrada de Humahuaca figura en la literatura arqueológica como una zona o área totalmente separada de lo que se considera, como núcleo del Noroeste. Esta subdivisión, que data ya de 50 años, se hizo utilizando, en parte, el criterio lingüístico. Hoy, a la luz de las nuevas investigaciones arqueológicas y con un criterio estrictamente cultural, esta separación no tiene validez. Juzgados que en el Período Tardío los elementos culturales presentan una gran uniformidad dentro de la toda el área del Noroeste, exceptuando las variantes estilísticas que no son mayores que las que podemos encontrar dentro de los mismos valles de más al sur. Uno de los criterios diferenciales usado por los arqueólogos de las primeras época -el lingüístico- no es válido si utilizamos el cultural, puesto que se supone que Quebrada de Humahuaca no se hablaba el cacán.

Los yacimientos arqueológicos más importantes de la Quebrada de Humahuaca enumerados de sur a norte son los siguientes: Pucará de Volcán, Ciénaga Grande, Huichairas, Hornillos, Tilcara, El alfajorcito, Campo Morado, Yacoraité, Juella, Humahuaca y Costaca. Todos se hallan a lo largo de la quebrada en regiones situadas más al sur, como en la Quebrada del Toro, y algunos fragmentos han sido hallados en lugares tan apartados como el valle del Hualfín; por el norte llegan hasta el territorio boliviano, aunque estas influencias no resultan claras por falta de investigaciones. Por el oeste es frecuente el hallazgo de elementos típicos de la quebrada en yacimientos de la Puna y hasta en San Pedro de Atacama en Chile, llegados allí como productos de intercambio.

La economía fue básicamente agrícola apoyada en el cultivo del maíz. Éste llega a tener 120 variedades en la Quebrada de Humahuaca. Además del maíz deben agregarse todos los otros cultivos que ya hemos analizado. Los cultivos del Altiplano debieron encontrar aquí una zona de adaptación progresiva hacia las más bajas del sur, de la misma manera en que los maíces de tipo tropical pudieron adaptarse a las condiciones climáticas de la quebrada. Pensamos que se trata de una zona marginal de adaptación o zona intermedia entre dos áreas ecológicas perfectamente definidas: el bosque subtropical lluvioso y el Altiplano.

Aparte de las plantas cultivadas probablemente también tuvieron importancia económica las periódicas, recolecciones de algarroba y de otros vegetales. La existencia de enormes extensiones de andenes de cultivo son evidencias arqueológicas muy claras sobre la actividad agrícola de esta cultura. Por otro lado la gran cantidad de conanas y morteros, de silos de paredes de piedras, de palas de madera y de piedra, hablan en forma indirecta de las bases económicas de estos pueblos. La llama desempeñó aquí un papel tan importante -si no más- como en el resto del Noroeste.

En el Período Tardío aparecen los sitios arqueológicos con habitaciones de paredes de pirca; son viviendas aglutinadas y, por lo general, localizadas en lugares estratégicos, pues estos pueblos fueron guerreros. Anteriormente todo pueblo fortificado era atribuido a la cultura incaica, pero en lugares típicos con ese patrón, como Juella, la influencia de los incas no es visible. La conquista incaica no debió tener la fuerza que se le ha atribuido y tal vez la aparición de los "pucarás" se deba a la condición bélica original de los habitantes de Humahuaca, la que se manifestó con gran intensidad frente a las tropas de la conquista. Es indudable que la aparición de pueblos fortificados o núcleos semiurbanos se debe a influencias culturales posthuanacotas venidas desde el norte chileno.

La cerámica esta decorada en negro sobre fondo rojo, con motivos por lo general geométricos sin que existan representaciones humanas o de animales. Esta alfarería corresponde al mismo horizonte Negro sobre Rojo de más al sur. Los estilos de la Quebrada

de Humahuaca, han sido denominados han sido denominados Hornillos Negro sobre Rojo y Tilcara Negro, pero no entraremos en detalles sobre el particular.

El trabajo de la piedra es relativamente pobre: está representado sólo por los elementos de molienda, como morteros y conanas, y puntas de flecha. El arte rupestre -petroglifos y pictografías- es abundante.

La metalurgia es menos frecuente que en la zona de los valles catamarqueños, ya que no encontramos el alto número de campanas y de escudos o discos. Se reduce a cinceles, pinzas, manoplas, campanillas y tumis; a ciencia cierta no sabemos si fueron fundidos en la zona. También han sido halladas vinchas, máscaras de plata y pequeñas placas pectorales semejantes a las del valle del Hualfín.

En hueso se destacan las grandes cornetas que están grabadas con círculos concéntricos, objetos dedicados a usos textiles y pequeños recipientes para contener sustancias estimulantes; que se aspiraban mediante pequeños canutos o tubos de hueso. Por oposición a la zona de los valles situados más al sur, aquí se encuentra gran cantidad de objetos de madera. Predominan las llamadas "tabletas de ofrendas", recipientes destinados al ceremonial relacionado con el uso de alucinógenos del tipo de la piptadenia idénticas en forma y función a las de la zona puneña. Estas tabletas parecen haber sido muy populares. Cronológicamente aparecen durante y después de la expansión de la cultura Tiahuanaco y debieron tener su centro difusor en el Altiplano boliviano o en la Puna chilena, desde donde se irradiaron hacia el sur. Sus motivos decorativos y sus variaciones pueden seguirse en el tiempo y en el espacio. Es de destacar que las únicas representaciones de felinos que aparecen en la quebrada son las de las tabletas. Por lo contrario, en otras zonas del Noroeste y durante varios períodos constituyen un elemento destacado en el aspecto estilístico y formal del arte y en objetos de uso práctico. Con madera también se confeccionaron cuchillones de uso agrícola, manoplas y campanas semejantes a las de bronce fundido y que se relacionan con el pastoreo de la llama. Otro elemento común son los arcos y flechas contruidos con maderas de las zonas tropicales. Se han encontrado aparatos destinados a modelar la cabeza de los recién nacidos, según la costumbre que tenían estos indígenas de deformarse el cráneo. **Se han rescatado buenos tejidos confeccionados en lana de llama y vicuña.**

Una costumbre funeraria muy extendida fue la de inhumar los cadáveres de adultos dentro de las viviendas en pequeñas cistas de planta circular en las esquinas de las habitaciones; los párvulos se enterraban en ollas. Detalle de interés es el hecho de que a veces aparecen individuos desprovistos de su cabeza; eso está en relación con el culto de la cabeza o cráneo-trofeo. El ajuar de los muertos es muy variado, pudiendo ser muy rico o extremadamente pobre, lo cual demuestra diferencias sociales definidas.

De la religión sólo se puede decir que debió de estar relacionada con la guerrilla y con el culto del cráneo-trofeo, muy extendido en toda la Quebrada de Humahuaca.

Las evidencias arqueológicas de la quebrada brindan escaso material en lo que respecta a la sociedad; las pocas que se poseen provienen de las crónicas históricas. Sabemos que tenían jefes de importancia en las guerras que sostuvieron entre sí, de ahí el carácter estratégico de sus pueblos y las defensas que levantaron. Durante la conquista estos hábitos guerreros se manifestaron en la resistencia denodada que opusieron a los europeos. El hábil uso de la honda, por ejemplo, está atestiguado en la probanza de uno de los conquistadores, el que recibió una pedrada en la cara y cuyo recuerdo debió conservar para el resto de sus días. El mismo relata el hecho: "... y que en las dichas guazabaras me mataron un caballo en el valle de Jujuy y me hirieron de una pedrada de que me quebraron dos muelas y me dieron otras heridas. ...". De las prácticas de los cráneos-trofeos existe un testimonio histórico: al hacer su entrada las avanzadas de la conquista, uno de los españoles integrantes de la vanguardia fue tomado prisionero: poco tiempo después su cabeza, cortada y clavada en una pica, fue enarbolada por arriba de los muros de defensa del poblado indígena para escarmiento del resto de los españoles.

La fiereza con que defendieron su terruño sólo tiene parangón con la resistencia de los indígenas catamarqueños. Los de Humahuaca fueron acaudillados por el célebre Viltipoco, con cuya semblanza las crónicas llenan muchas páginas; él fue el líder que en determinado momento pudo asumir el mando de numerosas tribus. Los grupos tribales recibían distintos nombres pero culturalmente debieron ser iguales; se los conoce como tilianes, fiscaras, osas, jujunes, purmamarcas, ornaguacas, etcétera. Es probable que en el momento de la conquista se produjeran grandes movimientos étnicos; grupos de indios chichas quizá llegaron desde el sur de la actual Bolivia hasta la misma quebrada o sus vecindades. Algunos de estos pueblos es probable que fueran traídos por los incas como mitimaes antes de la conquista. @

La lengua utilizada por estos indígenas es todavía incierta; algunos autores suponen que se trata de la ocloya, hoy totalmente extinguida.

Evidentemente las culturas de la Quebrada de Humahuaca tuvieron sus raíces en las culturas de El Alfajorcito y La Isla del Período Medio, las que aportaron los elementos principales. Las influencias que pudieron llegar como resultado de la expansión tiahuanacota se refieren al Período Tardío y fundamentalmente a los aspectos urbanísticos, al culto del cráneo-trofeo, al uso de alucinógenos y a las prácticas guerreras. Otros elementos parecen derivar del Período Tardío del sur del área de Valles y Quebradas, tal como el entierro de párvulos en urnas.

Para la Quebrada de Humahuaca sólo poseemos un fechado radiocarbónico, realizado sobre la madera de un arco hallado en el yacimiento de Juella. El análisis arrojó 600 años de antigüedad, lo que ubica hacia el 1300 de la era cristiana.

@. véase pág 25?

Al noroeste de la Quebrada de Humahuaca se halla el departamento de Iruya (provincia de Salta) , zona poco estudiada hasta el presente. Los yacimientos conocidos son Titiconte, Pueblo Viejo, Puerta de Colanzulí, Arcayo, Aliso del Porongal, etcétera. Por sus características geográficas parece ser la continuación, con algunas variantes, de la Quebrada de Humahuaca. En lo que a la cerámica se refiere predominan las formas grandes y sin decoración, muy particularmente recipientes tubulares de casi un metro y fondo redondeado. **También es característica la arquitectura: habitaciones semisubterráneas de planta oval o elíptica, con techo de lajas en falsa bóveda. El trabajo de la piedra es muy distintivo: flautas de pan, azadas y palas, rompecabezas circulares, etcétera.**

Los metales son escasos, aunque existen algunos pocos ejemplares.

Aún carecemos de una cronología para estos restos, pero consideramos que pueden separarse en tres períodos distintos en Iruya. Uno, más temprano, con habitaciones en los campos de cultivo, asociados con una cerámica tosca sin decoración. Este tipo de restos ha sido hallado en la Quebrada de Humahuaca en los yacimientos de El Alfajorcito, Iturbe y Estancia Grande; en este último existen pipas de alfarería que nos hacen pensar en una ubicación temporal temprana. El segundo período cronológico está dado por la presencia de cerámica pintada Negro y Blanco sobre Rojo y por poblados más concentrados, tal el caso de Titiconte. Nosotros pensamos que este último yacimiento puede ubicarse hacia fines del Período Medio o comienzos del Tardío. Un último período está caracterizado por la neta influencia de la quebrada con cerámica Negro sobre Rojo y habitaciones de planta rectangular aglutinadas. Desde el punto de vista físico los individuos que integraban las culturas a que hemos pasado revista eran de raza ándida, con estatura media de 1,64 m, la tez cobriza y el pelo lacio. Generalmente eran braquicéfalos (cabeza más bien ancha que larga) , pero acostumbraban deformarse voluntariamente el cráneo por el sistema de atar la cabeza del niño a una tabla dura con lo que se lograba una deformación conocida como tabular erecta. En la región de la Quebrada de Humahuaca, en cambio, se utilizó -sobre todo en el Período Tardío- el sistema de tablas móviles, del que resultaba una deformación tabular oblicua.

Por los datos de la época de la conquista podemos decir que los indígenas del valle Calchaquí y Yocavil eran de estatura superior a la normal de cuerpo fornido. En realidad, los indígenas protohistóricos no serían muy diferentes a los mestizos e individuos puros que hasta ahora habitan estos valles.

3. El dominio incaico

El dominio incaico fue de capital importancia porque, si bien en el Noroeste argentino parece no haber durado más de medio siglo, dejó una impronta indeleble en el aspecto material y, especialmente, en el sociopolítico de las culturas indígenas de esta región. La información que poseemos proviene no sólo de los restos encontrados -que son indiscutibles- sino también de la información escrita. Habría sido el inca Tupac Inca, décimo monarca, hijo de Pachacutec El Conquistador, el que anexó el Noroeste argentino al imperio peruano. Las primeras campañas de Tupac Inca se dirigieron hacia el norte, donde conquistó el reino Chimú; luego orientó sus fuerzas hacia el sur, llegando hasta el lago Titicaca y posteriormente al norte de Chile, pasando por Lipez y Atacama; en el sur alcanzó hasta el río Maule en el Chile actual, donde colocó los límites de su imperio. Parte del Noroeste argentino quedó bajo la férula incaica. Indudablemente fueron buenos conocedores de sus caminos y sitios importantes en los que establecieron sus tambos, que conocemos por las investigaciones arqueológicas y por las referencias de viajeros y cronistas españoles. **Es indudable que la influencia incaica es más notable en determinados sitios: en la porción central del área de Valles y quebradas es particularmente marcada;** menos quizás en la Quebrada de Humahuaca y a lo largo de los caminos de la puna. Evidentemente hubo una política de invasión o de sujeción perfectamente definida. Los límites siempre están dados por el área de la selva, zona que no ocuparon los incas y por la cual parecen haber tenido un interés secundario. En Córdoba y Santiago del Estero no se hace sentir la influencia peruana; pero en cambio es evidente en Mendoza, hasta la entrada de la quebrada de Uspallata, a la que sin duda utilizaron como pasaje a Chile.

Puede fijarse en el año 1480, aproximadamente, el momento de llegada de los incas al Noroeste argentino. Sabemos que los motivos básicos de la conquista incaica fueron de dominio y explotación económica, de acuerdo con determinadas especializaciones por las que tenía particular interés. **Entre ellas, el trabajo de los metales útiles y preciosos. El dominio, que trajo aparejado la sujeción sociopolítica y religiosa,** dejó huellas visibles en caminos y centros de aprovisionamiento que sirvieron para la penetración. Este punto es claro por cuanto existen dos o tres rutas que bajan a lo largo de la Puna, pasan a través de los valles y continúan su recorrido hacia Chile.

La conquista incaica, centrada sobre la dominación económica, necesitó, por lo tanto, del dominio de los caminos desde el Noroeste hacia Chile y Bolivia. En realidad, lo que impresiona es una explotación a nivel local del Noroeste y, además, la integración de éste en lo que podríamos llamar zona sur del imperio, formada por las actuales Bolivia, Chile y Argentina. Esto está demostrado en los restos arqueológicos por la aparición de cerámica de Chile y del sur de Bolivia en los yacimientos de esta época. **La integración sólo pudo hacerse por el dominio absoluto y la fácil comunicación a través de las vías naturales,** que los incas sistematizaron y organizaron perfectamente. En función de esto se explicaría la ubicación a determinadas distancias de los llamados tambos. Como unidad mayor que los tambos, existían los pequeños centros administrativos y militares de apoyo, uno de los cuales fue el de Londres (Catamarca). Una región aun más amplia era vigilada por una fortaleza grande, que debió ser lo que se conoce como Pucará. Estrictamente son muy pocos los verdaderos pucarás en el Noroeste. Uno de ellos es el de Andalgalá, que pudo albergar una tropa numerosa en un sitio neurálgico desde el punto de vista de la estrategia de la región. Otro debió ser el Pucará de Tilcara (Jujuy), donde no sólo existió un acantonamiento, sino que también se radicaron allí las artesanías que abastecieron el consumo local. La estrategia se orienta entonces, en función de la explotación local o de las comarcas vecinas. **Esto queda en evidencia por los sitios que son asentamientos militares y también poblados, en relación con yacimientos minerales.** Los encontramos así en lugares de elevada altitud próximos a las minas, como por ejemplo en la zona del Aconquija (Tucumán) y de Famatina (La Rioja) o al pie de los mismos como en el caso del ingenio del Arenal (Catamarca). Un estudio de la dominación incaica en el Noroeste argentino, encarado con este criterio económico, aún no se ha realizado, pero es evidente que cuando se haga en forma completa nos ofrecerá una visión totalmente distinta de la actual. Aparte de los ya mencionados, están los sitios en relación con los cultos religiosos, ya se traten éstos de los localmente adoptados o de los importados del Cuzco. Entre los últimos podemos contar los lugares ceremoniales de altura con ofrendas y sacrificios humanos como los de Cerro del Toro (San Juan) y Llullaiyaco (Jujuy), en el territorio argentino, y Cerro del Plomo en Chile.

Los incas utilizaron los centros poblados preexistentes, algunos de los cuales ya han sido mencionados, que debieron remodelar según las necesidades particulares de su dominio. El ejemplo típico es La Paya, que tuvo tres períodos distintos de ocupación: uno preincaico y uno netamente incaico. En este último fue constituido la llamada "Casa Morada", que debió de ser un centro de residencia para los curacas principales. Se distingue del resto de la edificación por su construcción más esmerada, por los elementos arquitectónicos de filiación incaica y por los hallazgos realizados dentro de ella y en el patio circundante.

En lo que al urbanismo se refiere los incas introdujeron modalidades totalmente nuevas. Es común encontrar en el centro del poblado un gran espacio abierto en torno del cual se ubican los edificios levantados con piedras elegidas y una pared baja que separa el espacio libre del resto de las construcciones. Por lo general uno de los caminos del imperio terminaba o pasaba por el costado de este gran canchón. Similares disposiciones urbanísticas encontramos en el Pucará de Tilcara en el lugar denominado "La iglesia" en la quebrada de La Huerta (Quebrada de Humahuaca) existe un sitio arqueológico que parece ser una ocupación incaica superpuesta a la población preexistente de la cultura tardía de Humahuaca.

La presencia incaica se distingue, fundamentalmente, por la alfarería, que en algunos casos puede ser importada del Cuzco, según los hallazgos hechos en el Pucará de Tilcara; por la cerámica local, que refleja motivos o formas incaicas, por ejemplo, aríbalos o aríbaloideos y los platos playos que llevan por asas la cabeza y cola de un pato; por las hachas de metal, que debieron usarse en la guerra y que si bien son similares a las épocas anteriores, poseen un mejor filo y mayor efectividad. **En el período incaico el uso del metal con fines prácticos está más extendido que en ningún otro momento. Es de preguntarse si el uso intensivo de armas de bronce no habrá desempeñado un papel de importancia en la conquista. En plata y oro se confeccionaron objetos destinados a ofrendas:** llamitas y figuras antropomorfas huecas y adornos, que por las crónicas sabemos que eran otorgados a jefes y súbditos principales por el propio inca. Muy comunes son pequeñas boleadoras y rompecabezas estrellados de bronce. Estos últimos arma de gran poder traumático.

Aparte de la ergología, el dominio incaico se manifestó en otros aspectos, tales como: la utilización de quipus, e costumbre que perduró hasta la época de la conquista y que los indígenas convertidos al catolicismo usaban para confesarse; la difusión del quechua en épocas anteriores a la llegada de los españoles y que sirvió a éstos como lengua franca, f el uso del nombre del inca como factor de rebeldía contra los españoles por el usurpador Bohorquez. Esto último no deja dudas sobre la gravitación cultural que tuvo el dominio incaico en el Noroeste si consideramos que el levantamiento del falso inca Bohorquez ocurrió cien años después de la conquista española.

e. Método mnemónico usado por los incas, consistente en hilos de diferentes colores con nudos en distintas posiciones.

f. El quechua, si bien no hay duda de que fue utilizado en el Noroeste, no suplantó a la lengua vernácula de diaguitas y omaguacas. En el siglo XVII, aun después del esfuerzo de los misioneros por catequizar a los indígenas usando el quechua como lengua franca, el P. Verdugo Garnica nos dice que en el pueblo de Tocop, en el valle Calchaquí, "entienden los indios la lengua general (el quechua) la hablan mal porque no es su ordinario lenguaje materno, las mujeres son mucho más rústicas porque muchas de ellas no hablan ni entienden la lengua general. . .".

Muy importante en el sistema sociopolítico incaico fue el sometimiento por el sistema de mitimaes por el cual pueblos enteros eran sacados de su lugar de origen y trasladados a otras zonas, del imperio. En Ranchillos, al sur de la provincia de Mendoza, a la entrada de la quebrada de Uspallata, se encuentra cerámica de tipo Diaguita chileno que debió de ser importada o fabricada por los indígenas que habitaban en este lugar y que con seguridad eran mitimaes de los valles transversales de Chile. En una ruina, tal vez una guarnición, entre el actual límite de Catamarca y La Rioja, al sur de la población de Tinogasta, se halló el mismo tipo de

cerámica que con seguridad debió venir de Chile.

En un lugar de Tafi del Valle (Tucumán) la cerámica encontrada era del tipo Belén, la que no corresponde a los habitantes de la zona sino a los de los valles del sudoeste; evidentemente estamos en presencia de mitimaes traídos desde el sur. Para Humahuaca se poseen referencias históricas de los churumatas y otros grupos de probable habla chicha que habitaban al sur de Bolivia y que fueron traídos como mitimaes hasta la quebrada. Este movimiento de grupos humanos dinamizó los aspectos lingüísticos y culturales, provocando una amalgama de costumbres desconocidas hasta el momento. Nos encontramos ante un cambio cultural provocado, desconocido en esta área de América y cuya extensión e importancia sobrepasa los límites de las culturas anteriores.

No existen dudas de que la dominación incaica tuvo su influencia en la conquista española: los curacas incas que habitaron el Noroeste se habituaron a recorrerlo y conocerlo palmo a palmo; de ellos se sirvieron los españoles en sus movimientos de conquista hacia el sur; sin la ayuda de estos aliados incaicos no puede explicarse la seguridad y precisión de sus desplazamientos.

Una serie de elementos condicionaron e hicieron posible la expansión incaica: la posesión de un medio de transporte como la llama; la existencia de alimentos conservados como el chuño, que permitieron almacenar una elevada cantidad de calorías en vegetales deshidratados muy concentrados; la gran expansión del uso de los metales, particularmente del bronce, creemos que desempeñó un papel muy importante. Los incas son los primeros en utilizar este nuevo elemento técnico en forma masiva, a tal punto que hasta

hace poco los arqueólogos les atribuían su invención. En cuarto lugar -y quizá este elemento sea de tanta o más importancia que los anteriores-, los primeros incas debieron de conocer la expansión y el tipo de organización utilizada en la época de Tiahuanaco, cualquiera que fuera el carácter que aquella tuviera. Cada día se observan mayores elementos de la cultura incaica recibidos directamente desde Tiahuanaco. Es perfectamente válido suponer entonces que les llegara el conocimiento y la experiencia que Tiahuanaco-Wari obtuvo, por su contacto con tantos pueblos distintos, y la utilizaran en provecho propio. Por otro lado, hay evidencias históricas de que los que habían sido parte de los reinos aymaras del Titicaca aún conservaban, en el momento de la conquista española, parte de su vieja organización que vinculaba los centros principales de esos reinos con lugares muy alejados de la costa o de la selva. Unidos a estos cuatro elementos existe un alto sentido de la organización militar y procesos de aculturación bien establecidos, como era el de similar los pueblos vencidos, incorporando alguna de sus deidades al propio panteón o aculturando rápidamente las figuras principales en centros capitalinos del imperio. Agotadas las posibilidades pacíficas, el traslado en masa o el dominio a sangre y fuego del vencido eran los procedimientos más comunes. Para un mundo en que cada cultura era un microcosmo en perfecto equilibrio con el medio, el traslado significaba la extinción total y definitiva.

4. Influencias orientales tardías en el Noroeste

Según muestra la historia arqueológica, el Noroeste argentino estaba ocupado desde algo antes de los comienzos de la era cristiana por pueblos agricultores sedentarios. En diversos momentos, grupos indígenas procedentes del Chaco o de las Florestas Tropicales invadieron los valles andinos y el pie de la montaña, hostigando o destruyendo a las tribus sedentarias preexistentes y asentándose sobre sus vencidos. Este proceso fue cumplido por distintos pueblos, los guaraníes entre ellos. En el momento de la conquista fueron los lules quienes, desde Jujuy a Santiago del Estero, se encontraban en un proceso cultural cuyos antecedentes aparecen claramente hacia la cuarta centuria de la era cristiana, pero que quizás hubiera comenzado antes. En efecto, ya con las culturas de Candelaria y Ciénaga tenemos los primeros indicios de esta invasión de las tribus del este hacia el corazón de las montañas. Se repite, al parecer, hacia el 900 de la era cristiana, cuando desaparece la cultura de La Aguada, muy posiblemente por la presión de estas invasiones orientales. La esencia o las causas de estas periódicas invasiones o influencias está aún por averiguarse.

Primero es necesario identificar estas incursiones en el tiempo y trazar su ruta. Por los cronistas españoles, sabemos de la presión ejercida por los Chiriguano sobre los límites del imperio incaico. Más al sur este papel fue cumplido por los lules.

El grupo de los lules estuvo asentado al este de las tribus guaicurú, entre las grandes llanuras boscosas y al pie de los Andes, desde Jujuy a Santiago del Estero. Las crónicas los mencionan como dedicados a la caza y a la recolección. Frecuentemente canibales, asolaban el territorio, hostigando a las tribus sedentarias de los valles o de las llanuras pedemontanas del este de las Sierras Pampeanas y Subandinas. Su acción devastadora fue tal que un cronista consigna que si los españoles no hubieran llegado a esa zona, los lules hubieran terminado por destruir a todos aquellos pueblos. Pero no todo fue solamente destrucción.

Las fuentes resultan algo confusas y contradictorias con respecto a las lenguas y costumbres de los lules. Por ello es probable que existieran ciertas diferencias en la designación genérica de lules como pueblo invasor. Además, éstos debieron ir aculturando parte de las costumbres, y aún de las lenguas preexistentes, tales como la de los tonocotés de Santiago del Estero, proceso que reconoció diversos grados de acuerdo con las distintas regiones y orden de llegada de las diferentes hordas. Probablemente los lules integraron una gran unidad lingüística con los villetas, que aún habitan el Chaco. Muy a menudo han sido confundidos con los tonocotés, con quienes, sin duda, se mezclaron después de invadirlos. Es indudable que muchos lules que estuvieron en contacto con los españoles debieron de ser hijos de madre tonocotés. El uso de ambos idiomas debió de ser frecuente. Al parecer los lules eran indígenas altos y delgados, vestidos con plumas, o desnudos. Un carácter que señalan los documentos es el del nomadismo; "gente alárabe", repiten las crónicas, de cultura cazadora-pescadora y recolectora de miel y algarroba.

Pero si bien ésta debió de ser la economía de la cultura original, el P. Techo distingue dos clases de lules: los sedentarios agricultores de las montañas y los nómadas de las llanuras de Tucumán y Salta. Es probable que se trate de un mismo grupo aunque con diversos momentos de un mismo proceso de asimilación. Iban a la guerra con gran estrépito, pintada la piel con manchas que imitaban las del jaguar, usando con gran habilidad el arco, los dardos y la porra.

Entre sus prácticas es interesante, por su procedencia desde las florestas orientales, el uso de alucinógeno por los hechiceros para entrar en trance con el fin de solicitar lluvias a la deidad. También se relatan ceremonias realizadas frente a grandes postes, en los que dibujaban figuras de animales en colores, aunque este mismo elemento tipo, sin embargo, se descubre también como poste funerario en la región del río Dulce.

Algunos testimonios arqueológicos parecerían corroborar la información de las crónicas. Uno de nosotros exploró un pueblo fortificado del Período Tardío -o quizás incaico- en el valle del río Hualfín. Dicho pueblo, llamado de Asampay, había sido tomado por asalto e incendiado, y muchos de sus defensores muertos y decapitados. Algunas de las puntas de flecha usadas por los atacantes eran de hueso, del tipo generalmente hallado en Santiago del Estero, diferentes de las típicas de la zona del Hualfín.

IV. SIERRAS CENTRALES

Se denomina Sierras Centrales a la región que comprende, en el centro del país, las sierras de Córdoba y San Luis. Esta zona es importante, pues encontramos aquí los últimos núcleos de horticultores andinos. Se abre, por un lado, a la región de los nómadas chaqueños y, por el otro, a los nómadas de la Pampa y la Patagonia. Hacia el oeste tuvo amplia relación con los pueblos del área andina meridional, entre los que se ubica. Por el norte limitaba con los pueblos de la llanura de Santiago del Estero. Como hemos visto en el primer capítulo, las Sierras Centrales estuvieron habitadas desde el año 6.000 a. c y quizás antes en la era cuaternaria, vale decir hace unos 10.000 años hacia fines del pleistoceno. Posteriormente, y de acuerdo con los datos que tenemos, alrededor del año 500 de la era cristiana debieron llegar las primeras poblaciones agroalfareras. No podemos descartar la existencia de un período de agricultura incipiente. Esas culturas agroalfareras formarán posteriormente el núcleo fundamentalmente de los pueblos protohistóricos, es decir los comechingones y sanavirones que encuentran la conquista española. Hoy tenemos datos de radiocarbón e investigaciones arqueológicas que prueban que, hacia el año 1.000 d. c, estas poblaciones estaban ya establecidas. Los yacimientos del Dique de Los Molinos y Villa Rumpal con los sitios tipo donde han sido estudiados estos procesos; los datos de radiocarbón proceden del primero de ellos.

El patrón de poblamiento está bien establecido por la arqueología y por las crónicas históricas, sobre todo la llamada Relación Anónima. La habitaciones eran las típicas casas-pozo, conocidas en toda la etnografía americana, y que consisten en paredes enterradas en el suelo y en una techumbre relativamente baja. "Son las casas por la mayor parte grandes que en una dellas se halló caver diez hombres con sus cavallos armados que se metieron allí para una emboscada que se hizo. Son baxas las casas e la mitad del altura que tienen está debaxo de tierra y entran a ellas como a sótano y esto hacenlo por ser abrigo para el tiempo frío y por falta de madera que en algunos lugares por allí tienen. "Algunas de estas casas debieron ser de tipo comunal, pues hemos visto cómo se emboscaron en una de ellas diez hombres armados con sus caballos. Las poblaciones no tenían más de quince casas y como caso excepcional hasta treinta. Los caseríos estaban dispersos y sus habitantes tenían entre sí una relación de parentesco, probablemente según el modo de la familia extensa, ya que en cada casa vivían 4 o 5 indígenas casados. Cada aldea estaba separada de la más próxima por corta distancia: "a un tiro de arcabuz", según las crónicas. Los poblados eran protegidos por un cerco de rama y plantas espinosas, seguramente debido a los ataques a que eran sometidos por los grupos enemigos. Por la documentación recopilada poco después de la concesión de las primeras encomiendas sabemos que en la zona de las sierras de Córdoba había una población indígena de unos 30.000 individuos. Desaparecieron rápidamente absorbidos por los europeos o diezmados por las epidemias.

La economía fue esencialmente agrícola basada en la irrigación; el cultivo principal fue el maíz. Los españoles se sorprendieron del primor de los cultivos y de su extensión. Los pueblos, según El Palentino -uno de los historiadores de la primera época-, sólo se distinguían por los maizales. La crianza de la llama desempeñó un papel de importancia, mientras que la recolección de la algarroba y del chañar les proporcionó un buen complemento alimenticio, así como también para la fabricación de bebidas fermentadas.

Según Sotelo de Narváez era "... tierra de gran caza de guanacos, liebres, venados, ciervos. ..."

En términos generales tenemos la impresión de que las sierras centrales conservaron el patrimonio cultural del área andina meridional pero sumamente empobrecido en sus elementos básicos; no sabemos si por pauperización o por representar una etapa de las primeras poblaciones que llegaron. Estos aspectos se revelan particularmente en las tecnologías: así, por ejemplo, la metalurgia fue prácticamente inexistente. En la alfarería no conocieron la policromía, ya que siempre se trata de piezas sencillas con decoración de guardas geométricas incisas que recuerdan los motivos de la cultura Condorhuasi del Período Temprano. En cerámica fueron confeccionadas estatuillas antropomorfas, que quizá representen un elemento antiguo del Noroeste mantenido en esta región. Los peinados de éstas refuerzan la relación existente, así como también los tatuajes o pinturas faciales. Por lo general las estatuillas están desnudas o llevan un simple faldellín o delantal.

La vestimenta, según los datos de los cronistas, era de cuero y lana semejante a la camiseta peruana. En las mangas y el ruedo tenían decoraciones con chaquiras de valvas de caracol terrestre común en las sierras "... a manera de malla menuda de muchas labores en las aberturas y ruedos y bocamangas. . . ", dice la Relación Anónima de 1573. En la cabeza llevaban elaborados tocados de pluma y cobre que les caían hasta más abajo de la cintura, como lo testimonian las pinturas rupestres de Cerro Colorado (Córdoba) . En cuanto a la organización social los cronistas hablan del ayllu o del grupo familiar que quizá se trate de la familia extensa. La mayoría de los documentos parecen demostrar que tenían una filiación patrilineal. La tierra se trabajaba en común y poseían aguadas y jagüeles bien delimitados, por los que, en época de la colonia, hubo numerosas disputas. El cacicazgo parece haber sido hereditario.

Es muy poco lo que podemos inferir de la vida espiritual por los testimonios arqueológicos. Existen datos escritos pero muy vagos, que hablan del Sol y de la Luna. Según Cieza daban sus batallas de noche para que los ayudase esta última. Muy interesantes son algunas referencias de ciertas ceremonias que practicaban los indígenas de la zona de Quilino: "... tenían hecho un cerco de ramas y dentro de él por un callejón que tenían hecho de ramas de guayacán, con hurones y unos papagayos y figuras de lagartos. . . había una vieja desnuda con pellejos de tiguere. . . que bailaba ya cuyo alrededor hacían lo mismo los participantes, cantando e invocando al demonio".

No enterraban sus muertos en cementerios: las inhumaciones las hacían directamente debajo del piso de las habitaciones. Parece ser la costumbre más antigua de los cultivadores, puesto que perdura en el centro del Noroeste en épocas tempranas, como en el caso de El Alamito y hasta poco antes de la conquista en Humahuaca. Las tumbas carecen por completo de ajuar, por lo menos suponemos que no existieron marcadas diferencias de status social.

En determinadas ceremonias se usó el cebil, vegetal muy similar al utilizado en la Puna, que producía alucinaciones; en relación con esta práctica han sido halladas tabletas de piedra o los llamados "litos con pocillos". Es de destacar la costumbre, tal vez ceremonial, que tenían los indígenas de Córdoba de tomar baños de vapor en pequeñas casas semisubterráneas.

Por los testimonios españoles conocemos bastante bien el modo de hacer la guerra que tenían estos indígenas. Atacaban de noche, como hemos expresado anteriormente, en escuadrones cerrados, organizándose según fueran flecheros o portadores de medias picas. Los individuos acostumbaban ir al combate con el rostro pintado una mitad negra y la otra roja. Es interesante destacar que no empozoñaban las flechas, costumbre muy difundida algo más al norte. En los yacimientos arqueológicos se encuentran dos tipos de puntas de flecha; uno pequeño de piedra muy delicadamente trabajada, que apareció en las capas menos profundas de la cueva de Intihuasi; un segundo tipo, de puntas mucho más largas confeccionadas en hueso, que se relacionan con similares de Santiago del Estero y que quizá pertenezcan al pueblo invasor Sanavirón. La guerra entre los distintos grupos era frecuente, motivada por brujería o por el traspaso de los límites señalados para cada grupo. Su aptitud como guerreros está sobradamente atestiguada: Juan Cerón relata como el "... vido al dicho pedro gonzalez de Prado todas las armas llenas de flechas que parecía un san sebastián como lo dexaron. . . ", poco antes al pobre de Juan González de Prado le habían matado el caballo de un palo en la cabeza. Y tampoco

carecían de humor, como el caso de los indígenas de Ongamira (sierras de Córdoba) , que luego de mandar a su encomendero a mejor vida se refugiaron en lo alto de una peña, desde donde hacían toda clase de burlas a los impotentes españoles que estaban en el llano. Las escenas de guerra están muy bien documentadas en las pictografías de Cerro Colorado, en que pueden verse a los indígenas atacándose y provistos de sus atuendos bélicos de una riqueza esplendorosa; según la Relación Anónima "traen todos los mas en las tocas de las cabezas y tocados que de lana hacen por galla muchas varillas largas de metales y al cavo dellas como cucharas".

Su arte quizá sea el de tipo más primitivo, ya que no tuvieron elementos técnicos en los que pudieran expresarse; faltando el metal y siendo la alfarería pobre, su principal expresión estética estuvo en las pintura rupestres. Quizás en esta manifestación artística hubo influencias llegadas desde Santiago del Estero, puesto que en el interior de los abrigos con pinturas se han encontrado fragmentos de cerámica pertenecientes a las culturas de esa provincia. En otro campo del arte, según el testimonio de Barzana, los comechingones eran muy ". . . dados a cantar y bailes y después de haber caminado todo el día bailaban y cantaban en coro la mayor parte de la noche".

Las artes textiles están atestiguadas por la gran cantidad de torteros de cerámica, hueso y hasta de loza en la época de la conquista. Debieron de poseer una excelente técnica para el tejido de redes, cuya impronta se ve en los fragmentos de alfarería. Seguramente las rellenaban con paja u otro material perecedero y luego las recubrían con barro, de modo que en interior de la pieza cerámica así fabricada quedaban la huella de la red. Debieron emplearlas para la caza y la pesca, particularmente algunos grupos que habitaban las orillas de Mar Chiquita. También se encuentran señales de canastería en la parte externa de los cerámicos, pero no sabemos si se trata de una técnica de confección o de recurso decorativo.

En piedra fabricaron hachas que sirvieron para cortar madera, similares a las de las etapas tempranas del Noroeste, algunas de las cuales debieron ser usadas para la guerra. Son comunes los morteros y conanas de piedra para moler el maíz.

Por las crónicas sabemos que los comechingones eran de estatura elevada y que, al igual que otros pueblos, se deformaban el cráneo de modo tabular erecto. Como dato curioso, parece que estos indígenas eran barbudos.

En cuanto a la lengua podemos decir que, en la porción norte, se hablaba el henia y en el sur el camiare, aunque debió existir un buen número de formas dialectales. Los sanavirones habitaban mas al norte y debieron de ejercer una fuerte presión sobre los comechingones. No sabemos -la información que tenemos es poco clara- si el vocablo sanavirón tiene en realidad implicancias culturales o más bien lingüísticas. Con todo, pensamos que a través de eses pueblo las influencias culturales de la zona de Santiago del Estero se hicieron sentir en las Sierras Centrales. Los testimonios históricos parecen demostrar que los sanavirones eran un grupo muy aguerrido que iba desplazando a los comechingones en su avance hacia el sur. No serían raro que aquéllos hubieran pertenecido a un mismo gran grupo de indígenas depredadores procedentes del este y que encontramos los españoles a su llegada al Noroeste desde Jujuy a Córdoba. Este grupo debió de tener diferencias lingüísticas entre sí y variantes culturales de acuerdo con el grado de asimilación a las culturas conquistadas.

V. EL CHACO

Por su situación geográfica y condiciones ecológicas, el Chaco presentó una modalidad especial en el panorama de la Argentina aborigen. Los intentos de colonización en la época hispánica fracasaron, como en el caso de la célebre Concepción del Bermejo, y su resistencia a la penetración del hombre blanco se mantuvo hasta nuestros días, ya que el último encuentro de importancia entre el ejército nacional y los indígenas se libró en 1.919.

El Chaco propiamente dicho abarca el norte de Santa Fe, el oriente de Santiago del Estero y Salta y las actuales provincias de Chaco y Formosa. Esta región estuvo ocupada por dos grandes grupos indígenas que se diferenciaron en su base económica. Un núcleo de cultivadores amazónicos, llegados quizá muy tardíamente, que son los Chiriguano-Chané y que sólo ocuparon una pequeña parte del territorio; son de origen guaraní y arahuaco respectivamente. El segundo gran grupo está formado por las tribus marginales o de cazadores-recolectores. Su estructura económica les daba una característica cultural que queda definida en este párrafo de uno de los jesuitas de la colonización: su modo de vivir no consistente que vivan juntos mucho gentío porque en dos días acabarían con la caza, pesca y con los frutos, que son los únicos depósitos que se tienen para su subsistencia.

Desde el punto de vista lingüístico los habitantes del Chaco se dividen en: guaraní-chané, lule-vilela, guaycurú y matabo-mataguayos; los dos últimos son los chaqueños típicos. A los primeros nos referiremos cuando tratemos la región del Litoral-Mesopotamia; los guaicurú también serán tratados en el mismo capítulo, ya que éstos se desplazaron a zonas limítrofes de Santa Fe y jugaron aquí un importante papel durante la colonización. De los lule-vilela nos hemos ocupado en el capítulo referido al Noroeste.

El hábitat principal de los matabos fue el nordeste de la provincia de Salta, y hacia mediados del siglo XVI, según cálculo de los misioneros, sumaban alrededor de 2.000 individuos. Estos indígenas, en lo lingüístico, al igual que otros grupos, tuvieron numerosas formas dialectales.

Su vivienda, como otras tribus marginales, era cupuliforme; al lado de las habitaciones había algunas construcciones destinadas a silos y depósitos. Durante el verano los matabos andaban desnudos y en invierno se protegían con el manto de pieles, típico de los cazadores marginales. Poco después de la conquista algunos grupos aprendieron a utilizar e hilar la lana de oveja.

La caza, pesca y recolección de frutos silvestres constituyen su base económica. La recolección se realiza sistemáticamente por sectores alrededor de la toltería; al igual que con las culturas arqueológicas del Noroeste, la algarroba parece ser el principal vegetal recolectado. Para la pesca utilizaban redes y a veces harpón. Los chaqueños contemporáneos fabrican alfarería, pero no sabemos en que momento adquirieron esta técnica. Tejen de dos formas diferentes: una sobre la base de fibras de caragatá, la que debió de ser la más antigua; y otra de lana, probablemente adquirida recientemente.

VI. EL LITORAL Y LA MESOPOTAMIA

Por oposición a los grupos andinos de agricultores intensivos con irrigación, encontramos aquí pueblos adaptados a un medio ecológico totalmente diferente. La economía básica está en relación estrecha con los grandes ríos: el Uruguay y el Paraná en sus cursos medio e inferior y los ríos más pequeños que son sus tributarios. La escasez de piedra representó una seria limitación que no sólo se revela en las construcciones, en sus modos de poblar, sino también en las tecnologías. Determinados cultivos establecen además una marcada diferencia con el Noroeste, entre otros, la mandioca en algunas zonas y las variedades de maíz conocidas como guaraníticas. Evidentemente la horticultura de esta región es de tipo amazónico, por lo menos en lo que a especies cultivadas se refiere por cuanto ignoramos con respecto a las técnicas hasta dónde llegaba el uso de milpa o quemado.

En esa zona de los grandes ríos tenemos dos modalidades culturales diferentes. Por un lado, aquellos pueblos horticultores de origen amazónico que se desplazan a lo largo de los cursos de agua; y por otro, los que habitaron el interior, de economía cazadora y recolectora muy primitiva. Al primer tipo cultural pertenecen los guaraníes y seguramente el núcleo principal del gran grupo Chaná-Timbú. Al segundo los charrúas, en lo que es hoy el Uruguay, la provincia de Entre Ríos y parte de Corrientes; los caingang en Misiones, norte de Corrientes y sur de Brasil; los querandíes en el sur del Carcarañá, Santa Fe y Buenos Aires, tal vez llegando hasta las estribaciones de las sierras de Córdoba. Pero muchos de estos grupos o parcialidades habían sufrido diversos procesos de aculturación en el momento de la conquista o incluso antes, de manera que las crónicas son a menudo confusas.

El interior del territorio presenta variantes: en Misiones, en el sector norte, la vegetación es de bosque subtropical lluvioso; en corrientes existen esteros y bañados que son una continuación del medio ecológico de los ríos; Entre Ríos es una zona de cuchillas bajas, donde es posible una economía basada en la caza; en el norte de Santa Fe los afluentes de los grandes ríos permitieron el asentamiento de grupos sedentarios pero que coexistieron a la par de los nómadas; la provincia de Buenos Aires presenta condiciones ecológicas que sólo admitieron economías cazadoras. Por la documentación de la época de la conquista sabemos que la población en estas regiones fue escasa. Debemos destacar que, en algunos casos, los grupos cazadores y aun cultivadores, aprovecharon los recursos económicos que brindaban los ríos.

Los ríos desempeñaron un importante papel como rutas de desplazamiento para las tribus de horticultores que también eran diestros canoeros. Muchos elementos arqueológicos que aparecen en el Litoral, como por ejemplo las puntas de hueso chatas y de base en cola de golondrina, o de las llamadas "campanas" de alfarería, proceden del Noroeste argentino y, especialmente, del área santiagueña. Faltan aún estudios arqueológicos, pero es probable que estas influencias llegaran al Litoral siguiendo el curso de ríos, como el Salado, que nacen en el corazón del Noroeste y en el borde de la Puna, o el Carcarañá que se origina en las sierras de Córdoba. De esto tenemos referencias históricas en los datos proporcionados a los hombres de Gaboto por los indígenas del Paraná.

El principal recurso económico debió de ser la caza y la recolección, especialmente entre los habitantes de Santa Catalina (Brasil); otros parecen haber recibido el cultivo por aculturación. Los observados por Ambrosetti en Misiones practicaban una horticultura primitiva de milpa. La recolección era principalmente de frutos de araucaria -los que ocupaban un lugar principal en la dieta de estos indígenas-, y de tubérculos silvestres, tales como una especie de dioscorea. Después de haber sembrado sus campos, los caingang se dirigían a pescar a los tributarios del Paraná, posteriormente se trasladaban a la Sierra Central para recolectar los frutos de los pinos y luego regresaban al lugar de partida para cosechar sus cultivos. Cazaban principalmente venado, cerdo y ñandú.

En los últimos años los trabajos de campo en esta zona han sido muy escasos, por lo que nuestras referencias son fundamentalmente de índole etnohistórica. Sin embargo, en la provincia de Misiones se han realizado investigaciones que han permitido el descubrimiento de una cultura a la que -sin estar fechadas en forma absoluta- por algunas interferencias puede adjudicársele una edad relativamente remota, cercana a los 6.000 años. La cultura ha sido llamada Alto Paraná. Recientemente, en excavaciones realizadas en el interior de una caverna sobre el río Tres de Mayo se extrajo un elevado número de instrumentos de piedra pertenecientes a dicha cultura. Se caracteriza por la presencia de hachas de mano semejantes en su talla a las del Paleolítico europeo, trabajadas en ambas caras por golpes rudos. También existen una especie de clava curva, raspadores grandes, lascas, etcéteras. Desde el punto de vista técnico se trata de una industria trabajada sobre bloques de tamaño mediano. Las hachas de mano, a que antes hemos hecho referencia, tal vez sean azadas para extraer raíces comestibles. Por los indicios es probable que la cultura del Alto Paraná sea de recolectores o plantadores muy primitivos que llegaron en épocas tempranas y perduraron por un largo período, como parecen demostrarlo las evidencias históricas. Es curioso que en las excavaciones de la caverna de Tres de Mayo aparecieron junto con los elementos típicos del Alto Paraná anzuelos y otros útiles de hueso y, asimismo, abundantes restos de una industria de lascas semejante a similares del sur de Brasil.

Los habitantes más primitivos del hinterland (aunque también ocuparon la costa de los ríos) son conocidas con el nombre de caingang. Fueron estudiados en el siglo pasado por Juan B. Ambrosetti. En realidad corresponden a un grupo indígena muy grande que había ocupado los Estados de San Pablo, Paraná, Santa Catalina y Río Grande do Sul en el Brasil; se los conoce con diversos nombres pero, entre nosotros, el más común es el de Guayanás. En un principio se los agrupó en un gran conjunto que los distinguía como guaraníes; y, en efecto, posteriormente se comprobó que pertenecían al grupo lingüístico Gê. En nuestro país hoy se han extinguido totalmente; y en el siglo XIX sólo existían sesenta.

Construyeron sus casas con hojas de palma y otras plantas. El interior estaba dividido y cada familia ocupaba una división. Los agrupamientos estaban formados por cuatro o cinco de tales casas. Es probable que este tipo de habitación fuera adquirido de otros grupos, ya que la vivienda original debió de ser una simple mampara de esteras.

No usaban vestimentas, excepto un cinturón y un manto grande de corteza; las mujeres usaban una pollera de carahuatá. Algunos individuos llevaban como adorno labial un tembetá, pero éste debe de haber llegado por influencia guaraní. Se engalanaban con plumas vistosas de tucán, collares de semillas, dientes de animales o huesos de aves. Para las pinturas corporales usaban carbón.

La tecnología se reducía a la fabricación de redes y canastos y al hilado de la fibra de la "hortiga brava". Los caingang de Misiones fabricaban una alfarería negruzca, muy probablemente aculturada de alguna de las tribus vecinas, pues anteriormente sólo usaban como recipientes la calabaza o canastos impermeabilizados con una especie de mastic.

Las armas características eran el arco -confeccionado con el denominado "palo de arco"- y flechas de caña. Para las puntas usaban un hueso aguzado de ciervo o mono. Algunos grupos poseían lanzas y espadas de sección prismática y borde cortante.

Ciertas parcialidades caingang acostumbraban practicar la cremación como rito funerario, otros, el entierro directo; levantaban sobre la tumba un túmulo de más de tres metros de alto, el cadáver era colocado en una cámara funeraria techada con hojas de palma. Es curioso que pueblo tan primitivo tuviera cementerios ordenados y cuidados como los que acabamos de describir.

Desde el punto de vista físico los caingang eran de baja estatura pero de contextura musculosa y robusta.

Las prácticas religiosas estaban a cargo de hechiceros, quienes inhalaban yerba mate para entrar en trance y comunicarse con la divinidad.

Según Canals Frau, grupos caingang se habrían refugiado en la región de los esteros de Iberá del norte de Corrientes; de ser así, aquellos se habrían mezclado con guaraníes. En 1.636 atacaron y dieron muerte al padre Pedro de Espinoza que se hallaba en camino a Santa Fe; posteriormente aislaron toda la región correntina hasta la reducción franciscana de Santa Lucía. A mediados del siglo XVII hubo que enviar una expedición militar para poner fin a sus continuas correrías. Los hábitos guerreros y agresivos de esta tribu se volvieron a manifestar a mediados del siglo XIX cuando atacaron algunas poblaciones blancas. Su bellicosidad debió de contribuir a su rápida desaparición, pero debemos dejar bien claro que los europeos no están exentos de culpa y cargo; cuando

Ambrosetti lo visitó en 1.894 el último grupo que quedaba cerca de San Pedro (Misiones) estaba reducido a unos pocos individuos; habían sido diezmados. Quizá alguna gota de sangre de los caingang puede haber perdurado en la población mestiza de Corrientes y Misiones, pero en grado ínfimo. La escasa población, a la par que su rápido exterminio, hizo que fueran totalmente absorbidos por otros grupos indígenas de más alto desarrollo cultural y de mayor densidad, tal como los guaraníes.

La zona norte de Santa Fe estuvo poblada en épocas protohistóricas, y quizá mucho antes, por tribus de claro origen chaqueño, tanto en lo cultural como en lo lingüístico. Eran una gran rama del grupo Guaicurú que se desplazó hacia el sur. Nada sabemos de la profundidad histórica puesto que las investigaciones arqueológicas en esta región son escasas.

La familia lingüística guaicurú es sumamente amplia y a ella pertenece un grupo muy numeroso de indígenas: entre otros los abipones, mocovíes, mbayá, payaguá, pilagá y tobas; algunos de ellos todavía sobreviven. En épocas históricas sufrieron diversos procesos de aculturación, por lo que adquirieron una configuración social y económica totalmente distinta entre sí.

Los mocovíes, junto con otros pueblos del grupo guaicurú, fueron llamados en otras épocas "frentones" por la costumbre que tenían de raparse el cabello de la frente. Su lugar de origen debió de ser la planicie comprendida entre el río Bermejo y el Salado, cerca de los Tobas; posteriormente se desplazaron -tal vez en el siglo XVII- hacia el sur. **El carácter agresivo de esta tribu se puso de manifiesto con la introducción del caballo después de la conquista.** Se cree que parte de ella debió de participar en la destrucción de Concepción del Bermejo hacia la primera mitad del siglo XVII. Quizá haya sido esta tribu, justamente con los abipones, la que obligó al traslado de la antigua ciudad de Santa Fe a su actual emplazamiento. Los jesuitas trataron en el siglo XVIII de constituir misiones con los mocovíes y son bien conocidas las descripciones de esta experiencia que nos ha dejado el padre Pauke. Intentaron hacerlos sedentarios proveyéndolos de abundante ganado; al principio tuvieron bastante éxito pues lograron reunir un buen número de indígenas. Posteriormente, en 1.765, fue fundada otra misión en San Pedro sobre el río Ispín, un tributario del Saladillo. Hacia el norte, en la zona chaqueña, los franciscanos intentaron lo mismo con dos misiones diferentes; después de la expulsión de los jesuitas, éstas desaparecieron rápidamente. De cualquier manera, es interesante destacar el caso poco común de que un grupo nómada pudiera ser reunido en misiones a través de un proceso de aculturación; sería importante buscar los agentes causales de este proceso.

Otro hecho digno de un profundo estudio es el cambio cultural que se produjo al recibir el caballo, lo que transformó fundamentalmente sus hábitos de vida. Participaron, además de la destrucción de Concepción del Bermejo ya mencionada, de la de Esteco, y de los ataques a Santiago del Estero y Córdoba. Debido a que fueron rechazados del Noroeste, sus correrías se limitaron al norte de Santa Fe.

Su economía fue fundamentalmente recolectora y eran horticultores en muy baja escala. Sus hábitos recolectores se revelan en el hecho de que se juntaban langostas y luego las hervían hasta obtener una especie de manteca. Muy importante en la cultura original debió de ser la caza del avestruz, el tapir, el pecarí y otros animales. Sus armas fueron el arco y la flecha, la lanza y la red.

Al sur de los mocovíes encontramos los grupos nómadas de la llanura de Santa Fe y Buenos Aires que probablemente llegaron a habitar tierras más meridionales. Fueron conocidos en el momento de la conquista con el nombre de querandíes. Desaparecieron muy rápidamente, sospechándose que fueron desplazados hacia el sur. Los nombres étnicos que aparecen posteriormente en esta región pertenecen a grupos guaraníes o a tribus desplazadas. En la provincia de Buenos Aires encontramos sólo algunos nómadas aislados, tal el caso de los caguané de la zona del río de Areco, quizás un reducto querandí. El papel desempeñado por estos indígenas en la colonización es muy relativo pues el contacto fue esporádico, su número escaso, y no participaron activamente en los primeros momentos de la vida colonial. La idea de su posible desplazamiento hacia las pampas del sur es más compatible con sus hábitos, muy similares a los de los charrúas de la Banda Oriental y Entre Ríos.

La prehistoria de esta zona es muy poco conocida. Algunos hallazgos en las provincia de Santa Fe probarían la existencia de pueblos precerámicos que trabajaron materiales cuarcíticos traído desde la provincia de Buenos Aires. En cuanto a las técnicas empleadas pueden relacionarse con los instrumentos hallados en Misiones, a los que antes nos hemos referido, y con las culturas precerámicas de la Patagonia. Podríamos decir, sin temor a equivocarnos, que desconocemos totalmente la evolución cultural y la profundidad histórica de los pueblos que habitaron esta región. No dudamos de que la fecha del primer poblamiento debió de ser muy antigua, quizá haya ocurrido a comienzos del Posglacial.

Ya hemos referido a que, debido a los desplazamientos de pueblos, la identificación etnográfica es muy difícil. Los querandíes, a veces llamados pampas, ya eran conocidos en las primeras poblaciones que se asentaron a orillas del Carcarañá y en las colonizaciones de Gaboto, con quien tuvieron encuentros de guerra en repetidas oportunidades. Hacia comienzos del siglo XVIII la Pampa se vio invadida por los araucanos, quienes cambiaron la fisonomía cultural de esta región. En la época hispánica se tendía a designar a los indígenas del Litoral con nombres guaraníes, lo que oscureció aun más el problema.

El aspecto lingüístico también ha sido polémico. Algunos han querido identificar relaciones con los grupos de habla het de la Pampa, de acuerdo con investigaciones de Lehmann Nitsche, que la mayoría rechaza. Otros, en cambio, ven relación más directa con los pueblos de habla guénaken del norte de la Patagonia.

Sabemos que los querandíes eran nómadas cazadores que utilizaban un simple paraviento de cuero como vivienda. Se alimentaban de la caza, a la cual perseguían durante días a través de la llanura, particularmente guanacos y ciervos. Su vestidura era el simple manto de cuero que comparten con los patagones y grupos del Chaco. La organización social era de pequeñas bandas que vagabundeaban por la llanura. No es errado suponer que inmediatamente después de la llegada de los españoles se desplazaron al interior donde permanecieron sin ser molestados. Es evidente que en la economía del primer asiento de Buenos Aires -ya que no hubo fundación- no desempeñaron papel alguno. Sus hábitos vagabundos los hicieron poco propicios para las tareas sedentarias que eran requeridas por los conquistadores. Su falta de capacidad para producir alimentos en cantidad -y un excedente almacenable- poco podía brindar a los españoles; de manera que cuando éstos necesitaron ayuda indígena debieron buscarla en el norte o en los grupos de plantadores guaraníes o chaná-timbú.

Los querandíes se extendieron por el norte hasta el Carcarañá y por el sur habitaron parte de la provincia de Buenos Aires, tendiendo a confundirse más allá de la Pampa con los patagones del norte o norte o grupos guénaken. Pero Lopes de Souza es claro en cuanto a la descripción del hábitat de los querandíes. "Esta tierra de los Carandies es alta a lo largo del río, y hacia el interior es toda planicie, cubierta de pastos, que cubren un hombre: en ella hay mucha caza de venados y ñandúes y perdices y codornices: es la más hermosa tierra y la más apacible que puede ser. . .".

En el aspecto físico eran de elevada estatura. Por desgracia faltan mediciones antropológicas, ya que los yacimientos arqueológicos de estos indígenas son muy escasos y aún más los restos óseos.

Su economía se basó esencialmente en la caza y la pesca. El arma predilecta y más características parece haber sido la boleadora.

Una costumbre que se registra en diversas fuentes es la de beber la sangre de los venenos recién cazados. También utilizaron el arco y la flecha. **La economía de caza iba apareada con un nomadismo casi permanente, hábito ancestral que hizo difícil poder incorporarlos a la cultura europea. La costumbre de comer langosta,** al igual que entre los mocovíes, parece haber sido muy común y generalizada; también la tuvieron los querandíes.

Es indudable que su vida nómada favoreció muy poco el uso de alfarería, pero en algunos yacimientos arqueológicos de la última época se hallan fragmentos de cerámica; probablemente ésta haya sido aculturada en momentos previos a la conquista.

Los indígenas que habitaban en los alrededores de la ciudad de Buenos Aires desaparecieron rápidamente como ya hemos dicho.

Un pleito ocurrido en Córdoba del siglo XVII nos revela la existencia de algunos de ellos, en las proximidades de los ríos Tercero y Cuarto. Este testimonio lo conservamos a raíz de una disputa entre encomendados, pero debemos preguntarnos cuántos de estos indígenas desaparecieron sin que nosotros tengamos noticias, además del buen número que fueron presionados y emigraron al pie de la cordillera. La verdad es que la antigua Buenos Aires se benefició muy poco con la mano de obra indígena y fue necesaria la introducción de esclavos para solucionar esta carencia. Al resto de indios bonaerenses se los intentó reunir en una

reducción jesuítica conocida con el nombre de Concepción de las Pampas. Estaba ubicada en las proximidades de la desembocadura del río Salado, pero sólo duró alrededor de 15 años, ya que el carácter nómada de los indígenas hacía imposible mantenerlo reducidos, como lo relatan los propios sacerdotes. En Córdoba existían algunas reducciones, particularmente sobre los ríos Tercero y Cuarto. La primera fue denominada Yucát y sus tierras aún están en posesión de los Mercedarios.

A fines del siglo XVI los indígenas encontrados por Juan de Garay en Cabo Corrientes vestían ropas de lana muy buenas, lo que contradice su carácter de marginales. Los mismos indígenas se encargaron de informarle que la habían obtenido de la zona de Chile. De esta información se desprende que el intercambio en la Pampa era sumamente dinámico. Esto es válido para todas las otras regiones, rompiendo así el preconcepción de que el mundo indígena era estático y sin relación con las regiones situadas más allá del propio hábitat.

En cuanto al aspecto y vestimenta de un hechicero de este grupo transcribiremos el relato del padre Vargas, que asistió a la agonía de un moribundo indígena del sur de San Luis en 1.628: "El más espantoso de todos era el "machi" [hechicero] ; éste se había pintado de azul la frente y las narices, y lo restante de su cuerpo hasta la cintura de un color rojo con pinceladas repartidas acá y allá, tan vivas como el fuego, de la cintura hasta las canillas le colgaba un adorno a modo de malla, trabajada a mi parecer, con concha de mariscos; por detrás dejaba caer su larga faja, como una cola formada de plumas de avestruz, que arrastraba mucho por el suelo: a más de brazaletes de varias piedrecitas, con que ceñía sus muñecas, y de las anchas sartas de las mismas que adornaban su garganta varias plumas rodeaban sus brazos, piernas y cabeza; y no puedo describirle los otros adornos de ésta, con no se que vellones de lana. . . todos [los concurrentes] estaban pintados de varios colores, así los hombres como las mujeres y con sus cabellos sueltos y desgrefiados de un modo horrible. . . la madre era la única que, contentándose con un solo color, se había embadurnado las manos y el rostro con hollín. . ." (Serrano, 1.946, pág 206).

En 1641 el padre Quesada escribía sobre los pampas del río Cuarto: "Las mujeres para ser apetecidas usan en sí una crueldad, como enseñada del demonio, para que aún en esta vida padezcan algo en medio de sus torpes deleites. Púnzanse con unas espinas largas o punzones, que para este efecto tienen, dentro de la nariz y en otras partes más delicadas y destilan la sangre en un mate; y con otros ingredientes hacen un betún con que se pintan todo su cuerpo, lo cual hacen principalmente las doncellas y con eso los hombres se enloquecen y pierden por ellas". No dudamos la impresión que estas prácticas eróticas de las doncellas indias debieron causar en el ánimo del célibe y reprimido clérigo español. En el folclore de la provincia de Buenos Aires aún se conoce esta práctica con el nombre araucano de "gualicho"; su perduración por tantos años indica su profundo entaizamiento cultural, y tal vez una efectividad que aún no ha sido descubierta por el sexo débil de nuestra sociedad civilizada (idem pág 207).

El interior de la Banda Oriental y provincia de Entre Ríos estaba habitado por los charrúas. Llegaban a ocupar hasta el río Gualeguay y el ángulo sudeste de la provincia de Corrientes. Un buen número de tribus pertenecen a este grupo, a todas se las conoce con el nombre genérico de Charrúas. Al igual que en el caso de los indígenas de la Pampa, los desplazamientos y su carácter nómadio hizo que se confundiera con otras tribus. Después de la conquista el proceso de aculturación fue rápido, desapareciendo como entidad étnica independiente.

Los rasgos físicos de los charrúas parecen coincidir con los de los indígenas de la Pampa, ya que fueron individuos de estatura y robustos. El grupo racial a que pertenecen ha sido denominado pámpido; a falta de restos óseos encontramos referencias en las crónicas respecto de este punto. En el siglo XIX estaban completamente mestizados pero aún mantenían como característica física su elevada estatura, cosa que confirman los científicos Azara, D'Orbigny y otros viajeros.

En el primer momento de contacto con los españoles los charrúas eran de economía cazadora. Sus costumbres cinegéticas y armas eran similares, por no decir idénticas, a las de los habitantes de las Pampas. El portugués Pedro Lopes de Souza fue uno de los primeros europeos que vio utilizar la boleadora, la que le llamó poderosamente la atención; con esta arma los indígenas matarían al hermano del Adelantado Pedro de Mendoza.

Los cronistas hablan de cómo complementaban su economía con la pesca y la recolección de huevos y plantas silvestres.

Los charrúas usaban el característico manto de piel adornado en la parte externa con pinturas geométricas, al igual que los patagones. El uso de tembetá, adornos nasales y tatuajes en la cara y el cuerpo era común.

En los ritos funerarios practicaban la amputación de una falange del dedo a la muerte de cada pariente, costumbre muy difundida en América y que debe remontarse a épocas antiguas. Pedro Lopes de Souza relata haber visto individuos a los que sólo les quedaba el dedo pulgar. Algunos grupos charrúas, al igual que otros núcleos indígenas, acostumbraban llevar los huesos descarnados de los individuos que morían durante alguno de los viajes periódicos, para que fueran enterrados en su lugar de residencia habitual. Uno de nosotros encontró en una de las islas del Delta estos paquetes funerarios como testimonio arqueológico. Al igual que ciertos indígenas de las praderas de América del Norte, los charrúas realizaban largos ayunos y penitencias con el objeto de obtener la visión que le permitiera lograr lo que en etnografía se conoce con el nombre de "espíritu guardián". Vale decir, el ser protector que se presenta bajo la forma de animal o ente sobrenatural, y al cual el sujeto invoca en momentos de dificultad o peligro.

La organización social se basó en la simple banda de aproximadamente 50 a 100 individuos. Cada familia poseía su propio tolde, los que se agrupaban en núcleos de 10 o 12.

Muy importante es la transformación de los charrúas al tomar contacto con los españoles. Al igual que muchas tribus del Chaco, Santa Fe o Buenos Aires pronto adquirieron el dominio del caballo, lo que significó un cambio total en su género de vida. Como lo hemos expresado anteriormente, en este proceso dinámico intervinieron diversos grupos, lo que dificulta una identificación geográfica precisa. Como ocurrió con tribus de similar nivel cultural, las tentativas para reducirlos fracasaron sistemáticamente. A mediados del siglo XVIII sabemos que se realizaron por lo menos dos internos en el territorio uruguayo.

Es importante señalar la existencia en las provincias de Santa Fe, Buenos Aires y Entre Ríos, sobre todo en las márgenes del río Paraná y en las islas, de cultivadores no-guaraníes conocidos como chaná-timbú. Se diferencian de sus vecinos cazadores-recolectores principalmente por sus hábitos económicos. La arqueología ha rescatado ejemplares de cerámica modelada con figuras zoomorfas -particularmente loros- que fabricó este grupo. También sin comunes platos grandes que pueden indicar la existencia de una economía basada en el cultivo de la mandioca lo que, de comprobarse, tendría gran importancia. Un elemento que hasta el presente resulta enigmático en cuanto a su funcionalidad, son las llamadas "alfareras gruesas", de forma de campana con un asa maciza y agujeros en la parte superior media e inferior. La agricultura de los chaná-timbú estuvo basada en el maíz y zapallo complementada con la pesca y la caza; por referencias históricas sabemos que poseían canoas monoxilas. Díaz de Guzmán relata cómo construían sus pueblos a las orillas de los ríos, y afirma que en el aspecto político reconocían un gran señor principal, rasgo muy importante de su organización, confirmado por las crónicas. Un hecho demostrativo de su economía desarrollada, es que los habitantes de la primitiva Buenos Aires recurrían a estos indígenas para aprovisionarse de las virtuales que no podían obtener de los grupos circundantes a la ciudad. Esto habla de excedentes alimentarios de cierta importancia.

Cuando los españoles venían en camino desde el Perú, al llegar a Santiago del Estero oyeron hablar del gran cacique Señor de Coronda. La vinculación con los indígenas del Noroeste se manifiesta en la frecuencia con que los conquistadores vieron entre los chaná-timbú objetos de metal y también en la costumbre que tenían de utilizar en su alimentación perros cebados. Costumbre de indudable origen andino. Por otro lado, la forma y disposición de las viviendas los relaciona muy estrechamente con los pueblos amazónicos. Por último, la amputación de las falanges de la mano a la muerte de un pariente los vincula con las culturas de recolectores y cazadores de la llanura.

Como vestimenta utilizaron el manto de piel de los nómadas, pero también tenían ropas de algodón. Diversos autores atestiguan que acostumbraban adornarse con tembetá y narigueras. Su utilaje estaba confeccionado principalmente de hueso, de piedra en menor escala. Como armas usaron el arco, pero en algunos yacimientos del Litoral se han hallado ganchos de tiradera. Muy poco sabemos de la lengua que hablaron y de la profundidad histórica y cambios culturales habidos en esta región ocupada por los chaná-timbú.

El pueblo más importante en el Litoral-Mesopotamia, tanto por su nivel cultural como económico fue el guaraní.

El grupo lingüístico guaraní, junto con el arawako y el caribe, fue el más extendido en el oriente de América del Sur. Culturalmente pertenecen al tipo amazónico. En la colonización tuvieron gran influencia por el importante papel que desempeñaron. **Su alta densidad de población y su perfecta adaptación al medio**, se manifiesta por el hecho de que su habla aún perdura y es prácticamente el idioma semioficial del Paraguay, único lenguaje indígena que ha cristalizado en una realidad nacional. En la época del descubrimiento, conquista y colonización, el guaraní fue una de las lenguas francas usadas por los españoles. Como grupo lingüístico se extendió desde el Amazonas hasta el Río de la Plata, quizás hasta más al sur de la actual de La Plata.

Sus rasgos culturales no son exactamente iguales en todos los lados, aunque hay ciertos elementos comunes. La mayoría de los autores está de acuerdo en afirmar que los guaraníes llegaron al territorio argentino en épocas tardías, poco antes del descubrimiento. La falta de estudios arqueológicos y, sobre todo, de una cronología en el área del Litoral-Mesopotamia hacen esta afirmación totalmente hipotética.

Los restos guaraníes no aparecen como un todo continuo, sino como pequeñas ínsulas a lo largo de las islas del Paraná, a veces sobre la costa y otras enclavados dentro de núcleos preexistentes. El desplazamiento rápido por medio de sus canoas monoxilas y su amplia dispersión continental les dio esta característica. Fueron pequeños núcleos que se iban asentando en los lugares más convenientes y que luego se desarrollarían sin constituir un Estado continuo. Hábitos migratorios, favorecidos por mesiánicas, estimulaban este tipo de ocupación. En la provincia de Misiones debió de existir el núcleo mayor y más importante. También ocuparon el ángulo noroccidental del Chaco donde se los conoció con el nombre de chiriguano. Sabemos por la documentación histórica, que en éstos eran invasores que estaban en pleno desplazamiento hacia la época de la llegada de los europeos. Si bien los chiriguanos son de habla guaranítica, poseen elementos culturales de los elementos culturales de los pueblos que habían sojuzgado. **Otro grupo importante de guaraníes estaba localizado en las islas del Paraná en el tramo que se extiende desde la actual ciudad de Santa Fe hasta la de Rosario.** Entre el núcleo septentrional de Misiones y los del delta, como hemos dicho anteriormente, sólo existían pequeños grupos aislados. Su desplazamiento también se vio facilitado por su cultura y economía de mayores recursos que los otros grupos.

La vivienda de los guaraníes es la típica de los indígenas amazónicos: la llamada maloca. Son casas de gran tamaño -algunas llegan a tener hasta cincuenta metros de largo y dentro de las cuales vivían varias familias bajo el mando de un efe. Un grupo de estas malocas constituían la aldea y se disponían en torno a un espacio central a modo de plaza; el contorno estaba protegido por una empalizada. Todos los individuos dormían en hamacas, rasgo también originario de las culturas del Amazonas.

Por lo general andaban desnudos, pero podían usar una vestimenta amplia de algodón a modo de camisón. Un adorno masculino muy típico entre los guaraníes es el tembetá que confeccionaban de piedra o resina.

Las armas características fueron el arco largo y las flechas con punta de madera y una especie de sable o macana confeccionado en madera dura con filo pronunciado. Muy característico de la cultura guaraní -y que sirven para identificar sus restos en el Litoral- son las hachas de piedra pulida de tipo neolítico.

Su economía básica fue la agricultura intensiva, que alcanzó el más alto desarrollo en la región del Litoral-Mesopotamia. Por esto desempeñaron un importante papel en la instalación de las primeras ciudades y colonos. El cultivo se basaba en dos elementos que pueden ser atribuidos a las culturas amazónicas: **la mandioca y la batata;** también **cultivaron el maíz,** pero casi con seguridad una variedad amazónica distinta de las andinas. Deben agregarse el zapallo, el poroto, el maní, el mate, el algodón y la bixa con la que se pintaban el cuerpo. Los guaraníes del delta debieron de tener una economía algo distinta, pues en zona no es posible el cultivo de la mandioca por ser una región fría y con heladas. El modo de obtener lugar para cultivar también es un rasgo tropical, es decir, el sistema de roza o milpa. El bosque se tala, luego se le prende fuego y posteriormente se cultiva en el espacio así logrado. Cuando la tierra se agota, cosa que ocurre cada cinco años aproximadamente, cambian de parcela y dejan que el bosque crezca nuevamente.

Para el talado de los árboles utilizaron hachas de piedra a las piedras a las que antes nos hemos referido. La diferencia fundamental con el pequeño grupo de horticultores de las orillas del Paraná estriba en el uso del sistema de roza.

La alfarería es una tecnología más típicas de este pueblo. Se caracteriza por la decoración hecha con la punta de los dedos, las yemas o las uñas; a veces usaron pintura. Es común la aparición de grandes recipientes que utilizaron como urnas funerarias para adultos.

Entre las costumbres merecen destacarse la antropofagia y las prácticas guerreras, ambas estrechamente unidas. La primera era ritual y sobre ella existen buenas descripciones. F Los prisioneros de guerra eran preparados por un largo período, se los engordaba y eran muertos de un golpe de macana en la cabeza durante un acto público.

La familia era polígama, según las posibilidades económicas de cada hombre. Las parcialidades tenían un cacique al que rendían obediencia; en ciertos casos se agrupaban un buen número de estas parcialidades constituyendo algo similar a un consejo de caciques. Éste, a su vez, elegía un jefe que era obedecido por los demás. El cacicazgo era hereditario. El común del pueblo estaba obligado a labrar las tierras de sus jefes, darles partes de las cosechas, edificarles las casas y brindarles sus hijas.

Creían en un dios, ser superior, que también era el héroe cultural, quien les había enseñado las prácticas básicas de su cultura. Es interesante observar que la religión se presenta a veces con un carácter dual entre principios opuestos del bien y el mal. El tipo físico no varía con respecto a los indígenas de la amazonia: de estatura más bien baja, cuerpo musculoso bien desarrollado y cabeza redonda.

Su cultura esencialmente sedentaria y agrícola, con un gran cantidad de excedente económico, permitió el establecimiento de las misiones jesuíticas. Las primeras se fundaron en el territorio del Guayrá en el estado brasileño de Pará. El ataque de los "mamelucos" y de otros grupos indígenas obligó a trasladarlas hasta el que hoy es el territorio argentino de Misiones. Su instalación se llevó a cabo en los lugares donde existía una mayor concentración de indígenas. Los comienzos datan del año 1609 y duran hasta el 1767; la primera misión fue San Ignacio Guazú. En 1609 el rey de España, a pedido del gobernador del Paraguay, permitió a los jesuitas conquistar por medio de las doctrinas a 150.000 indios guaraníes del Guayrá.

La documentación jesuítica habla claro de la cantidad de indígenas que fueron reducidos en las misiones. Lo que nos interesa destacar es la elevada concentración de población que posteriormente pudo gravitar en el desarrollo histórico de la Argentina. Se dice que los "mamelucos" llegaron a esclavizar a más de 300.000 guaraníes; entre 1.528 y 1.630 capturaron a 60.000 indígenas de la misma misión jesuítica de San Pablo. Desde 1.687 a 1.707 fueron fundadas ocho misiones, las que, junto con las ya existentes, formaron treinta ciudades que constituían el Estado jesuítico del Paraguay. Esto no pudo hacerse sino con una cantidad enorme de población indígena. Numerosas misiones eran hostigadas y atacadas por grupos nómadas como los yaró, los charrúas o los minuanes.

No hay duda de que la organización jesuítica estaba perfectamente adaptada a las condiciones locales y la labor del indígena planificada sistemáticamente con el objeto de aumentar la población, concentrarla y organizarla. La expulsión de los jesuitas fue un golpe decisivo para los indígenas ya habituados a la vida misionera. Las enormes ruinas de lo que fueron las misiones -hoy totalmente cubiertas por la selva- nos hablan de un período de antigua prosperidad; zonas que eran ricas y pobladas volvieron a ser ocupadas por la selva virgen. Las quince misiones entre el Paraná y el Uruguay fueron abandonadas durante la guerra de 1.816 - 1.818. Hacia mediados del siglo XIX sólo quedaban 6.000 guaraníes ocupando las antiguas misiones (Métraux, 1.946)

F. Ver el pequeño libro de Agustín Zapata Gollán, La guerra y las armas. Buenos Aires 1965

VII. PATAGONIA Y LA PAMPA

La Pampa y la Patagonia estuvieron pobladas hasta épocas históricas por pueblos nómadas de cultura sumamente primitiva. Eran de economía cazadora y tecnología poco desarrollada. Sólo unos pocos siglos antes de la conquista debió de introducirse la alfarería, pero aun así, es un elemento que no abunda demasiado.

En los últimos años se han realizado excavaciones arqueológicas que han permitido la descripción e identificación de numerosas culturas; en realidad, lo único que conocemos es el utilaje lítico, recogido por lo general en yacimientos superficiales. Desconocemos los hábitos y costumbres de sus componentes. La clasificación y diferenciación se hace a base de las técnicas y morfología de los restos hallados.

Las primeras investigaciones arqueológicas en la Pampa fueron hechas por Ameghino. Nos referimos a los hallazgos de Miramar y Monte Hermoso, de los que ya hemos ocupado en el primer capítulo por lo que no volveremos sobre ello. La industria más antigua hallada en la provincia de Buenos Aires es la denominada de Tandil. Los hallazgos se hicieron en las cavernas de la sierra del mismo nombre. Los instrumentos de esta cultura están trabajados sobre lascas, es decir, obtenidos por un golpe directo. Dado el escaso número de objetos recuperados, las evidencias son pobres para establecer conclusiones y comparaciones culturales. En los comienzos se le asignó una antigüedad de 6.000 años, edad que ha sido rechazada en base a investigaciones geológicas recientes. A la de Tandil habrían seguido dos industrias principales: en la región central de la Pampa bonaerense una más antigua llamada de Blanca Grande y una más reciente denominada de Bolívar, por haberse encontrado en Bolívar (provincia de Buenos Aires), que perdura hasta la época de la conquista y quizá de la colonia.

La primera cultura se caracteriza por los artefactos monofaciales medianos o grandes, trabajados en cuarcita por percusión. Se originó por evolución local de la industria más antigua de Tandil. Su área de dispersión abarca la costa atlántica de la provincia de Buenos Aires y las cuencas de los ríos Salado, Atuel y Colorado.

A su vez, la evolución local del Blanca Grande dio origen a la llamada industria de Bolívar. Se caracteriza por útiles más pequeños trabajados en ambas caras por retoques a presión. En esta cultura hace su aparición la cerámica, lo que debió de significar un gran cambio cultural; su área de dispersión es similar a la de la primera, pero se extiende, en el interior, hacia Trenque Lauquen. J

Ya nos hemos referido en el primer capítulo a las industrias tempranas halladas en la Patagonia, descritas y fechadas por J. Bird y confirmadas por estudios posteriores. De épocas recientes existe una gran variedad de industrias líticas que se diferencian, fundamentalmente, por la tipología, o sea, la técnica con que están fabricados sus utensilios. Estas industrias corresponden a distintas adaptaciones ecológicas y a culturas diferenciadas en el tiempo.

Desde el punto de vista ecológico hay tres regiones diferentes en la Patagonia: los valles cordilleranos y el pie de la cordillera, las mesetas y planicies interiores y, por último, la costa. El contraste fundamental, en razón de la naturaleza de sus recursos, lo ofrece la última en relación con las dos primeras. No sabemos aún con certeza, si, al igual que en Tierra del Fuego, hubo en la Patagonia pueblos adaptados exclusivamente a uno de estos medios ambientes, o si, más bien, como indican las fuentes históricas, existieron culturas de adaptación estacional a la costa y a los valles interiores. Este hecho es muy importante para el arqueólogo, ya que puede cometer el error de describir como diferente lo que en realidad corresponde al mismo grupo en distintos medios ecológicos según las estaciones del año.

De la región costera se conoce, en primer término por su antigüedad, la industria de Caleta Olivia, que se caracteriza por la ausencia de puntas de proyectil y por sus instrumentos trabajados sobre láminas retocadas. Le sigue en el tiempo la de Bahía Solano con puntas lanceoladas de base redondeada. Por último, la de San Jorge que posee un acervo de puntas foliáceas, guijarros con filo y, tal vez, hachas de mano.

Del interior patagónico conocemos la industria de Los Toldos, que se distingue por las puntas de dardos pedunculadas y con aletas. Posterior a ésta, se encuentra la de Casa de Piedra, que es una industria de láminas con retoque marginal. La más reciente es la denominada de Jacobacci que se caracteriza por las puntas foliáceas. A las dos primeras industrias se les atribuye una considerable antigüedad, la que es seriamente cuestionada por las investigaciones geológicas recientes. Es necesario destacar que aún no se han hecho descripciones adecuadas de los materiales arqueológicos, por lo que habrá que esperar nuevos estudios en esta región.

La cultura que corresponde a los indígenas históricos es la denominada Tehuelche o Patagónica, la que habría hecho su aparición hacia el año 2.000 a. c. aproximadamente. Según lo ya expresado, presenta dos fases distintas: una continental y otra marítima. Las puntas de proyectil, que tienen un pequeño pedúnculo para su ajuste al astil, son los elementos que permiten identificar los asentamientos pertenecientes a esta cultura; además, se encuentran cuchillos y raspadores diversos. Se ha podido seguir la evolución de sus diferentes etapas. La más antigua no posee alfarería y está caracterizada sólo por instrumentos líticos; la segunda etapa corresponde al período de máximo florecimiento cultural. En la tercera aparecen influencias araucanas y la cuarta corresponde al período posthispánico que es el momento en que los indígenas entran en posesión del caballo y que puede ubicarse entre los años 1.670 y 1.711. Esta adquisición se operó, seguramente, por influencia de los araucanos o puelches del norte. Al

transformarse los tehuelches en un pueblo ecuestre, los hábitos de vida cambiaron considerablemente, aumentando su capacidad de desplazamiento e incorporando, en consecuencia, una serie de nuevos elementos culturales. Muchos de ellos estuvieron en relación directa con los hábitos ecuestres, tales como montura, espuelas, estribos, bota de potro, etcétera; otros indirectamente relacionados con aquéllos, como por ejemplo el lazo y la lanza y, quizá también, el uso de armaduras o corazas y yelmos de cuero. Junto con la incorporación del caballo, y por influencias de los mismos pueblos, los tehuelches asimilaron también otros elementos a su cultura. Entre ellos el hábito de fumar en pipa, el uso de intoxicantes, el poncho y el chiripá, los adornos de metal en forma de aros y topos, los platos y cucharas de madera.

En los momentos anteriores a la conquista, la cultura tehuelche se asemejaba mucho más a la de los onas, mientras que hacia mediados del siglo XVIII estaba ya por completo transformada.

Los tehuelches o patagones se extendieron desde el río Colorado hasta los canales magallánicos.

En la zona norpatagónica costera existen tres industrias que se caracterizan por estar trabajadas sobre guijarros de basalto. La más antigua, la de San Matías, se remontaría al año 1.500 a. c y a su vez ha sido dividida en tres facies distintas: en la II se nota la influencia de la cultura Tehuelche o Patagónica y la III se asocia con cerámica y placas grabadas. Hacia 1.500 a. c. se ubica la industria o cultura de Jabali y contemporáneamente con ésta coexiste la de Punta Rubia, que también fue llamada "industria de la piedra hendida" por Ameghino. En ésta se reconocen tres facies distintas: Punta Rubia I, con artefactos bipolares típicos; Punta Rubia II, que se asocia a artefactos patagónicos y a cerámica grabada y que se ubica hacia el primer siglo antes de la era cristiana, y Punta Rubia III, que es una industria microlítica (artefactos pequeños y finamente trabajados) de comienzos de la era cristiana. En todo el sector septentrional de Patagonia se halla la industria denominada Norpatagónica, que puede considerarse como una facie norte del patagónico. Se caracteriza por las puntas de proyectiles triangulares apendunculadas que quizá puedan relacionarse con industrias del centro de Córdoba y de la zona andina. Norpatagónica I presenta puntas de proyectil y bifaces que se ubican en el primer milenio antes de Cristo; Norpatagónica II que se asocia a cerámica grabada y Norpatagónica III, de industria microlítica y asociada a cerámica lisa pulida, que perdura hasta la época de la conquista.

Como se aprecia en la descripción que hemos hecho -complementada con las secuencias del primer capítulo- el acervo cultural de estas tribus no varió fundamentalmente salvo en las técnicas líticas que permiten al ojo avezado del arqueólogo establecer las diferencias entre ellas. Desde el punto de vida económico la influencia ecológica fue decisiva.

Tenemos grupos adaptados al Litoral que también realizaron tareas de caza pero cuya economía, en resumidas cuentas, no cambia fundamentalmente. Su densidad de población tampoco debió variar mayormente por un período muy largo. Sólo después de los comienzos de la era cristiana comenzaron a recibir elementos nuevos, quizás el arco y la flecha que reemplazó a la antigua tiradera o propulsor, posteriormente debió llegar la cerámica, de poca utilidad para estos cazadores nómadas.

Las posibilidades de vida estaban limitadas por un ambiente hostil, donde no pudo difundirse el cultivo. La caza quedó librada a los medios personales. Quizá muchos de los aspectos y hábitos de vida de estas culturas arqueológicas que hemos descrito brevemente, estén reflejados en las tribus encontradas por la conquista. De éstas tenemos más detalles por la documentación histórica y por haber persistido casi hasta principios de este siglo. Aún hoy existen algunos de sus representantes -aunque muy mezclados- en los territorios del sur argentino.

Los chónecas o patagones del sur impresionaron a los primeros viajeros por su elevada estatura y gran arrogancia. Se dividían en varios grupos, sobre todo desde el punto de vista lingüístico, pero racialmente formaban una unidad definida. Se distinguen claramente de los invasores araucanos que se volvieron sobre la Patagonia y la Pampa en épocas tardías. Parecen haber existido diferencias entre los grupos patagónicos: en el norte los guénaken, en el sur los chónecas o patagones y en Tierra del Fuego los onas o shelkman y haus. Estaban divididos en numerosas parcialidades, muchas de las cuales conocemos por las crónicas. En su aspecto físico se nos presentan como altos y robustos (entre 1,75 y 1,85 m de estatura) , cara ancha y cráneo de paredes espesas que se deformaban voluntariamente atando al recién nacido a una cuna de tablas, pero éste quizá sea un rasgo tardío.

Su economía se basó en la caza del guanaco y el ñandú, también recolectaron plantas silvestres y mariscos. La caza se realizó a pie, de esto no sólo tenemos información por los primeros viajeros sino también por las pinturas rupestres. Uno de nosotros reveló una de ellas, en la que se ve a los indígenas rodeando en círculos a los guanacos, los que luego eran cazados con boleadoras. Con la obtención del caballo la caza se vio facilitada. Sabemos que las raíces recolectadas eran molidas en conanas o molinos planos. A pesar de que permanecieron independientes hasta fines del siglo pasado, sufrieron muchos cambios desde la primera vez que fueron vistos en el siglo XVI. Esto se debe al desplazamiento de los pueblos por la presencia de los españoles y por el contacto con poblaciones hispánicas.

La vestimenta típica fue el manto de guanaco, es decir, lo que se conoce con el nombre de "quillango", y que utilizaron con el pelo hacia adentro; los onas, por lo contrario, lo usaban hacia afuera. La parte externa estaba decorada con motivos geométricos de colores. Como calzado usaban el mocasin indígena o "tamango".

Como adorno personal acostumbraban tatuarse los brazos y el pecho; uno de los autores vio a la última indígena de habla teush llevar el shaaía o tatuaje en su brazo izquierdo.

Las armas clásicas fueron el arco, la flecha y las boleadoras; éstas servían tanto para la caza como para la guerra. En esta última actividad usaban unas provistas de salientes que no dudamos fue de un horrible poder traumático. Los onas fabricaban un carcaj para llevar las flechas. Cuando los españoles entraron en contacto con los patagones, éstos ya poseían alfarería, dato firmado por la arqueología, tal como lo hemos visto al comienzo de este capítulo.

En las zonas próximas a la cordillera existen abrigos naturales en la roca que contienen enorme cantidad de manos pintadas. Fueron realizadas apoyando la mano y luego rociando o dibujando el contorno con pintura; de esta forma queda la impronta de la mano en negativo. Es similar al modo en que los niños suelen dibujar su propia mano: todos nosotros hemos visto utilizar este procedimiento. Esta antigua costumbre persistió hasta épocas recientes. Las manos pintadas dan a las cavernas un aspecto fantasmagórico cuando se las ve a la hoguera. Su significado es difícil de establecer: si es un simple pasatiempo o si está cargado de magia.

A los muertos los depositaban extendidos en el suelo y luego los cubrían con piedras; son los famosos "chenques" que hasta hace poco se encontraban por doquier en la Patagonia y que hoy han sido saqueados por los pseudoaficionados a las "cosas antiguas", verdadera plaga americana. x

x. Estos depredadores pueden clasificarse en una amplia gama: desde los que lo hacen con fines de lucro hasta los "cultos" que se desean tener piezas arqueológicas adornando su biblioteca. El último como cometen el mismo daño irreparable. Esperamos que algún día la Argentina cuente con una ley moderna que proteja este patrimonio nacional.

La habitación en sus comienzos fue un simple paravientos, pero luego adoptaron el toldo amplio donde vivían varias familias. Eran confeccionados con pieles de guanaco o caballo y se desarmaban para su transporte. Desde el punto de vista social la familia podía ser monógama o polígama según las posibilidades económicas de los individuos. La mujer era adquirida por compra. En los últimos tiempos los grupos estaban constituidos hasta por cuarenta familias con un cacique a la cabeza; antes de poseer el caballo los agrupamientos debieron de ser menores. Cuando los antropólogos descubrieron la perfecta adaptación al difícil medio geográfico de los mestizos patagónicos que se desempeñan como pastores de ovejas, ya se habían extinguido en el más cruel de los procesos. Fue proverbial la nobleza con que trataban a los viajeros: no fueron grupos guerreros hasta que los blancos los obligaron a ello. Sabemos, pues hasta fotografías existen, que en el siglo pasado los indígenas fueron sistemáticamente exterminados. Se pagaba en moneda inglesa el par de orejas "de indio", pero como al poco tiempo se veían muchos indígenas con las orejas cortadas y aún vivos, se recurrió al expediente más

eficaz de pagar por el par de testículos "de indio". Los autores de este genocidio, a menudo aventureros internacionales, amasaron fabulosas fortunas. Otros, con las tierras así arrebatadas, pasaron a revistar en el "patriciado". Es difícil discriminar de qué lado estaban los salvajes.

La región comprendida entre los ríos Diamante (provincia de Mendoza) y Zanjón (provincia de San Juan) , las lagunas de Guanacache y la zona montañosa del Noroeste estuvo habitada en el momento del descubrimiento por los huarpes. Casi nada conocemos de su historia cultural, ya que las investigaciones arqueológicas han sido muy escasas en esta área. Uno de nosotros realizó recientemente excavaciones en un sitio arqueológico próximo a la ciudad de San Juan en el departamento de Angaco. Se trata de una serie de enterratorios dentro de círculos delimitados por palos clavados de punta. Aparentemente correspondían a un pueblo precerámico, pues no se encontró el más leve vestigio de alfarería. Un fechado radiocarbónico sitúa este hallazgo alrededor del año 1.200 d. c., por lo que es probable que pertenezca a los Huarpes protohistóricos. Desde el punto de vista lingüístico se diferenciaban en dos grupos: los de la provincia de San Juan que hablaban el allentiac y los de idioma millcayac que ocupaban la actual provincia de Mendoza. Asimismo, **en lo económico los huarpes laguneros de Guanacache, pescadores y recolectores de raíces, eran muy distintos de los grupos horticultores del occidente.** En los últimos tiempos debieron de recibir influencias culturales por el contacto con los incas. Físicamente los huarpes eran altos y delgados, pertenecientes a la raza denominada pámpida. **Su vivienda típica fueron chozas de ramas, agrupadas en pequeños poblados.** En el aspecto social, sabemos que la familia era poligámica y que la mujer se adquiría por compra. A la muerte del cónyuge el viudo o la viuda se casaba con su cuñado o cuñada. La prenda de vestir más común era la camiseta. Las mujeres se decoraban el rostro con tatuajes y usaban cabello largo. El tembetá fue de uso muy extendido.

Los huarpes poseían hacia el momento de la conquista una alfarería tosca, pero se destacaban como hábiles cesteros. Los recipientes de paja eran usados para contener líquidos.

Sus armas eran el arco y la flecha, seguramente empleados en la caza, ya que por la documentación histórica sabemos que era un pueblo pacífico.

Los pehuenches primitivos ocuparon en la época de la conquista la región comprendida entre el límite actual de Mendoza y Neuquén y la zona centrosur de esta última provincia. Fueron denominados pehuenches por los araucanos en razón de que eran recolectores del fruto de la Araucaria imbricata (pehuén) . Con posterioridad al siglo XVII se araucanizaron rápidamente y cambiaron por completo su configuración cultural.

La economía de los pehuenches primitivos fue fundamentalmente de recolección y caza: esta última actividad se practicaba con boleadoras, arco y flecha. De su organización política sabemos que estaban constituidos en tribus independientes; en el siglo XVII la población era de 8.000 individuos.

Al igual que otros pueblos nómadas, su vivienda era un toldo de cuero. La vestimenta era confeccionada con la piel de los animales que cazaban, principalmente el ciervo y el guanaco (Serrano, 1.946).

Los canales e islas de Tierra del Fuego estaban ocupados por grupos conocidos con el nombre de yámanas o yaganes y acalufes, los últimos en territorio hoy perteneciente a Chile. Se trata de pueblos canoeros que basaron su economía fundamentalmente en la recolección y caza marítima. Es en esto en lo que se diferencian notablemente de los onas, quienes fueron cazadores y recolectores continentales al igual que sus hermanos patagones. Se nota una adaptación ecológica muy distinta.

Los yámanas eran individuos de estatura promedio de 1,58 m; nariz chata, pómulos salientes y ojos pequeños y oblicuos. Su vivienda era una choza de ramas en forma abovedada de aproximadamente tres metros de diámetro. Cubrían su cuerpo sólo con un pequeño manto rectangular de piel de lobo marino. Calzaban mocasines que debieron copiar a los onas.

Como hemos dicho, su economía era fundamentalmente marítima. Para estos fines fabricaban arpones con punta de hueso, lanzas, garrotes y cuchillos de valvas de moluscos. **Como arma utilizaron el arco y la flecha. Cada familia poseía una canoa hecha de corteza de haya americana de 3 a 4 m de largo. Para la pesca usaban líneas de fibras vegetales.** Las mujeres tenían a su cargo la pesca y la recolección de moluscos; los hombres cazaban lobos marinos y aves.

En cuanto a la **organización social no poseían jefes; el grupo mayor y principal lo constituía la familia.** El matrimonio podía ser polígamo según la condición económica del marido.

A través de esta breve síntesis hemos pasado revista al desarrollo cultural de los pueblos que habitaron el actual territorio argentino antes de la llegada de los españoles. El Noroeste y la Patagonia son las regiones mejor conocidas con una mayor profundidad histórica, pero esto, como hemos dicho anteriormente, se debe a que en ellas es donde se han realizado la mayoría de las investigaciones arqueológicas. Otras áreas, como el Chaco por ejemplo, sólo son conocidas a partir del contacto de europeos e indígenas.

Dejamos atrás la prehistoria para adentrarnos en el período protohistórico. Tres áreas, el Noroeste, las Sierras Centrales y el Litoral-Mesopotamia, estaban ocupadas por culturas desarrolladas de agricultores y una población relativamente densa. El resto del territorio -la Pampa-Patagonia y el Chaco- albergaba a cazadores-recolectores nómadas. Si tenemos presente las palabras del licenciado Alfaro de que: ". . . enfaltando Yndios, noay Riqueza. . .", podremos comprender más claramente los comienzos del período histórico. Como ya hemos señalado, el Noroeste, las Sierras Centrales y el Litoral-Mesopotamia fueron las áreas clave en los primeros años de la conquista y colonización hispana. Las aldeas indígenas de horticultores sedentarios de dichas zonas proveen los cimientos de la sociedad hispanoamericana desde el siglo XVI en adelante. De este modo, tratamos de que la arqueología deje de ser tarea de coleccionistas; en cambio, debe buscar los orígenes de esta América que toma conciencia del papel protagónico que tuvo en su historia la población autóctona.

NOTAS

a. Desde que este resumen se escribió (1.965) se han realizado algunos hallazgos de interés. En cavernas de Perú se han encontrado restos arqueológicos asociados a faunas extintas, que fechadas por el carbono 14 han dado cifras de cerca de 21.000 años.

b. Otros fechados obtenidos más recientemente en nuestro país arrojan una antigüedad de casi 11.000 años para restos de una caverna del sur de Mendoza excavada por H. Iagiglia, y de 9.320 años para una caverna de Neuquén, excavada por R. Ceballos.

c. En excavaciones arqueológicas realizadas en el sur de Mendoza, en la llamada "Cueva del Indio", habría un nivel que quizá corresponde a este período. Está fechado alrededor del 250 a. c.

d. El vínculo fundamental lo dan los llamados horizontes panandinos. Al Noroeste argentino llegan sólo el Horizonte Incaico y evidencias indirectas del Horizonte Medio o Tiahuanaco representado aquí por el Período Medio o cultura de La Aguada.

e. Análisis de C14 realizados con elementos excavados por B. Dougherty, pertenecientes a la cultura de San Francisco, han arrojado fechas del 620 a. c.; es decir varios siglos anteriores a los fechados de Tafí.

f. En los últimos años se han efectuado una serie de excavaciones en el área Candelaria por el doctor O. Heredia, quien ha logrado dividir en V fases esta cultura, con un comienzo casi contemporáneo al de la e. c y un final aproximado hacia el 1.000 de la misma

era.

g. Recientemente ha podido fecharse una facie de la cultura Condorhuasi, que se caracteriza por el predominio de cerámica tosca, y la presencia de cerámica gris incisa, y escasa proporción de alfarería pintada. Denominamos esta facie Río Diablo por el lugar donde sus sitios fueron aislados. Fechados de radiocarbón ubican esa facie hacia los comienzos de la e. c.

h. Canals Frau (1.953), cree que el Capayan era una lengua independiente del cacano y emparentada con el huarpe. Nosotros, por lo contrario, creemos en el parentesco con los diaguitas.

i. Recientemente R. L. Weber, de la Universidad de Chicago, ha realizado una seriación de urnas santamarianas del Valle Yocavil, dividiéndolas en cinco fases de valor cronológico. M. D. Arena, E. B de Perrota y Clara Podestá de la División Arqueologica del Museo de La Plata han confirmado las conclusiones de Weber agregando una fase más a su cronología.

j. La presencia de jefes para todo un valle coloca la organización política de los cacanos en un nivel más complejo de la que tiene la simple tribu. En este caso se trataría de verdaderos señoríos. Un problema interesante, no planteado hasta ahora, es la existencia de dos jefes para una misma población, hecho que se repite muchas veces en crónicas y documentos y que podría ponernos sobre la pista de la existencia de una organización de tipo dual, que fue bastante común en los pueblos andinos.

k. En que trabajos arqueológicos recientes, efectuados en la provincia de Salta, en sitios de la cultura "Candelaria", hemos encontrado varios casos de niños enterrados en urnas que llevan fuertes traumatismos craneanos, indicando posibles sacrificios.

i. Actualmente las clasificaciones y el modelo utilizado en la interpretación de la arqueología pampeana están en pleno proceso de revisión y cambio. Véase el reciente trabajo del profesor Antonio Austral, titulado: "El yacimiento arqueológico Vallejo en el Noroeste de la provincia de La Pampa. Contribución a la sistemática de la prehistoria y arqueología de la región pampeana". Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, V. N. S. n° 2, Buenos Aires 1.971.

m. Trabajando durante dos años con los tres últimos informantes onas de Tierra del Fuego, la investigadora del Museo del Hombre, doctora Anne Chapman, ha podido salvar para la ciencia una valiosísima información etnográfica, de otra manera totalmente perdida, ya que entre 1969 y 1971 han muerto dos de esos informantes.

BIBLIOGRAFÍA

Obras generales

Alcina Franch, J, Manual de arqueología americana, Madrid 1.965.

Canals Frau, S, Las poblaciones indígenas de la Argentina, Buenos Aires, 1.953.

Martínez del Río, P, Los orígenes americanos, Mexico, 1.943.

Pericot y García, L, América Indígena: I. El hombre americano. Los pueblos de América, Barcelona, 1.961.

Serrano, A, Los aborígenes argentinos, síntesis etnográfica, Buenos Aires, 1.947.

Stewart, J. H, Handbook of South American Indians, Smithsonian Institution, Washington D. C, 1.946.

Willey, G, Prehistoria del Nuevo Mundo (Ciencia e Investigación, tomo 20, número 2, Buenos Aires, 1.964)

-: An introduction to American Archeology, vol 1, Nueva York, 1.966

Cigliano, E. M, Nota preliminar sobre una nueva industria precerámica del N. O argentino: El Ampajanguense (Boletín del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, N° 9 , Buenos Aires, 1.961)

-: industrias precerámicas de la Puna argentina (Publicaciones del Instituto de Prehistoria y Arqueología, Monografías II, Barcelona, 1962)

González, A. R, Antiguo horizonte precerámico en las Sierras Centrales de la Argentina (Runa, V, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1.952).

-: La estratigrafía de la Gruta de Intihuasi (Provincia de San Luis, República Argentina) y sus correlaciones con otros sitios precerámicos de Sudamérica (Revista del Instituto de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba, tomo I, Córdoba, 1.960).

Krieger, A, Early Man in the New World, en Prehistoric Man of the New World, Chicago, 1.964.

Menghin, O. F. A, Vorgeschichte Amerikas, en Oldenbourgs Abriss der Worgeschichte, Munich, 1937.

Sanguinetti de Bórmida, A, Dispersión y características de las principales industrias precerámicas del territorio argentino (Etnia, I, Museo Etnográfico Municipal, Olavarría, 1.965).

II

Murdock, G, South American Culture Areas (Southwestern Journal of Antropology, 7, Albuquerque, 1.951)

Palavecino, E, Áreas y capas culturales del territorio argentino (Gaea, vol 8, Buenos Aires, 1948)

Stewart, J, H, Handbook of South American Indians, Smithsonian Institution, Washington D. C, 1.946

III y IV

Bennet, W, C, Northwest Argentine Archeology (Yale Publications in Anthropology, N° 38), New Haven, 1948.

Bonnan, E, Antiquités de la région Andine de la République Argentine et du desert d'Atacama, París, 1908.

Casanova, E, The Culture of the Puna and the Quebrada de Humahuaca (Handbook of South American Indians, Smithsonian Institution, vol 2, Washington D. C, 1946).

Debenedetti, S, Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de la prov de San Juan, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, N° 1 5 , Buenos Aires, 1917.

-: L'ancienne civilization des Barreales, París, 1.931

González, A. R, Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N. O. argentino (Anales de Arqueología y Etnología, tomo Ix, 1.950-1.955, Mendoza, 1.955).

-: La Cultura Condorhuasi del N. O, argentino (Runa, tomo VII, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1.956).

-: La cultura de La Aguada del N. O argentina (Revista del Instituto de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba, tomos II-III, Córdoba, 1961-1964)

-: Cultural Development in N. W. Argentina (Smithsonian Miscellaneous Collections, vol. 146 N° L) , Washington D. C, 1963.

-: Las tradiciones alfareras del período tempranodel N. O argentino y sus relaciones con las áreas aledañas (Congreso Internacional de Arqueología de San Pedro de Atacama, Anales de la Universidad del Norte, N° 2, Antofagasta, 1963)

González, A. R y Nuñez Regueiro, V. A Preliminary report on archaeological research in Tafi del Valle. N. W Argentina (Akten der 34 Internationalen Amerikanistenkongresses, Vienna, 1960)

González, A. R y Pérez, J. A, El área andina meridional (XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, vol I, Sevilla 1966)

Heredia, O. R, Arqueología de la subárea de las Selvas Occidentales (Actas y Memorias del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas, vol II, Buenos Aires, 1968).

Krapovickas, P, Subárea de la Puna argentina (Actas y Memorias del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas, vol II, Buenos Aires, 1968).

Reichlen, H, Recherches archéologiques dans la Province de Santiago del Estero (Journal de la Societé des Americanistes, N. S, XXXII, fasc, 1, París, 1940).

Ryden, S, Archeological Researches in the Dept of La Candelaria (Etnologiska Studier, N° 3 , Estocolmo, 1936).

Serrano, A, Los Comechingones, U. N de Córdoba, Córdoba, 1945.

V

Metraux, A, Ethnography of the Chaco (Handbook of South American Indians, Smithsonian Institutions, vol 1, Washington D. C, 1946)

Palavecino, E, Las culturas aborígenes del Chaco (Historia de la Nación Argentina, Academia Nac de la Historia, vol 1, Buenos Aires, 1939)

VI

Metraux, A, The Guaraní (Handbook of South American Indians, Smithsonian Institutions, vol 3, Washington D. C, 1948).

The Caingang (Handbook of South American Indians, Smithsonian Institutions, vol 1, Washington D. C, 1946)

Serrano, A, Los Aborígenes argentinos, síntesis etnográfica, Buenos Aires, 1947

VII

Bird, J, Antiquity and Migrations of the Early Inhabitants of Patagonia (Geographical Review, vol 28, n °2, Nueva York 1938).

The Archeology of Patagonia (Handbook of South American Indians, Smithsonian Institutions, vol 1, Washington D. C, 1946)

Bórmida, M, Prolegómenos para una arqueología de la Pampa bonaerense. Los yacimientos de los alrededores de Bolívar, La Plata. 1964

Casamiquela, R, M; Dos nuevos yacimientos patagónicos de la cultura Jacobacense (Revista del Museo de La Plata N, S V, La Plata, 1961)

Cooper, J, M, The Southern Hunters; An Introduction (Handbook of South American Indians, Smithsonian Institutions, vol 1, Washington D. C, 1946)

Menghin, O. F. A. Las pinturas rupestres de la Patagonia (Runa, tomo V, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1952)

-: Fundamentos cronológicos de la prehistoria de Patagonia (Runa, tomo V, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1952)

-: Estilos del arte rupestre en Patagonia (Acta Prehistórica, 1, Buenos Aires, 1957) teruggi, M, E, Geología y sedimentología de las cuevas dela cuchilla de Las Aguilas (Sierras de Tandil, prov de Buenos Aires) (Etnia 7, Museo Etnográfico Municipal, Olavarría, 1968).